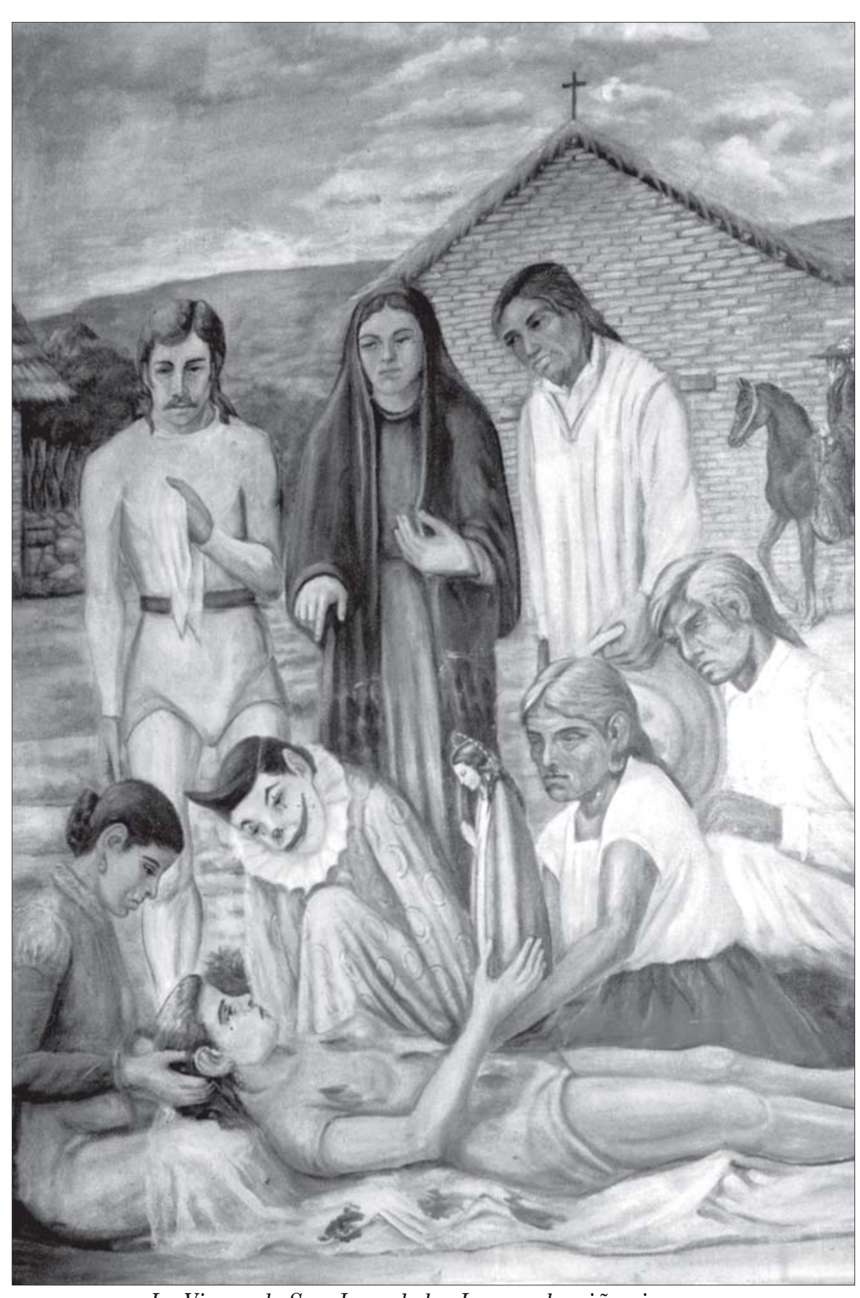
LEYENDAS Y PERSONAJES POPULARES DE JALISCO

Helia García Pérez, compiladora





LEYENDAS Y PERSONAJES POPULARES DE JALISCO



La Virgen de San Juan de los Lagos y la niña cirquera

LEYENDAS Y PERSONAJES POPULARES DE JALISCO

Helia García Pérez, compiladora

Secretaría de Cultura
Gobierno del Estado de Jalisco
2003

La Secretaría de Cultura del Estado de Jalisco agradece a Editorial Ágata, *El Informador* y la Dirección de Culturas Populares e Indígenas del Conaculta por su apoyo para la realización de la colección *Las Culturas Populares de Jalisco*. Asimismo extiende un especial agradecimiento al H. Ayuntamiento de Guadalajara 2004-2006 por su valiosa participación en este volumen.

Primera edición, 2003

Gobierno del Estado de Jalisco
Cabañas 8, Plaza Tapatía
44100 Guadalajara, Jalisco, México

ISBN 970-624-350-X

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ÍNDICE

LAS CULTURAS POPULARES DE JALISCO

Jalisco en su historia, en su amplia geografía, en el temperamento e ingenio de su gente, ha sido un pueblo creador de arraigadas tradiciones, de modos de ser, de costumbres, que han conformado a lo largo de los tiempos, elementos culturales que han contribuido a forjar los símbolos de la identidad nacional.

La fortaleza de las culturas populares e indígenas de los jaliscienses ha trascendido los siglos y sigue siendo sustento importantes de la mexicanidad. Por ello, era inaplazable emprender un amplio programa de investigación con el concurso de académicos, promotores culturales, estudiosos del acontecer cultural rural, indígena y urbano, para que reunidos en un equipo humano, profesional e interdisciplinario, registren en letra impresa, el estado que guardan las culturas del pueblo jalisciense, en su diversidad, en su constante transformación, en sus arraigados mitos y en sus nuevas manifestaciones, insertas en la globalización, a la que nuestro país se incorpora aceleradamente.

Los investigadores y coordinadores de este trabajo enciclopédico consultaron libros y bibliotecas y caminaron por las diversas montañas de la geografía jalisciense, para escuchar de viva voz y ratificar con su presencia el acontecer cultural de los danzantes y mariacheros, los modos de hablar, las leyendas y personajes, la música y los bailes, la charrería, los deportes y las diversiones, las culturas indígenas, la literatura y el teatro, la religiosidad, las artesanías, el arte en las calles y las plazas y todas las expresiones culturales del pueblo que en el pasado y en el presente son la esencia de las culturas jaliscienses.

El Gobierno del Estado pretende que esta colección bibliográfica sea un valioso apoyo para que los jaliscienses conozcamos nuestras propias manifestaciones culturales y para que futuros investigadores puedan hurgar en nuestras raíces históricas y sus constantes transformaciones.

Este esfuerzo de la Secretaría de Cultura, a través de su Dirección General de Fomento y Difusión, y de su Dirección de Culturas Populares, es de gran valor por haber concertado con importantes instituciones académicas y con prestigiados investigadores, un estudio integral que consigna en sus 17 volúmenes las expresiones culturales del pueblo jalisciense, producto del talento y del corazón palpitante del pueblo, pero sobre todo, de la transmisión oral y cotidiana de tradiciones y costumbres que han mantenido varias generaciones de jaliscienses.

En todas las regiones de Jalisco habita un inagotable mundo de leyendas y personajes populares. Esta riqueza de nuestra tradición oral, que encierra valiosos trozos de la historia de estas tierras, es compilada por Helia García Pérez, con el valioso apoyo del H. Ayuntamiento de Guadalajara. Para ello había de encontrar documentos, leer todo lo publicado sobre este apasionante tema, hablar con nuestros mayores y, sobre todo, estar ahí, en las cuevas, en las montañas, en los pueblos y ciudades.

Sin duda, esta obra se nos presenta como una extraordinaria oportunidad para conocernos y entendernos más, a través de esas historias que permanecen en la memoria y en la creatividad de quienes comprenden y explican el presente desde las experiencias que nos ocurrieron en tiempos pretéritos.

Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

PRÓLOGO

A lo largo de nuestra vida, cada uno de nosotros hemos crecido escuchando historias que han sido transmitidas oralmente de generación en generación, que le han dado forma y carácter a nuestra manera de entender y explicar el mundo que nos rodea. Y es que precisamente la transmisión oral conlleva el cúmulo de informaciones y de explicaciones que los sujetos tenemos acerca de situaciones, personajes o diversos sitios con los que de alguna manera guardamos relación. De ahí que sea loable el interés que ha manifestado la Secretaría de Cultura de Jalisco, a través de la Dirección de Culturas Populares, por rescatar y publicar en este volumen más de noventa leyendas que forman parte del acervo común de nuestra identidad regional.

No fue tarea fácil reunir ese gran número de narraciones de más de una treintena de autores. A fin de comprender la diversidad de tonos, en la manera de contarlas y trasmitirlas tendrá que tomarse en cuenta que las leyendas se actualizan día con día y que cada generación las reelabora y les imprime su propio sello. Cada autor, que ahora las recoge y escribe para nosotros, ha encontrado diversos modos y formas de narrarla, en ello va desde su extensión, en ocasiones corta o muy extensa, hasta la recuperación de modismos muy locales. Ciertamente que la mayoría busca en todo momento el mayor grado de credibilidad, de ahí que en algunas de las que aquí se incluyen encontramos frases como «unos decían», «al parecer», y hasta se aclara que son historias que desde niños han escuchado de boca de sus padres. Son historias que vienen de años atrás, con todo el tono de credibilidad, no dejando lugar a dudas o a suponer que fue el invento de una persona.

También cada historia guarda su tiempo, de manera que el lector encontrará que en las leyendas que aquí se rescatan, el tiempo es algo que rara vez se maneja de manera cronológica; en la mayoría de las ocasiones no se precisan fechas, aunque ciertamente nos ubican en el tiempo a través de la descripción del vestido de los personajes, por los caminos y medios de transporte, por los nombres, o hasta por la forma en que se sanciona un comportamiento, como cuando se reprende el mal vocabulario diciendo que se habla «con palabrotas de arriero».

Al adentrarnos en las leyendas encontramos expresiones corporales, la danza y el canto, los olores que se asocian a personajes, como el del azufre aldemonio y que representa el mal. Los sonidos también están ahí presentes, así se dejan escuchar los ruidos que provienen de lugares extraños, las corrientes de los arroyos y hasta el tronido de una hojarasca. Las voces se describen con el tono y timbre preciso, como el quejido de dolor, las maldiciones, el tono lastimero, el grito que hace añicos el silencio, las conversaciones de la gente, los lamentos, la risa alegre y hasta la carcajada sonora. Se escuchan voces lejanas que hacían a preguntar: «ánima, en nombre de Dios te pido, dime si eres de este mundo o del otro».

Se explican y defienden las preciadas posesiones terrenales o morales, se anuncian los castigos divinos y la vida en el más allá. Aparece la riqueza frente a la pobreza, los buenos y los malos, el ingenio de la mujer frente al demonio y la ambición de riqueza y de poder. También se previene de los vicios de este mundo y de evitar el camino errado que llevará a la perdición; la moraleja está ahí siempre presente. Se inculca el respeto a los padres, se ofrecen manifestaciones de fe, se da cuenta de los sobresaltos, de las prohibiciones y de los castigos ejemplares.

Las historias también nos ofrecen la descripción detallada de los lugares, las leyendas explican el lugar donde se originan, detallan las razones del porqué llevan tal o cual nombre y la razón de su existencia. Las historias que se inspiaran de las lagunas o de las minas cobran fuerza entre los lugareños u oriundos de esos sitios, pero seducen al extraño con la explicación de la geografía del lugar. Ahí están la descripción de parajes, las viejas casonas abandonadas, las historias que se pierden en la espesura del bosque o la montaña, los cuartos obscuros, las luces que brincan y llenan de sombras las

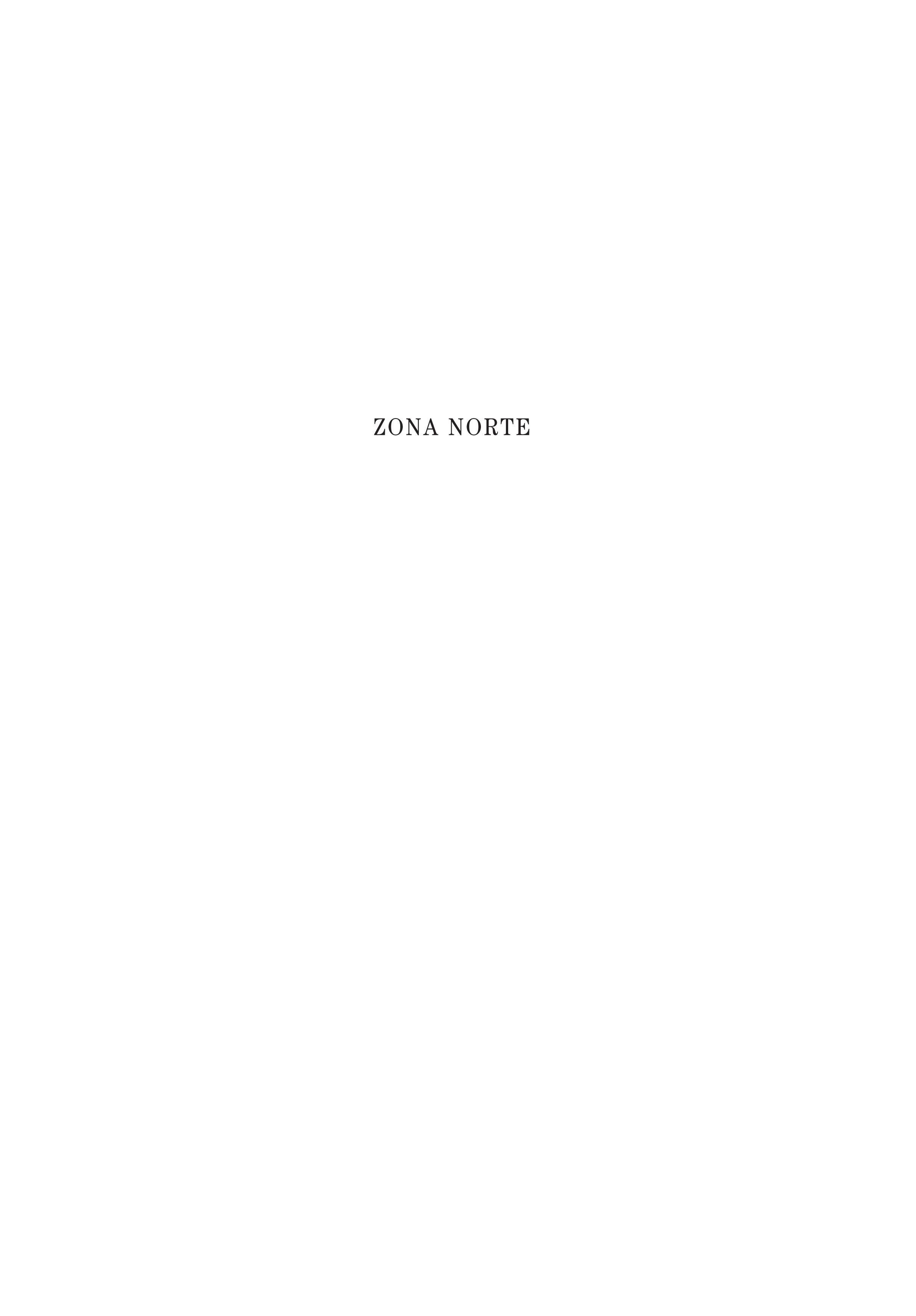
habitaciones, los lugares significativos que proveen de alimento o bebida, incluso el «ennegrecido firmamento» tiene su sitio en estos relatos.

Las relaciones humanas están ahí presentes: las hijas avaras, la soledad de los ancianos, la rivalidad entre familias, los matrimonios y la migración, la preocupación por la vecino porque «el diablo se lo llevó a darle un paseo».

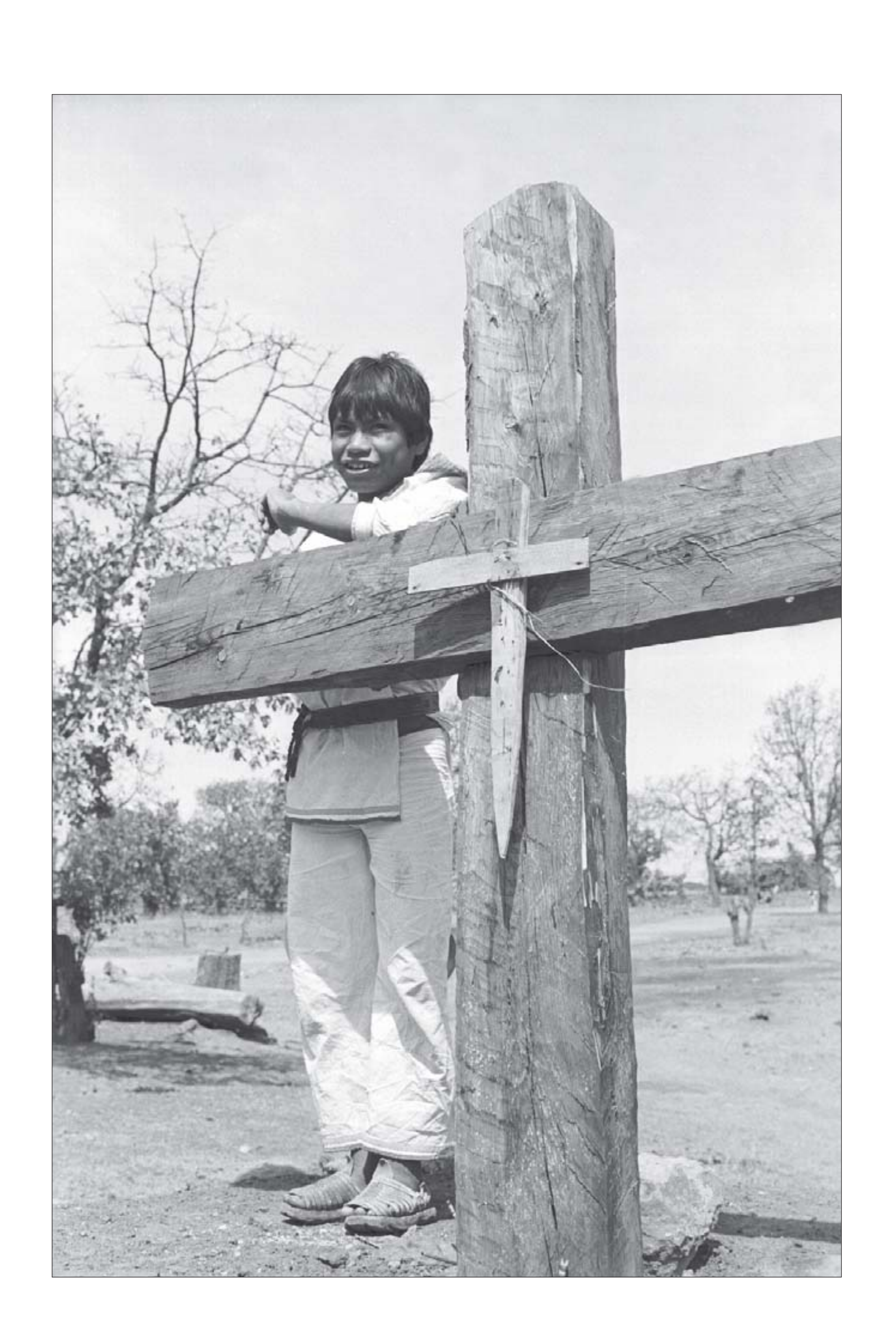
Cada sociedad tiene su «manera de contar las cosas», de modo que aunque en este conjunto de leyendas encontramos algunas con muchas semejanzas, aun entre pueblos distantes, también es cierto que en cada una de ellas se ofrece aquéllo que las hace propias del lugar: el nombre del sitio donde se apareció la imagen, el rumbo que tomaron los viajeros o los nombres y apellidos de los involucrados. Son los sucesos memorables de los pueblos, las historias locales que trascienden lo cotidiano, con el tinte y tono que le imprimen los moradores del lugar.

Finalmente, cabe señalar que el rescate aún no termina; deberá continuar con las historias que desde aquí se desprendan, porque en esta obra el lector encontrará la invitación a avivar sus recuerdos, a rememorar algunas de las historias que ha escuchado. No faltara el cierre de oro, el «colorín colorado», de esa narración que se anuncia al inicio como «contaban» o «el cuento dice»… En este libro se nos ofrece la oportunidad para enriquecer el gran acervo cultural que representan las leyendas y tradiciones: un pasado vivo que constantemente recrea y explica nuestra sociedad.

Ana María de la O Castellanos Pinzón



ZONA NORTE



BOLAÑOS

Los siete Buendía enterraron oro y plata en Bolaños

Cierto día, Eduardo Buendía le pidió a uno de sus hermanos que reuniera al resto de ellos porque «algo serio quiero hablar con todos». «Está bien, Eduardo. Para mañana estaremos aquí todos reunidos, para lo que tu dispongas».

Dicho y hecho. al día siguiente, con toda puntualidad, estaban reunidos los siete hermanos Buendía. Sus nombres por orden de mayor a menor, eran: Eduardo, Fidencio, José de Jesús, Efrén, Heliodoro, Elfego y Rodolfo. Una vez reunidos en casa del mayorde ellos, Fidencio tomó la palabra:

— Tú dirás, hermano. ¿A qué se debe la reunioncita?

— ¿Saben, hermanos? En estos últimos días he andado pensando mucho en el despido de las minas de Jesús y de Heliodoro, aparte de que nunca nos quisieron dar empleo a los demás en las minas. No conformes con eso, ahora les quitan el trabajo a los únicos que lo tenían. ¡Malditos güeros! ¡Vámosles dando en la madre, nomás para que se les quite! A ver tú, Jesús, que hace poco todavía estabas trabajando, tienes que darte cuenta de cuándo mandan la próxima remesa a Fresnillo.

— ¿Qué es lo que te propones hermano?

— Ya dije: ¡darles en la pura torre a estos malditos gringos! Es más, así como estamos aquí reunidos, todos juntos vamos a hacer un juramento.

— Sí, como tú digas, hermano.

— ¿Y cuál va a ser ese juramento?

— Vamos a jurar, por la gloria de nuestros abuelos, que esos malditos güeros ya no sacarán un grano más de oro ni de plata de nuestro país. ¿Y cómo lo vamos a evitar? Pos asaltándolos en medio de la sierra.

— ¡Buena idea! ¡Ya les estamos dando! ¿Cuándo empezamos?

— En la próxima remesa. Vamos a estar listos en la sierra. Nos armaremos con los rifles lozadeños. Que haya espadas y machetes.

— Hermano, ¿pero qué vamos a hacer con esas armas en contra de las que ellos tienen?

— No te apures, hermano. La batalla será hasta que esas armas flamantes y ventajosas que dices que tienen sean de nosotros.

— Bueno. Mientras Efrén y Rodolfo se encargarán de investigar cuándo sale la próxima remesa, Fidencio y Jesús se van a darle una explorada a la sierra, porque creo que no la conocemos lo suficiente. Los demás nos encargaremos del resto de los preparativos. Prepararemos caballos, armas y algunos alimentos para podernos remontar a la sierra.

Así pasaron algunos días, suficientes como para que regresaran unos y otros y se volvieran a reunir.

— ¿Qué pasó? ¿Qué se informaron? ¿Cuándo salen los arrieros?

— El próximo lunes.

— Y ustedes, ¿cómo vieron la sierra?

— Sabrás, Eduardo, que de la cumbre para allá todo nos gustó para ser camposanto. Pero eso no va a ser cerca de Bolaños, ¿verdá? Yo digo que lo más lejos que se pueda, para que no los oigan llorar.

— Así es. ¿Se dieron cuanta cuál es la defensa que llevan?

— Cómo no. Es un pelotón de soldados vestidos de rojo y ocho arrieros armados hasta los dientes.

— No le hace. Nosotros, por lo pronto, contamos con cuatro rifles lozadeños y tres máuseres de siete milímetros. A ver, ustedes, los exploradores de la sierra, ¿supieron dónde esta la segunda jornada?

— Sí, jefe está exactamente en una parte llamada El Cerro del Sombrero.

— Allí mismo los estaremos esperando el martes en la noche para darles el primer golpe de su vid. ¿Cómo la ves, Efrén?

— Sí, jefe. Ya les estamos dando.

— A propósito de jefe, como lo acaba de mencionar Efrén, yo seré su jefe y Efrén mi segundo, ¿de acuerdo?

— Todos de acuerdo. A propósito, ¿de cuánto parque disponemos?

— De ciento cincuenta cartuchos.

— Lo suficiente. Con eso nos basta y sobra para el martes en el Cerro del Sombrero.

En dicho paraje, arrieros y soldados descansaban tranquilamente rodeados de una enorme hoguera que iluminaba más de cincuenta metros a la redonda. La mayoría de ellos estaban tomando sus alimentos cuando:

— ¡Alto! ¡Levanten las manos! ¡Esto es un asalto! ¡Somos más de siete hombres bien armados! Si se mueven, se mueren. Los tenemos sitiados por los cuatro vientos. No podrán escapar. Al primero que haga algún movimiento le volamos la tapa de los sesos.

Con un poco de esfuerzo los rindieron y los desarmaron para luego hacerlos dormir amarrados. Otro día los pusieron a cavar una enorme cueva en la falda del cerro para esconder el cargamento de oro y plata, quedando ahí la mayor parte de soldados sepultados.

— A ver, mi segundo, escriba en esa hoja: «Aquí, en el Cerro del Sombrero, donde sale el sol y se mete acá, donde da sombra en la tarde, con cien pasos hacia allá y cincuenta hacia acá, quedaron enterradas treinta cargas de oro y plata en plancha, barras y marquetas, del mineral de Bolaños».

— Jefe, ¿y qué hacemos con éstos que todavía están vivos?

— Lo siento, pero hay que darles chicharrón. Nomás los ponen a salvo de los zopilotes.

— ¿Y la mulada?

— La dejamos libre por la sierra.

— Jefe: ahora sí tenemos hartas armas, rete harto parque.

— Sí, pero nada más vamos a cargar lo necesario. Lo demás lo esconderemos, para cuando se ofrezca. ¡Vámonos!

Y en esto:

— Aquí hay alguien entre las yerbas...

— Sí, sí. Aquí estoy. Soy, yo. No me maten. Estoy mal herido. No me maten. Tengo familia. Soy el mayordomo de los arrieros.

— No le vamos a hacer nada, hombre. A cambio queremos que usted coopere con nosotros.

— Sí, haré todo lo que quieran.

— Nos jura por el honor de su familia que nos va a ser fiel. ¿Va a ayudarnos en nuestra causa?

— Sí. ¡Lo juro!

— Y. ¿cuál es su nombre, señor mayordomo?

— Casimiro… Casimiro Hernández, para servir a usted.

— Y, ¿cómo se llama la persona que recibe la carga en Fresnillo?

— Yo nomás sé que se llama míster Charles. Nosotros llevamos el mineral a la estación del tren y allí lo embarcan para la frontera.

— Muy bien. A ver, ¿cómo está su herida? No está mal. Con unas yerbas se arregla eso. Mire, Casimiro, regrese a la mina y vea al míster, su patrón, y cuénteselo todo. Que desgraciadamente nomás usted quedó vivo. Cuéntele que los ladrones eran de Durango, que se llevaron todo, con todo y mulas, y que los oyó decir que nunca volverán porque con eso tienen para pasar el resto de su vida. Y en adelante usted se va a encargar de darnos toda la información que sea necesaria. A ver, dígame, ¿nos conoce a alguno de nosotros?

— No, señor.

— Pos más le vale. Pero el día que alguno de nosotros llegue a preguntarle algo usted no se negará, ¿verdad?

— No señor. Lo juro por mi madre santa.

— Bueno, en eso estamos. Adiós, Casimiro, y que le vaya bien.

Meses más tarde, reunidos de nuevo los hermanos Buendía en su rancho cercano al famoso real de Bolaños, hacían planes de nuevo para el siguiente golpe:

— Mi segundo: váyase al Real a ver al viejo Casimiro, para ver qué le informa.

Al otro día:

— Don Casi, ¿cómo está? ¿Me conoce?

— Sí señor. Usted es el mismo que me curó allá en la sierra.

— Así es. Soy el mismo. Dígame cuándo mandarán otro viaje.

— En estos días. Ya tenemos la mulada lista.

— Usted, don Casi, ya no vaya.

— No. Mandarán a otro.

— Bien. Nos vemos, don Casi.

Más tarde:

— ¿Qué pasó, Efrén?

— Sí, mi jefe, está por salir el próximo viaje. De inmediato nos remontaremos a la sierra, no sea que nos agarren ventaja, para estar visentiando.

Tres días más tarde:

— Mire jefe, se están desviando río arriba.

— ¡Desgraciados! Estos piensan que por allá se nos escapan.

— Sí. Ya agarraron todo el río rumbo al poniente de Alqueztán, como para salir por Temoaya y Mezquitic.

— Pues ya les estamos dando. Les echamos travesía por sobre la sierra, a bajar a Temoaya. Allí mero les caemos. ¡En marcha, capitanes!

Al poco andar de la cumbre de Bolaños, hacia el norte:

— Jefe, vienen unos jinetes por el camino.

— Amigos, ¿quiénes son ustedes y a dónde van?

— Venimos de Fresnillo, vamos a Bolaños a dejar un mensaje para míster Ale.

— Traiga acá ese mensaje. Ustedes se arriendan. Y rápido, porque llevamos prisa.

Así los encaminaron de regreso hasta Las Peñitas, amagados de muerte, que por ningún motivo podían llegar a Bolaños.

Nosotros nos desviamos hacia el rancho de Ocota, a bajar a Temoaya donde debíamos esperar nuestra presa. Después de haber caminado toda la noche amanecimos en el punto de referencia.

Planeamos el golpe. Estudiamos el terreno a conciencia. Dicho y hecho, al oscurecer llegó el cargamento. Cuando éstos entraron a los corrales de Temoaya, el personal se componía como de unas catorce personas, entre soldados y arrieros. Les caímos de sorpresa a través de los círculos de piedra. No les quedó más remedio que rendirse para no ser muertos en unos minutos. Árboles hicieron falta esa noche para que durmieran amarrados soldados y arrieros. Por la mañana del día siguiente, como a doscientos pasos hacia arriba, los pusimos a cavar una fosa como de ocho metros de largo por tres de ancho y dos de profundidad para escondite del dicho tesoro, quedando sellada dicha fosa con mezcla hecha con sangre de algunas mulas que en su propio lomo habían cargado el preciado metal. Se dejó oír la voz del jefe:

— A ver, mi segundo, escriba esto. «Señas: entre el arroyo que viene del norte y el río que viene del sureste y que dobla hacia el sur, que hay un

cerro por cada lado, quedaron guardadas para siempre cuarenta cargas de meta, oro y plata, sudor de muchos campesinos-mineros. Tesoro que es de México y no debe, por ninguna circunstancia, ser explotado para ir al extranjero. Esta es la acción de los siete Buendía, para honor de esta tierra» [Eduardo Vela del Real].

LA MUJER DE LA NORIA

Se cuenta que dentro de la noria que está al centro de la Real Casa de la Moneda, existen cuatro entradas a los incontables túneles que unen los diferentes monumentos históricos, como en este caso la Casa de la Moneda con la presidencia, y la Casa de la Condesa y la Granada.

Se dice que dentro de esta noria yacen los restos de una bella mujer que una noche comentaba con su familia que se quería casar. Su padre no quería al novio y, le prohibió a la hija que saliera de noche; para asegurarse que así fuera, la ató a las bases de la noria.

Cuando estaba a punto de ser amarrada, se forcejearon uno al otro y con un accidentado aventoncito cae la hermosa mujer. Desde entonces, todas las noches sale una mujer vestida de novia y baja por las escalinatas de la Real Casa de la Moneda, buscando a su amado [Obdulia Tello Clark].

HUEJÚCAR

Cuando un gato es un tesoro

Hoy en día hay muchos buscadores de tesoros que emplean aparatos para detectarlos: varas movidas por expertos, péndulos o trompos hechos por personas preparadas. Otros acuden a adivinos, clarividentes o brujos para que les digan dónde se encuentran los tesoros. Muchos fueron encontrados al hacer un trabajo de albañilería o al hacer acequias, otras obras o, simplemente, con el arado.

Esta es la historia de un tesoro encontrado por buscar un gato. Mi bisabuela, doña Teodosia Sandoval Vázquez, vivía en Huejúcar, ahí en el jardín José María Venegas, al otro lado de la presidencia municipal. Ella tenía hijos e hijas. Una de sus hijas se hizo novia de un español que asistía al pueblo para comerciar en la región. Este señor, en un viaje a Manzanillo, Colima, le compró a la tripulación de un barco un gato no sé si de angora o siamés, pero era un gato muy fino. Él se lo trajo para regalárselo a su futura suegra y ésta se entusiasmó mucho con el gato, al que cuidaba y apapachaba. En pocas palabras, estaba encantada con su gato.

Pues ahí tienen que se le perdió el mentado gato. No lo encontraban en la casa, ni con los vecinos, ni en todo el pueblo; nadie informaba, nadie sabía nada. Un día oyeron maullar al tan buscado gato dentro del retrete, de esos de pozo que hacía tiempo estaban fuera de servicio y clausurado con unas tablas clavadas. Por algún hueco entró el gato y no podía salir. Al oírlo maullar doña Teodosia llamó a su hijo mayor, pidiéndole que sacara al animalito. El joven metió a su hermano menor, quien se llenó de suciedad, y aunque estaba seca daba mucho asco; el muchacho, que estaba atado para poderlo sacar con faci-

lidad, dijo: «Ya lo vi, se metió por la puerta donde está la campana».

Creyeron prudente sacar al muchacho y metieron a un mozo de la casa, el que confirmó que sí había una puerta. Ya metido en el asunto, dijo: «Voy a ir a sacar ese gato». Al pasar no sin dificultad la puerta, se quedó de una pieza: vio dinero en monedas de oro y plata y objetos de valor y vio que del cuarto seguía un pasillo. Él iba gritando lo que iba viendo. Las personas de afuera, llenas de curiosidad, le dijeron que siguiera por el pasillo, que explorar a todo. El mozo siguió por el pasillo hasta llegar a unos escalones que daban a una salida que se hallaba tapada y que daba al zaguán de la casa, por donde sacaron las monedas y demás valores.

Una campanita resultó ser de oro macizo. Y así fue como el gato les dio ese tesoro a la familia, tesoro que habían dejado unos antiguos dueños de esa casa. Mi bisabuela estaba feliz con su gato, pero más feliz con lo que le había obsequiado el gato y… colorín colorado.

Las personas de la historia son las siguientes: mi bisabuela doña Teodosia Sandoval Vázquez; mi abuelo, don Eugenio del Hoyo Sandoval, que era el hijo mayor; la novia, hermana de mi abuela Jovita V. Sandoval, y el hermano menor, mi tío, don Julio V. Sandoval. Del español no recuerdo el nombre, pero fue el esposo de mi tía Jovita y se apellidaba Palacios. En esa casa nació mi papá y sus hermanos mayores. En El Cacalote un mediero, don Pancho González, me platicó que mi abuelo había sacado un tesoro de un excusado en Huejúcar, Jalisco; pero después de tiempo mi tío, don Víctor Sandoval Acevedo, hijo de don Julio, me platicó los detalles de la historia que ahora estoy relatando [Carlos del Hoyo Cabrera].

MEZQUITIC

Los cochinitos

Cuando el señor de los cielos estaba en este mundo, lo que más le gustaba era jugar con los niños. Él iba a las casas y se sentaba bajo un árbol, en espera de ellos. A los más grandecitos les contaba historias del reino de Dios, a otros les hacía juguetes de madera con los sobrantes del trabajo de san José. Y María, la virgen, cuando podía le preparaba algunos panecillos para que los repartiera entre los más necesitados. Cuando caminaba por la calle la chiquillada lo seguía y todo era alegría sin par en el pueblo de Belén. Un atardecer salió a despejarse un poco del trabajo de la carpintería, cuando se acordó que hacía días que no visitaba la casa de los niños mas pobrecitos de la aldea, y enfiló en esa dirección. Otras criaturas al verlo le hicieron compañía, unos agarrados de su mano y otros sujetando su túnica. Ya muy cerca la mujer de la casa lo divisó. Como había estado de malas todo el día, y de pilón llena de quehacer, les dijo a sus tres niños que se escondieran en uno de los cuartos, hasta que el Señor se fuera, porque no tenía ganas de recibir a nadie. El Señor tocó la puerta y salió la señora.

— Buenas tardes, hermana mía. Vengo a ver a tus niños.

— Me tiene que disculpar, pero ya hace rato que salieron a la calle a jugar. Si no me equivoco, por ahí han de andar.

En ese momento uno de los niños que lo acompañaba pasó al interior a curiosear. Nuestro Señor fue de tras de él para que no causara destrozos a la casa. Todo fue tan repentino que la dueña de la casa no pudo evitarlo. Ya en el interior, Él escuchó unos leves ruidos que salían de uno de los cuartos. Volteó a ver a la mujer y le dijo:

— Escuché unos ruidos provenientes de este cuarto. De pronto me pareció oír a tus hijos, ¿son ellos?

— No, de ninguna manera. Son unos marranitos que encerré ahí.

El Señor se dio por satisfecho y salió rumbo a su casa; la mujer no dejaba de mirarlo, esperando que estuviera lo suficientemente lejos para que sus hijos salieran. Cuando consideró que ya era adecuado pedirles que salieran, los llamó, pero cual sería su sorpresa que en vez de salir sus hijos salieron tres cochinitos [Cuca Luna].

LAS LOBAS

Yo soy una mujer de ochenta y cinco años. Sin mucho qué hacer, pero me desenfado del encierro recorriendo por las tardes los viejos callejones de mi ranchito. Me ayuda porque se avivan los recuerdos, algunos de ellos se van, pero luego regresan a hacerme compañía. Las historias que escuché de niña de boca de mi madre jamás se borran. Será porque fueron contadas a la luz del ocote, con las paredes de la cocina llena de sombras que parecían gente, y ella haciendo caras y gestos para aleccionarnos. Esas historias también las escuché de mi abuela y ella de la suya, venían de muy atrás. Lo que no sabré jamás, porque no lo dijeron, si eran inventos o verdades:

Había una familia muy pobre, su preciada posesión consistía en un burro viejo y lo que traían puesto. Para ganarse el pan, cuidaba unos barbechos ajenos en la falda de un cerro. El papá, de nombre Ramiro, acostumbraba salir todos los días muy temprano para evitar que los animales dañaran la labor. Su esposa, Josefa, en cambio se quedaba al cuidado de sus dos hijas y también preparaba la comida para todos. Las hijas ya estaban añejas. Concha, la mayor, y Hortensia, la menor, no gustaban de la pobreza de sus progenitores y pasaban el tiempo renegando. Además de groseras y, flojas, esperaban que todo lo hiciera su madre.

Aquel año el temporal no fue bueno y don Ramiro miraba el futuro con preocupación, temía escasearan los alimentos y afectara a su familia. Llegó el día de pizcar el maíz y le pidió a las dos hijas que los ayudaran. Ellas respondieron que no hacían aquello ni por todo el oro del mundo, que el sol estaba ardiendo y se maltratarían sus manos. Doña Josefa le dijo a su esposo que no las mortificara más con aquello, que ella le ayudaría en todo lo posi-

ble. Su amor de madre era tal que antes de partir a la labor fue con sus hijas a decirles que su almuerzo estaba listo en el fogón, que lo tomaran cuando quisieran. Las jóvenes no tenían ninguna consideración por ellos, cada vez les exigían más y más.

Por fin levantaron la cosecha; fue muy pobre y la parte que les correspondía por su trabajo llegó apenas a cinco cargas de maíz en mazorcas y unas ocho gavillas de tazole. Los esposos hicieron varios viajes con su burro para acomodar el producto en el mercado del pueblo. El comprador no tenía el dinero en ese instante y les pidió que regresaran por él cualquier otro día.

Ya de regreso en su casa los esposos comían a solas lo poco que encontraron. Don Ramiro le decía a Josefa que mañana regresara por el dinero y trajera algunos lienzos para que sus hijas se hicieran vestidos y no les diera vergüenza bajar al pueblo, porque se avecindaban las fiestas patronales. Concha y Hortensia escucharon sólo parte de la conversación, lo referente al cobro del dinero. Al día siguiente, cuando su padre se retiró y Josefa se disponía a bajar al pueblo, ellas le exigieron que les trajera carne, que soñaban con carne. La madre, como era buena y vivía apenada con sus hijas por no haberles dado una vida mejor, pensó que tenían razón y que si gastaba en ello todo lo que tenían, de alguna manera la providencia las socorría en el futuro.

Camino al pueblo pensó que su pobreza tendría su origen en la falta de imágenes religiosas en su casa y que por eso sus hijas se portaban como fieras. Don Nicanor le pagó el dinero y ella fue por la carne. Carne no había por ninguna parte, ni de res ni de puerco. Buscó con el matancero, en las vendimias de la plaza, pero nada. La pobre mujer se encontró mortificada, tanto que no compró el encargo de las telas. Pensó dejarlo todo para mañana, regresar aunque el camino fuese cansado. De regreso topó con un hombre que caminaba por la orilla del pueblo vendiendo santos. Le parecieron todos tan hermosos, en especial un san Lorenzo, por su martirio en la hoguera. Pensó que su esposo e hijas les gustaría tanto como a ella, que al verlo se olvidarían de comer carne. Lo envolvió con su rebozo lo mejor que pudo. No quería que ni el sol le diera. Y allí iba Josefa escalando laderas y peñascos con la imagen.

Rosa y Hortensia la divisaron desde lejos, y corrieron a su encuentro. No cabían de gusto, pero cuan grande fue su sorpresa al ver que aquello no

era lo que esperaban. Pronto se enfurecieron y su rostro estaba lleno de ira. La madre, al verlas tan así, tuvo miedo, y dijo:

— Hijas de mi vida, no se enojen, déjenme explicarles. No pude encontrar carne en toda la plaza, ni en los rastros. No había ni un solo trozo ni para remedio.

— ¡No la despachamos a comprar santos! ¡La despachamos a comprar carne! ¡Queremos carne! —le gritó Concha con toda la fuerza de sus pulmones.

— Tengan paciencia, hijas. Mañana regreso al pueblo a ver si entonces tengo suerte.

Ellas empezaron a ponerse rabiosas. Iban de un lado para otro, como fieras, como lobas. Hortensia le arrebató el santo a Josefa y estaba a punto de lanzarlo contra las piedras. Cuando la madre vio aquéllo, se arrojó a salvarlo, pero con tan mala fortuna que se golpeó contra las rocas. Evitó que destruyeran a san Lorenzo pero ella murió en el instante. Sus hijas en un arrebato de locura cortaron trozos de carne de su cuerpo y lo metieron al fogón y ahí la cocinaron y saciaron su apetito.

Don Ramiro llegó al atardecer, hambriento, y fue derecho a la cocina. Allí estaban las dos hijas, muy amables con él. Eso le extrañó porque nunca se portaban de esa manera y les preguntó:

— ¿Dónde está su madre, hijas?

— No está aquí -contestó Hortensia.

— ¡Cómo que no está aquí! ¿No ha regresado del pueblo?

— Pos sí, pero nomás nos trajo carne, volvió a salir y no supimos a donde —dijo Hortensia.

— No, no se haga del rogar, ya no ha de dilatar y la comida se enfría, le preparamos carnita, ándele —dijo Concha.

— Prefiero esperar, nunca he comido sin ella.

El hombre estaba hambriento y no pudo más. Llevaba la primera cucharada a la boca cuando escuchó una voz ajena:

— ¡Ramiro, es tu mujer a quien estás a punto de devorar!

El hombre azorado volteó con sus hijas:

— ¿Qué oí, hijas?

— Nada, padre, nada, nosotros no escuchamos voz alguna, —aunque

escucharon lo mismo, pero las muy perversas se hicieron las desentendidas— coma padre, coma.

Aún sin sospechar de lo acontecido con su mujer y sin malicia alguna, pretendió una vez mas llevarse a la boca la carne, cuando volvió a escuchar:

— No comas Ramiro, es tu mujer sacrificada lo que yace en el plato.

— ¡Hay, Dios mío! ¿Será verdad semejante atrocidad?

— Usted coma y no se preocupe —dijo la más chica de sus hijas, con mueca burlona.

- ¿Por qué escucho que este pedazo de carne es tu madre?, ¿Dónde está ella? ¡Ustedes saben! ¿Dónde está ella?

Deja la mesa un tanto aturdido y se dirige a ver un bulto cubierto de papel ensangrentado que le llamó la atención. Descubrió aquel objeto y se encontró con la imagen de san Lorenzo. Y se le derramaron las lágrimas al ver aquella hermosa figura. Le pareció que en su vida había visto nada semejante. Fue en ese momento que comprendió lo que había pasado con su mujer y de dónde provenía la voz; que sus hijas habían sacrificado a su madre sólo por cumplir un capricho. Volteó hacía ellas y vio en sus miradas la mirada de las fieras. Desde el fondo de su alma gritó: ¡¡¡ Solo unas lobas serían capaces de hacer esto. Que Dios las castigue y se conviertan en eso, en lobas!!!

Las dos mujeres quisieron hablar pero, en vez de voz, soltaban aullidos, y salieron corriendo de la casa para perderse para siempre en los bosques de la montaña [Cuca Luna].

PEDRO DE URDIMALAS

Pedro de Urdimalas vivió en este mundo en la misma época que nuestro Señor Jesucristo.

Era un tahúr consumado. Ganar era su único afán, perder su mayor tristeza. Había despilfarrado la fortuna que heredó de sus padres. En ocasiones amanecía rico y en otras terminaba en la miseria. En el fondo era un hombre bueno, siempre cargaba con el escapulario que le dio un ser querido antes de morir, pero el vicio cada vez lo llevaba más y más a la perdición. En uno de esos días, el Señor, que se compadecía por sobre todos con los más pecadores, tocó a su puerta, y Pedro abrió.

— ¡Quihubo Pedro!

— ¡Qué gusto de verlo aquí en mi humilde casa, pase!

Se sentaron bajo un árbol frondoso y platicaron durante un buen tiempo.

— Pedro, tengo qué retirarme, todavía me hace falta visitar más gente.

— ¡Ah no, Señor, usted no se va. Nos va a acompañar, mi mujer está preparando algo de comer.

— No, Pedro, tengo algunas cosas que atender.

— No nos haga el desaire, en un momento estará la comida en la mesa.

Los dos se sentaron a la mesa acompañados de toda la familia. Y al terminar:

— Muchas gracias, ahora sí me retiro.

— Ya no le detengo más, que le vaya bien. ¡Ah, Señor!, aguarde un poquito, me olvidé decirle algo.

— ¿Para qué soy bueno?

— Es bien sabido que usted concede deseos a quien se los pide y rara vez se niega a hacerlo. Yo quiero pedirle tres. ¿Me los concede?

— Veamos de qué se trata.

— Uno, que mientras me dure el gusto de jugar, nunca pierda. Dos, morir cuando yo disponga.

Nuestro Señor lo escuchaba con atención.

— Y tres, que ahí donde me siente, nadie me levante.

— Están concedidos, Pedro.

— ¿Me concede los tres? ¿No se le olvidan? ¿Se los repito?

— No hay necesidad, están concedidos.

— Ándele pues, ya puede agarrar su camino.

El Señor se retiró, no sin antes darle la bendición. La esposa había estado a la expectativa atrás de la puerta, escuchando lo que pudo. Y ni tarde ni perezosa se acercó a su marido, y le preguntó con mucha curiosidad:

— ¿Qué le dijiste al Señor?

— Que me concediera tres mercedes. Una, nunca perder con los naipes, morir a voluntad y que jamás me quite donde yo me siente.

— ¡Hay creatura del Señor! ¡Salir con semejantes ocurrencias! ¿No te dio vergüenza?

— Al que no habla Dios no lo escucha. Además, no le pedí cosas del otro mundo.

— Espero que no lo hayas hecho.

Esa misma tarde Pedro le pidió a su esposa que le diera el dinero que había en la casa. Había muy poco, casi todo lo había perdido en el último juego. Ella le dijo que se lo daba pero que pensara que lo tenía guardado para una urgencia. A partir de aquel día juego que jugaba lo ganaba, y aquello le redituó tal cantidad de dinero como nunca soñó. Un día ya anciano y cansado de no tener rival, porque le rehuían, habló con su esposa.

— Ahora sí que estoy satisfecho. Cuando deje esta vida me iré con la conciencia tranquila sabiendo que te dejo lo suficiente para que nunca sufras ni tú ni tus descendientes.

— Hay Pedro, qué cosas dices, tú siempre con tus ocurrencias.

— Es verdad lo que digo. ¿Qué acaso la boca no es para decir lo que uno siente o sabe?

— ¡Válgame el Santísimo!

Pedro esperó una noche estrellada y por su voluntad dejó este mundo.

Llegó al cielo y tocó aquella enorme puerta. El Señor no estaba, respondió san Pedro:

— ¿Se puede saber quién es?

— Pedro de Urdimalas.

— ¡Ah, tahúr, para abajo!

El hombre cayó y cayó a un pozo tan profundo que parecía nunca tocar fondo. Por fin tocó fondo y se encontró a la puerta de una enorme muralla, donde se dejaban oír toda clase de quejidos de dolor. El no sintió miedo y tocó la puerta tan fuerte como pudo. Por fin una voz muy ronca se dejó escuchar.

— ¡Quihubo! ¡Quién puede ser?

— ¡Abra, soy yo, Pedro de Urdimalas.

— ¡ El tahúr! Por fin, tanto tiempo esperándote, me parecía que nunca llegaría la hora de tu visita.

Pedro entró a aquel lugar lleno de almas sufridas y sintió lástima por ellas. El diablo lo recibió con gusto y lo llevó a una mesa con barajas ya listas. Le dijo:

— No sabes cuánto he esperado este momento, quiero probar hasta dónde llega el don que te dio Dios allá en la tierra.

— ¿Ah, con que me estás desafiando?

Pedro, que no era nada perezoso en esos menesteres, gustoso tomó asiento y empezó a barajar las cartas. El Diablo tampoco ocultó el placer que le daba aquello. Echaban las cartas una y otra vez. La visita ganaba y ganaba. Ya impaciente el patrón del infierno le dijo:

— Vamos echándole emoción a esto, pos qué caray.

— ¿Qué quieres apostar?

— Tú nomás menciónalo, medio reino de la tierra es mío, y del infierno, ni qué hablar. Tú en cambio sólo tienes ese escapulario. Pero aun así, dispareja como está la cosa, vamos dándole, qué caray. Y para que veas que soy amigo, te ofrezco diez mil almas por eso que traes en el cuello.

Jugaron y Pedro de Urdimalas ganó. Y eso lo volvió a apostar por otro tanto igual. Por fin se quedó con todas las almas prisioneras. Cuando ya no había mas de dónde apostar le propuso al Diablo:

— La próxima por mi libertad.

Satanás, ya picado y como el perdido va a todas, aceptó el trato. Y se repitió lo de los juegos anteriores. Pedro se paró satisfecho y le dijo:

— Lo único que te queda, Lucifer, eres tú y no me interesa. ¡Abre la puerta! Por favor arréame todas esas almas que me las llevo al cielo.

— ¿Qué, ya no regresas? Me dejaste picado.

— No, no quiero volver jamás a este lugar.

Al abandonar el infierno, en un descuido, perdió el escapulario.

Pedro de Urdimalas regresó a las puertas del cielo. Estaban cerradas y tocó. La voz inconfundible de san Pedro respondió:

— ¿Quién es?

— ¡El Tahúr!

— ¿Tú de regreso? ¿Qué acaso no te abrieron allá abajo?

— ¡Sí, pero gané mi libertad! Asómese por favor, mire lo que le traigo. Le va a gustar.

San Pedro entreabrió la puerta, lo suficiente para mirarlo a él.

— Disculpa, el Señor no está, además las almas que vienen del infierno necesitan permiso especial para entrar.

— Él y yo estamos en lo entendido que yo puedo pasar. Usted no se asuste ni se apure. Por favor abra la puerta de par en par, porque son muchas las almas que me acompañan, se las gané al Diablo.

San Pedro estaba que no lo creía, aquello lo aprovechó el recién ascendido y metió una mano en la rendija. San Pedro le dijo al tiempo que cerraba la puerta:

— ¡No puedes, la ley no lo permite!

— ¡Hay, no sea bárbaro, me está machucando la mano, y duele!

— Me escuchaste bien. No puedes pasar.

— Bueno, al menos déjeme ver un poquito de la gloria.

San Pedro accedió, cosa que aprovechó Urdimalas para empujar una de las hojas de la puerta y como pudo se metió. Llegó hasta el trono del Señor y se sentó sin chispa de vergüenza. San Pedro muy mortificado le pedía por lo que más quisiera que se bajara de ahí. En aquéllo se encontraban los dos, cuando el tahúr dijo:

— ¡Cálmese san Pedro, que aquí viene el Señor!

Llegó hasta ellos y dijo:

— ¿Qué haces, Pedro?

— Como ve, estoy aquí sentado.

— ¡Hay hombre! A quién se le ocurre semejante cosa. Por favor, deja ese asiento.

— ¿Qué? ¿Ya se le olvidaron las tres mercedes que le pedí aquella ocasión que Usted comió en mi casa? Acuérdese bien: fue nunca perder, morir cuando yo quisiera y que nadie me quitara de mi asiento. Así que déjeme disfrutar su trono por un instante. Mientras, Usted, asómese a la puerta para que vea el presente que le traje.

Al Señor le cayó en gracia las ocurrencias de Pedro de Urdimalas y al ir al encuentro de las almas liberadas dejó en manos del tahúr el escapulario que había perdido [Helia García Pérez].

TOTATICHE

El guamúchil del demonio

En lo más alto de la cumbre de Totatiche, llegando por el norte, existe desde hace mas de sesenta años un árbol de guamúchil, que dicho sea de paso, en las barrancas de Jalisco produce una fruta muy sabrosa y cuando su carne es de color rojo le llaman *lolitos*.

Al pie de ese guamúchil varias personas han sido testigos de visiones horrorosas que incluso a uno de mis compadres lo mantuvo postrado en cama por más de seis meses. Lo que miró allí en una negra noche en la que regresaba del pueblo a su hogar por el rumbo de Balcones fue: a veces un perro de regular tamaño junto al tronco, en otras ocasiones una especie de ataúd y en otras algo deforme pero siempre de color negro.

En la ocasión que el compadre se asustó, desde antes de llegar, la bestia que cabalgaba se negaba a pasar, sin embargo le *apretó* las espuelas y una vez que pasaron frente del citado árbol, se desbocó el macho y a punto estuvo de lanzarlo al suelo, no sin antes volver a la montura, ya que lo había desprendido hacia un lado al darse la *sacada* para un lado cuando emparejaron al guamúchil [Esteban Valdés Salazar].

OCOTA (MEZQUITIC)

La formación de la vida

Antes de que los niños nazcan, sus almas están al cuidado de los diferentes dioses antiguos que tenemos. Especialmente *Tatei Niwetúkame* nuestra madre, diosa dedicada a los niños. Ella cuida de las almas de los niños. Ella es causa para que el alma entre en el niño.

Porque al principio está formado solamente el cuerpo. Sólo el cuerpo, eso que sólo es carne. Esto está dentro de la madre, dentro de la vagina de la madre. Se hace con ayuda del hombre, así es como se forma el cuerpo el niño. Y después *Tatei Niwetukame* ve si es niñito o niñita, lo que deba ser. Primero le manda a la niñita su conciencia, su pensamiento. De modo que pueda reflejarse en todas las cosas. Antes de que la niña nazca, pero después de que está toda completa, eso es lo que sucede. *Tatei Niwetúkame* le manda la pintura de su cara, sus sandalias, sus pulseras, todo lo que necesita, todo lo que necesita para ser auténtica huichol. De modo que quede completa ahí. Esto sucede cuando han pasado cinco meses. Cuando tiene como unos siete meses, más o menos, entonces se fija la fecha en que va a nacer. Después de siete meses, *Tatei Niwetúkame* revisa todo esto, que es como decir que la mujer comenzará a sentir esos sentimientos ahí. La criatura comienza a moverse y la mujer lo siente. ¡Ah!, ahora la mujer recuerda: en tal y tal día, de tal y tal tiempo, eso me sucedió a mí. En su mente esa madre recuerda muy bien toda cosa.

Luego el esposo va a traer al *mara'akáme* (shamán-brujo). Le explica lo que está pasando ahí. Y el shamán dice: «entonces vámonos». Y van. Y el *mara'akame* la ve y dice: ¡Ah sí, ya es tiempo ahora! Y agrega: esto y aquello

faltan aquí. Luego habla con *Tatei Niwetúkame*. Ella le dice al niño que le falta el *Kúpuri*, o sea la mollera, el punto blando en la cabeza, la corona. Es la vida del alma de esa persona. Tiene cinco partes, pedazos de hueso, eso que llamamos los cinco niñitos, tres al frente y dos detrás. Y luego *Tatei Niwetúkame* dice que en tal y tal hora ella va a mandar eso. Porque cuando el bebé nace está muy suave allí arriba. Allí es donde se forma la corona, eso que es hueso, que llamamos *kúpuri*. Eso es la vida… el alma. Y luego, en cinco minutos, *Tatei Niwetúkame* envía todo eso. Entonces el niño está perfectamente terminado. Esto sucede cinco minutos antes de que nazca. Sólo toma cinco minutos perfectamente al bebé. Entonces toma la forma completa. Está completo.

Ahora, de acuerdo con la creencia huichol, puede que *Tatei Niwetúkame* decida cambiar el sexo del niño antes de que nazca. Esto puede ser por sus propias razones o porque la madre ha perdido un niño recientemente y quisiera que otro del mismo sexo viniera a ocupar su lugar.

Si *Tatei Niwetúkame* no quiere que el chico sea niño o niña, por una u otra razón lo transforma. El sexo es cambiado y el niño sale como niña o la niña como niño. Eso sucede en esos mismos cinco minutos. Si después de esos cinco minutos la mujer sigue con dolores, es porque *Tatei Niwetúkame* está transformando a la niñita en un niñito. O puede ser al revés.

Si ese niñito está siendo transformado por *Tatei Niwetúkame* sale diferente. Porque las cosas no son como eran. Su sexo ha cambiado. Pero si nuestra madre ha transformado los sexos en el niño, el niño puede nacer con carita de niña. Porque fue niña. Por esa razón hay muchos huicholes entre nosotros que casi tienen cara de mujer. Tienen cara tan suave como la de una mujer.

Pero cuando nace, allí va, con todo su pensamiento, con su corona en la cabeza, ese punto suave donde crece el hueso, donde está la vida del alma. Con sus pulseras, sus bandas en los tobillos, sus sandalias. En todo es un completo huichol [Ramón Medina Silva].



ZONA ALTOS NORTE



Instructivo para utilizar el puente (Lagos de Moreno)

LAGOS DE MORENO

Este puente se hizo en lagos…

Después de múltiples intentos desde fines del siglo XVI, la fabricación del puente fue una realidad hasta el XVIII. Durante diez años se trabajó en la cimentación y edificación de los tres arcos.

En forma provisional se puso en servicio. Esto motivó que no se volvieran a preocupar por hacer las bóvedas. El tráfico por el puente improvisado era temerario, pues no ofrecía seguridad alguna. Los viajeros se veían precisados a pasar por abajo. De nuevo gestiones, colectas y se hicieron las bóvedas.

Debido a la tardanza y contrariedades en la conclusión del puente, una vez en servicio, los laguenses muy engreídos y satisfechos hicieron grabar en un lugar visible esta inscripción:

«Este puente se hizo en lagos y se pasa por arriba».

Son múltiples las explicaciones tendientes a justificar el letrero. La primera asegura que el Ayuntamiento, para resarcirse de la fuerte erogación, fijó una cuota de dos tlacos a todo el que pasara por el puente. Y que, con el fin de eludirla, muchos se iban por debajo, con riesgo de ser arrastrados por la corriente, costando bastante su rescate. Otra dice que los viajeros de pueblos circunvecinos no sabían hacer uso de él porque no conocían puentes de esa magnitud [Alfonso de Alba Martín].

La cuerda y otros defectos

Cuando se terminó la construcción de la parroquia, en cantera rosa, no faltó quien pusiera reparos a la obra. El primero en hacerlo fue el lugarteniente de

cura, quien, al decir la misa de ocho, se molestaba por unos rayos de sol que caían directamente al misal cuando leía el Evangelio. Expresarlo públicamente fue suficiente para que unas beatas se pasaran toda la mañana intentando sacar el sol en chiquihuites.

Apareció otra deficiencia que daba al traste con la belleza de la cúpula, en la cual, según tradición, se usó leche en vez de agua para hacer la mezcla: una cuerda había quedado colgando de la linternilla. Como ya no quedaba un solo andamio, el problema parecía irremediable. Entonces, habló resuelto un vecino de la otra banda:

— Ya que ustedes no pueden, yo me comprometo a quitar la soga.

Y ante el asombro de todos, empezó a subir por la propia cuerda. Los presentes ni pestañeaban siguiendo su hábil ascensión. Cuando hubo llegado hasta la argolla que sostenía la cuerda, extrajo del cinto un cuchillo y gritó:

— ¿Desde dónde la corto?

Nadie atinaba a decir palabra y solo un eco de la pregunta aún vibraba bajo las bóvedas.

— ¡Pegadito! —gritó algún impaciente.

Y tras el tajo del cuchillo, se comprobó que también en Lagos regía la ley de la gravitación universal… [Alfonso de Alba Martín].

SAN JUAN DE LOS LAGOS

La imagen de san Juan de los Lagos

Corría el año de 1674 en la región del altiplano de la Nueva Galicia, un pequeño poblado al margen del Camino Real que comunicaba a Lagos de Moreno con la capital. Los habitantes de aquel lugar se encontraban ocupados en los preparativos para celebrar el día de su santo patrono. La ermita era decorada con lazos de pino, arcos de flores y el atrio barrido mañana y tarde. Ana Lucía, esposa del sacristán de la ermita, ponía especial esmero en el arreglo del altar. En la adyacente sacristía se escribía una historia diferente: el lugar estaba a oscuras, sin ventanas y la escasa iluminación provenía de la puerta que comunicaba con la nave principal. El interior servía para los objetos descartados por las autoridades, entre ellos imágenes de culto que habían sucumbido a accidentes y los estragos del tiempo. Una virgen de rostro afeado por la polilla también sufría el abandono general. Y era en ella que la esposa del sacristán tenía puesta su atención a toda hora.

Tiempo atrás, una mañana, Ana Lucía descubrió que la imagen en cuestión se encontraba en la peana principal de la capilla. Aquello la tomó de sorpresa, y pensó que alguien la había puesto ahí para hacerle pasar un mal rato. Cosa que no era difícil de pensarse. La devolvió a la sacristía y cerró la puerta con llave, la que decidió cargar con ella para evitar futuras provocaciones y con eso evitar molestias de los parroquianos. A la mañana siguiente, habiendo ya olvidado el incidente, regresó a cumplir con sus obligaciones, y, cuál no sería su sorpresa, la humilde imagen de ropón deshilachado, cabellera desordenada y rostro desfigurado, estaba de regreso en la peana. Ella com-

prendió en ese instante que aquella acción no era producto de un engaño. Era una muestra de la virgen de su poder sobrenatural.

Por aquellas fechas una caravana de cirqueros trashumantes iban por el Camino Real con destino a la capital, la Nueva Galicia. Su empresa era modesta; los adultos caminaban al lado de los carretones, mientras mujeres y niños viajaban entre avíos y enceres. Conocedores de su oficio, hacían sus recorridos de manera tal que coincidieran con el mayor número de festividades y de ese modo sacar mayor provecho de su tiempo. El intenso calor de mayo causaba estragos en todos ellos y optaron por hacer un alto de cuatro días en San Juan, pueblo demasiado pequeño para sus pretensiones, pero como coincidía con una festividad religiosa, aprovecharían el alto para hacer algunas demostraciones circenses y descansar.

Juan Contreras, en compañía de su mujer y sus dos hijas adolescentes, eran los que hacían demostraciones temerarias y por ende la atracción principal. Después de desentumir el cuerpo, el grupo retomó las prácticas. El payaso sus gracias, los equilibristas concentración sobre la soga tirante y don Juan el acto más temerario de todos: sus hijas caminando descalzas sobre una serie de espadas, con los mangos sujetos en una gruesa tarima y la vaina vertical, con la punta expuesta. Era un acto rutinario para ellas, desplazarse inasistidas sobre puntiagudas espadas. En una de las prácticas la tragedia ensombreció sus vidas, embargó de tristeza a los cirqueros y pobladores por igual: una de las niñas, la más joven, resbaló y cayó, de tal suerte que los sables atravesaron su cuerpo, causándole una muerte instantánea.

El luto no solo empañó las celebraciones de San Juan, sino la vida de aquellos personajes trashumantes. Llenos de dolor los padres removieron el cuerpo sin vida de la adolescente y lo amortajaron para darle sepultura. La carpa fue desalojada de los enseres de las suertes circenses para convertirla en capilla velatorio. Ana Lucía regresaba de la ermita rumbo a su casa, con el corazón hinchado de regocijo, cuando vio aquel doloroso funeral. Sin pensarlo mucho se dirigió a los padres de la criatura y dijo que sabía como regresarla a la vida, que no continuaran sufriendo, por lo contrario, que tuvieran fe en lo que estaba por venir. Nadie sabía de qué hablaba aquella mujer, y como todo estaba perdido, no había razón para escucharla. Ana Lucía volvió a la capilla, sacó de entre sus ropas la llave de la sacristía y salió con la

virgen entre sus brazos. Llegó hasta el cadáver y la sitió en el pecho sobre las manos cruzadas y le pidió a la imagen que ayudara a aquella sufrida gente. Para sorpresa de todos la criatura dio signos de vida y pasados unos instantes abrió los ojos. Sus padres se apresuraron a liberarla de la mortaja, y la inocente criatura se incorporó como si nada hubiese pasado, ante el júbilo de los presentes y atestiguando aquel sorprendente milagro. Todos de rodillas dieron gracias a la virgen. Las campanas soltaron repiques y los fuegos artificiales llenaron de destellos el día y la noche. La imagen de San Juan de los Lagos fue restituida a su altar en donde quería estar, y posteriormente llevada por los mismos cirqueros a la Nueva Galicia para darle su antigua belleza y su lustre divino [Helia García Pérez].

La suegra del diablo

Para muchos es un hecho curioso, para otros algo inconcebible, pero hay quienes lo conocen y prefieren callarlo. Este atrayente relato lo he escuchado en el Chipinque, en Santa Rita, en Loma de Veloces, en el Puesto, en Ledesma y hasta en Ciénega de Mata. Y dicen que sucedió en el cruce de caminos, Santa Rita y Santa Ana con el Camino Real a San Luis Potosí.

Vecinos del Chipinque eran Esperanza Loera y sus hijos Francisca y Eusebio; pero a este último, la peste que asoló la región el año de 1833 se lo llevó entre sus garras. Esperanza abandonó el Chipinque, que malos recuerdos le traía, y con sus pocos bienes se fue a Santa Rita, allá por el rumbo de Las Peñitas. Con el auxilio de don Ignacio Gómez Portugal y su esposa doña Dolores, dueños de la Casa Grande, Esperanza reconstruyó una vieja finca de adobe abandonada, un gallinero y una pequeña huerta para verduras y frutales. Con el tiempo, el peso de los años le fue minando la salud, y Esperanza se vio envuelta en achaques y preocupaciones.

Y su más grande preocupación era Francisca, a quien la naturaleza no había dotado de atractivos que pudieran inquietar a cualquier humano: sufría al pensar que al faltar ella, la muchacha se iba a quedar sola.

Un día, cuando cosechaba verduras para la Casa Grande, mil pensamientos revoloteaban en su mente, y en el camino rumbo a Santa Rita, desesperada de invocar a todos los santos sin respuesta, en un paraje donde los vientos del Norte se detienen en las tapias de las nopaleras, bajo frondoso

mezquite, pidió ayuda del mismito demonio para que cuando ella faltase, Francisca no se quedase sola. Un remolino se alzó en medio del claro como respuesta a su maléfico pedimento. Ella, azorada, abandonó el lugar y prosiguió rumbo a Santa Rita.

El regreso lo hizo por el vallado; tenía miedo de pasar junto a las nopaleras. Aún sentía el polvillo del remolino molestar la retina de sus ojos. Al caer la tarde llega a casa. Francisca la esperaba bajo el toldo de las parras del corredor. De lo acontecido, no dijo nada a Francisca, no quería preocuparla. Ella sola se quedó con su secreto.

A los pocos días, bajo el verde toldo de la parra del corredor, un caballero de elegante figura tocó a la puerta.

— Dejadme descansar bajo su sombra —pidió a Francisca.

— Puede hacerlo, esta es su casa —contestó la interpelada, y se metió a la casa y siguió con sus labores.

— ¿Quién era? —preguntó Esperanza.

— Un forastero que quiere descansar bajo la parra.

A los tres días, a la misma hora, volvió a repetirse la escena. Y así fueron otra, y otras más. El caballero iba bien vestido, educado y con refinada amabilidad, y al hablar con Francisca, lo hacía clavando una mirada profunda y provocativa que la hacía turbar. Ella nunca había sentido nada igual; un escalofrío recorría su cuerpo y ya esperaba la visita cada tres días, oír el relincho en la llanada que anunciaba la llegada del viajero misterioso, que nadie sabía ni quién era, ni de dónde venía, ni a dónde iba. Siempre luciendo vistoso traje charro galoneado. Siempre bien puesto en su caballo prieto mohíno; un negro opaco que semejaba carbón vegetal y con tres remolinos de malhagüero: uno arriba de las cejas, otro en las cuartillas y otro en la parte interna de los muslos.

— ¿Está tu madre, Francisca?

— No, anda en la huerta cortando membrillos.

— La esperaré; traigo un negocio para ella.

Con paso trémulo y un cestillo en la cabeza, por la vereda llegó Esperanza.

— Señora…

— Diga usted —al tiempo que descansa la cesta en la ventana.

— Vengo a pedirle la mano de Francisca… Voy a casarme con ella… Soy Narciso Vargas y tengo propiedades en el Monte de la Era… Dentro de tres días vengo para llevármela y casarnos.

Francisca quedó como hipnotizada ante la presencia y palabras del forastero. Nunca dio respuesta a nada. Esa noche las dos mujeres no pudieron pegar los ojos. Así las encontró la madrugada; así las encontró el canto del gallo sobre la cerca. Al otro día todo era movimiento en la casa de Las Peñitas, preparando los desposorios de Francisca. Todo era ilusiones y todo se volvía al esperado acontecimiento.

Llegó el día pactado. A media mañana el caballo prieto mohíno, muy bien enjaezado, jalaba elegante carretela negra. Francisca rebosaba de alegría. A Esperanza, desde la madrugada, un malestar no la dejó levantarse de la cama; una rara inmovilidad de su cuerpo la tenía hecha un tronco bajo la cobija.

— Vayan a Lagos, cásense… Y sean felices… Fue la despedida de la indispuesta madre.

Francisca y Narciso se alejaron del rumbo de Las Peñitas. La entrada a Lagos no la hicieron por el camino a San Juan de la Laguna, lo hacen por el Callejón del Ahorcado (31 de marzo). Llegaron después del mediodía. Premeditación de Narciso o fatalidad para Francisca, no encontraron a ningún sacerdote. Así, con la promesa de casarse en la primer oportunidad, la pareja enfila al Monte de la Era. Ya era de noche, una noche oscura, misteriosa y silencio sepulcral. Ni la lechuza ni el viento alteraban aquella desusada inquietud presagiante de increíbles sucesos.

Lo que pasó después no lo podría yo narrar. Fue Francisca quien lo hizo en la primer oportunidad que tuvo para visitar a su madre. Esperanza la recibió con alegría; alegría que concluyó en desasosiego, en temor, en rabia.

— Mire madre… Tengo una casa muy bonita; está en medio de una caballería de tierra que Narciso tiene en el Monte de la Era. No me falta nada. Todo lo tengo. Pero al llegar la noche, un miedo muy grande se apodera de mí. Cuando Narciso está a mi lado, siento un calor insoportable… En la oscuridad, sus manos toscas y peludas no me permiten dormir con calma. Muchas cosas he visto y me han dejado sorprendida y sin explicación. Cuando

yo le digo lo que quiero comer, al momento me lo da; a veces presiento que hasta adivina el pensamiento. Un día que le pedí carne, al momento salió con una cuchilla al corral y de la mejor de sus terneras le desprendió buen trozo; luego, pasó su mano por la herida y quedó el animal como si nada hubiera pasado, regresando con la carne a la casa… ¡Yo lo ví madre!… En otra ocasión le pedí pan, y al momento salió al patio y metió las manos al horno, que hacía semanas que estaba apagado, y sacó el pan que yo quería… ¡Madre!… Ya no quiero estar con él… ¡Narciso es el meritito demonio!

Esperanza oyó con atención a su angustiada hija; por la seguridad mostrada en las palabras estaba convencida de que Francisca no estaba mintiendo. Esperanza no encontraba palabras de consuelo para detener el torrente de lágrimas que como cascada se desprendía de los ojos de su hija. Hasta que la anciana recordó la invocación que hiciera aquel día que iba a llevar verduras a la Casa Grande.

—¡Con que Narciso es el diablo!…... Si yo te metí en esto, yo misma te libraré de él. Cuando venga a buscarte, atiéndelo muy bien. Lo demás déjalo de mi cuenta. Que si de veras es el diablo, no sabe quién es Esperanza, su suegra.

Por la tarde llegó Narciso montado en su reluciente y bien enjaezado prieto mohíno, lo apersogó en un mezquite y se paró bajo las guías de la parra del corredor. Francisca lo esperaba en la puerta.

—Pásale… Pásale a la cocina… Te he cocinado los platillos que más te gustan.

Esperanza ya se había preparado; había puesto carbones nuevos en el fogón y se había armado de una botellita, una aguja y una tira de manta.

Ya cuando estaba comiendo platicaban de todo, del ganado y de las cosechas. Interrumpiendo la plática, Esperanza inquirió a Narciso diciendo:

— Oiga… ¿Cuándo se van a casar…?

Narciso se hizo que no había escuchado, esquivando la pregunta; siguió hablando de fiestas, de las charreadas, de las peleas de gallos y de todo. En eso, Esperanza volvió a la carga:

—Oiga Narciso… Dicen que el diablo es muy listo… ¿Será cierto?… Porque yo creo que no existe… Y si existiera, sería el ser más tonto de todos.

—Mire Esperanza, es mejor que no dude… El diablo existe… No sea que se le vaya a aparecer y se vaya a arrepentir.

—Mentira —contestó Esperanza-, mentira… y los que dicen que existe son los más grandes mentirosos.

—Esperanza —dijo Narciso parándose retadoramente—, ¡yo soy el diablo!…

—¿Usted el diablo…? ¡ja… ja… ja…! —y su risa se oyó hasta los maizales.

—¿Usted el diablo...? ¡Uy, qué miedo...!

—¡Que yo soy el diablo! —gritó molesto Narciso.

—Mira —dijo la vieja viendo que la conversación había llegado adonde ella quería-, si tú eres el diablo, anda y siéntate sobre las brazas encendidas del fogón…

Narciso, ante la expectación de las mujeres, dio acrobático brinco a la mesa y de allí al fogón, y con comodidad se sentó en las brazas.

—No me convences —dijo la vieja—, cualquier bruja puede sentarse en un fogón. Si en verdad eres el diablo, metete por el ojo de esta aguja…

Y de un salto Narciso ya estaba otra vez sobre la mesa; y con raro movimiento se transformó de tal modo que con rapidez se hizo tan delgado que pasó por el ojo de la aguja que en la mano tenía Esperanza.

—No me convences… Eso lo puede hacer cualquier mago...

Narciso, ya molesto, iba a proferir una sarta de maldiciones, pero Esperanza lo detiene y poniéndose de pié, le dice:

—Mira Narciso… Si de veras eres el diablo, introdúcete en esta botellita y en el fondo duérmete un minuto… Lo que has hecho, con magia lo puede hacer cualquiera…

Y Narciso, enfurecido por el tono burlón de la vieja, ponía en duda su legitimidad de diablo; dando giros en el viento y elevándose en espirales hasta casi tocar las tejas de la cocina, se transformó en una delgada serpentina y se introdujo en la botellita, recobrando su figura en miniatura, y se acuesta en el fondo a dormir; en tanto, Esperanza la tapa con rapidez y la envuelve con la manta mojada en agua bendita.

—Pronto, Francisca, pronto… Toma esa barreta y sígueme.

Y las dos mujeres, al trote, dejaron la casa y se encaminaron rumbo al

Camino Real. Narciso, entre tanto, haciendo mil esfuerzos y lanzando improperios, denuestos y maldiciones nunca oídas por su suegra, hacía esfuerzos por escapar del recipiente.

Y en el centro y cruce del camino de Santa Rita y Santa Ana con el Camino Real a San Luis, hicieron un profundo agujero donde Esperanza metió la botellita con el tapón hacia abajo. Las maldiciones del diablo eran cada vez más fuertes. Francisca, luego de echar puños de tierra, los apisonaba mojándola con agua bendita. Por cada puño de tierra eran tres maldiciones. Cuando hubieron acabado, Francisca brincó con todas las fuerzas que sus reumas le permitían sobre el agujero enterrado y se encomendaba a todos los santos. Antes de retirarse, hicieron la señal de la cruz, y aún rezumbaban en sus oídos las maldiciones del diablo a su suegra.

Y dicen que dijeron, quienes se dieron cuenta de todo esto, que ambas mujeres, al llegar a casa, empacaron las escasas pertenencias y abandonaron el lugar, yéndose a establecer por el rumbo de la Mesa Redonda, en el rancho el Churincio. El caballo prieto mohíno rompió la soga que lo amarraba y trozó la cincha tirando la montura y, desde entonces, durante muchos años, se le vio por las noches vagar por los caminos aledaños al cruce de los caminos de Santa Rita y Santa Ana con el camino viejo a San Luis Potosí. Lo hacía resoplando con furia y ojos centellantes y parado de manos amenazaba a los transeúntes.

Quienes tenían que pasar por esos caminos, al llegar al cruce, oían candentes maldiciones del diablo a su suegra; maldiciones que se generalizaban a todos. Los bueyes que tiraban carretas se rehusaban a pasar por allí; y los troncos de equinos por lo regular se encabritaban, poniendo en peligro la vida de los ocupantes de los carruajes [Ezequiel Hernández Lugo].

MEZQUITIC DE LA MAGDALENA
(SAN JUAN DE LOS LAGOS)

El Santo Niño del Cacahuatito

El Santo Niño del Cacahuatito es una diminuta imagen que se encuentra dentro de una urna de cristal con marco de plata. Sus coronas son de oro y la confección de su ropaje es de seda, siempre brillante y de múltiples colores. Un par de piesecitos aparecen de manera inconspicua calzando unas sandalias también del precioso metal. Su rostro requiere de una observación meticulosa porque se pierde entre los destellos de luz que refleja el cristal, pero para aquellos que persisten y no están dispuestos a irse sin antes ver su rostro, de seguro encontraran el ángulo idóneo para verlo en detalle. Ojos, nariz, boca y el contorno de la cara revelan una serenidad pocas veces expresada en tan escaso espacio.

La imagencita de Mezquitic de la Magadalena no fue elaborada por artesanos, como es el caso de la mayoría de las figuras veneradas. Fue un hallazgo en un solar sin importancia, siglos atrás. Y aunque poco significa la malicia como fue encontrado, existen dos versiones. Una de ellas menciona a una pareja de ancianos que escarbaban el lugar para extraer tierra y fabricar adobes. Al momento de apilar aquello para echarle el agua y batirlo hasta hacerlo lodo, el hombre calculó que le hacía falta tierra y le pidió a su mujer le sirviera más. Al momento de tocar fondo del zanjón y sentir que no le ajustaba aquello, golpeó con el «pico» para deshacer los terrones. Uno de ellos, el grande, encerraba en el centro aquel indefinido objeto del tamaño de una semilla de cacahuate. Lo tomó y removió la tierra que lo cubría. Cual no fuera su sorpresa al descubrir que aquello era una miniatura de rostro perfectamente delineado. Ella se lo mostró a su esposo y concluyeron que era el Niño Dios.

La otra historia es la que se lee en un modesto cuadernillo y que describe aquello de esta manera. El señor Celestino tenía ochenta años de edad y preguntó a personas mayores. El lugar era un barbecho y tenía un zapote blanco y estaba una barda que empezó a humedecerse y los dueños del terreno, el matrimonio formado por Pedro Alaníz y Juana Gallardo, decidieron cavar un pozo en dicho lugar y al escarbar se encontró esta imagencita que les pareció de inmediato el Niño Dios.

La fecha del hallazgo está en duda, pero se cree que fue un seis de enero de mil novecientos. La gente de Mezquitic, hoy en el siglo veintiuno, por lo general conduce su vida con discreción, cada cual en su mundo. En aquel entonces no era muy diferente, aunque mucho menor en número de habitantes. El rostro del niño llenó de júbilo a sus gentes; su felicidad era indescriptible, menos el párroco de la iglesia de La Magdalena. Él miraba aquello con cierta apatía, pero no pudo sustraerse a aquella manifestación de fe de sus feligreses.

El Santo Niño del Cacahuatito es venerado en una modesta capilla en la entrada al pueblo de Mezquitic, muy cerca de San Juan de los Lagos. Su altar y un espacio adyacente están cubiertos de juguetes que los infantes le ofrendan. Y es imposible sustraerse al encanto que emana de aquel universo donde un cacahuatito es el rey [Helia García Pérez].

ENCARNACIÓN DE DÍAZ

La desaparecida del Callejón de las Ratas

Los chiquillos van y vienen haciendo equilibrio sobre los bordes de la acequia que riega las huertas del Callejón de las Ratas. De vez en cuando dirigen sus miradas glotonas a las esferillas anaranjadas de los tejocotes que, lujuriosamente, asoman sus ramas sobre las cacarizas bardas del callejón. El viento suave desprende las hojas secas de los aguacates que al ser pisadas por los escasos transeúntes, lanzan monótonos lamentos al desquebrajarse. Los niños juegan por todo el callejón, aunque, por consejo de sus padres, rehusan hacerlo cerca de la casona de doña Serapia.

Doña Serapia es una solterona amargada, flaca, alta, que aún emparentando con los principales vecinos del lugar se distingue por su afición a vivir sola, sin frecuentar a nadie. Y nadie la frecuenta. La regular fortuna que posee la administra de tal modo que no carece de lo indispensable. Está acostumbrada a llevar una vida conventual voluntaria, donde siempre hace las mismas cosas, a la misma hora. La vieja casona que habita, heredada de su madre, se levanta impresionante con unas paredes manchadas por el tiempo que dejan entrever que hace muchos años lucieron señoriales. El zacate y la yerba carcomen los pretiles y dan agradable esparcimiento a las torcazas, pichones y saltaparedes. Hasta los lagartijos calientan en ese paraíso la modorra de las tres de la tarde. Un tosco portón de enmohecidos goznes es el único acceso hacia aquel conjunto de matas, árboles y destartaladas paredes que forman el mundo donde pasa sus días doña Serapia.

En cuanto amanece, todavía oscura la mañana, ella va a la tienda de la esquina, la de don Cleofas, por sus parcas provisiones para el sustento del

día. Luego, dando de comer a las gallinas, regando sus plantas, barriendo las callejuelas de la huerta, preparando en almíbar alguna fruta de la estación, así pasa las mañanas. Por la tarde, reclinada en su mecedora de bejuco, deshila, borda, o bien, con su bolillo, confecciona artísticas filigranas. Cuando la nostalgia le llena el alma, desgrana las horas de la tarde rasgueando una guitarra bajo la verde fronda de un sidral.

De vez en cuando colma de flores las numerosas imágenes de santos a las que es tan devota. En una esquina tiene a nuestro padre san Francisco en un ademán de seráfica humildad; más allá, santa Clara y Coleta, protectoras de la familia por varias generaciones; sobre un esquinero lleno de polvo la estatuilla de san Martín de Porres; en otro rincón, en adorable apoteosis, san Ignacio de Loyola; no podía faltar, aunque ya materialmente abandonada, la imagen de san Antonio que tantos suspiros le arrancó muchos años atrás. Y en especial espacio, la venerable imagen del Señor de la Misericordia, teniendo a sus pies las ánimas benditas del purgatorio con una mirada hacia el Crucificado, como tratando de despertar sentimientos de compasión hacia ellas que sufren allí suplicantes.

Un día, la seca solterona doña Serapia, no fue por el acostumbrado sustento a la tienda de don Cleofas. Pasó ese día, otro y otro más y su ausencia despertó los más variados comentarios. Las lenguas del vecindario, prestas a condenar y aseverar siempre sin razón ni piedad, urdieron la más grande polvareda de embustes y mentiras en torno a la repentina desaparición de la solitaria vecina: Que había muerto de un dolor y se había quedado encerrada». Que la habían asesinado en el interior de la huerta. Que se había fugado con un joven al cual había llenado de dinero.

Y así otros, a cual más descabellados, producto de la viperina ociosidad del vecindario. Luego que esto fue la comidilla del pueblo, don Cleofas, con el terrible punzón de su lengua siempre presto a enterrar vivos y a desenterrar muertos, se convirtió en el principal promotor de que lo supiera todo mundo; así llegó a oídos del alcalde y del propio señor cura.

Comenzaba a caer la tarde y el sol se alejaba del punto más alto del firmamento. La paloma torcaza que anida en el aguacatero, con su melancólico canto hacía más monótona aquella calurosa tarde otoñal. Tres recios aldaba-

zos retumbaron en el interior de la casona espantando a los adormilados lagartijos, que azorados corrieron a esconderse entre las yerbas de los pretiles. Frente al portón se encontraba el señor alcalde, el secretario y media docena de policías dispuestos a desentrañar el misterio que había causado curiosidad y espectación en el tranquilo poblado: la desaparición de doña Serapia, cocinada con la lenguaraz afición de don Cleofas.

¡Abran! ¡Abran! ¿No hay nadie en la casa? —gritó el alcalde, al tiempo que repetía los aldabonazos al portón aldabonazos y gritos que sólo alcanzaron a espantar la algarabía de bulliciosos pajarillos que con ágil aleteo se escabulleron entre las ramas de los tejocoteros.

La fuerza de la barreta empujada por los polícias venció la seguridad de la cerradura, cediendo las pesadas hojas del portón. Con los ojos bien abiertos, las autoridades escudriñaron cautelosamente cada rincón de la finca, y a cada momento aumentaba en ellos el pavor y suspenso al no encontrar a la infeliz de doña Serapia. Hurgaron en el zaguán, en la sala, en la cocina y en el traspatio sin encontrar vestigio alguno de la desaparecida. Su alcoba la hallaron toda revuelta y la cama en completo desorden, alentando a asegurar lo que algunas murmuraciones decían: Que como doña Serapia tenía mucho dinero, había sido asesinada y robada. Ya nada más faltaba encontrar después de tres días el putrefacto cadáver de la infortunada, pero por más que buscaron, nunca encontraron nada.

Con la acuciosidad que el caso revestía, las pesquisas llevaron a la comitiva hasta la antigua cocina de fogón, convertida en granero. Cuando sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad del maloliente y humeado cuarto, sólo encontraron amontonados en los rincones aperos cubiertos de telarañas, del cuerpo de doña Serapia, nada. El aleteo de una lechuza que anidaba en la claraboya de la chimenea sobresaltó a los presentes, que arrancaron en desordenado tropel hacia la única y estrecha entrada vociferando maldiciones. Quienes buscaban entre la arboleda de la huerta descubrieron algunas ramas rotas y adobes maltratados en la esquina donde dos tapias daban al río.

«La mataron y por aquí sacaron el cadáver» —dictaminó el alcalde, mientras el secretario anotaba todo lo ocurrido. El tronar de la hojarasca hacía más lúgubre el ambiente bajo aquel patio de sombras que daban los tejocoteros, aguacateros y sidrales.

Don Cleofas, que ya se había sumado al grupo, hizo notar a las autoridades que posiblemente doña Serapia hubiese encontrado la muerte al igual que su padre, octagenario anciano que perdió la vida cuando se cayó dentro de la fosa séptica, y, aceptando tan acertada hipótesis, hacia allá se dirigió el silencioso grupo, tan sólo para comprobar que en el pestilente lugar no se encontraba el cuerpo de la infortunada Serapia.

«No cabe la menor duda, por las bardas de atrás se metieron los ladrones para robarla; luego que la sorprendieron la golpearon, la amarraron y por allá mismo la sacaron. Hay que mandar brigadas de gente para encontrar su cadáver. Ha de estar en el río, o en cualquier arroyo»— salomónicamente determinó el Alcalde.

Ya toda la población lo sabía; habían robado y matado a doña Serapia, aunque para todos era un misterio la desaparición de su cadáver. Esta desaparición la relacionaban algunas malas lenguas de tal modo que su solitaria existencia quedaba vinculada con seres de otro mundo.

Al oscurecer llegó don Joaquín Macías, el cura del pueblo, siempre santo, siempre bonachón, siempre afligido por la vida espiritual de sus parroquianos. Le seguía un grupo de vecinas precedidas siempre por doña Lugarda y doña Genoveva, las rezanderas del pueblo. Luego de saciar su curiosidad por todo aquel lugar, don Joaquín besó reverente la estola y, colocándosela en el cuello, con voz ronca se dispuso a bañar de asperges el penumbroso caserón, solicitando a cada momento la ayuda divina por el ánima de doña Serapia: «*Asperges me*, *Domine*, *hissopo*, *et mundabor; lavavis me*, *et supernivem dealbabor*».

Y los responsos se fueron filtrando en todas las paredes con desgarradoras angustias; sus tonos graves, largos, secos y clamorosos semejaban sepulcrales bajo la resonancia de las altas y añejas tapias. Las débiles luces reflejaban fantasmagóricamente sobre los adobes sus distorsionados cuerpos, mientras el padre Macías no se daba ningún descanso y con el hisopo bañaba de agua bendita todo lo que a diestra y siniestra encontraba a su paso, encomendando a cada momento a todos los santos del cielo el ánima de la desgraciada Serapia.

Absortos como andaban en sus peticiones litúrgicas, apenas percibieron el ronco chirrido de los enmohecidos goznes del portón que interrumpió

bruscamente los rezos. La seca y altiva figura de doña Serapia se dibuja en el dintel de la entrada. El sobresalto hizo que los ojos de la comitiva quisieran desorbitarse. El corazón les latió aceleradamente y un sudor frío les corrió por todo el cuerpo. Doña Lugarda y doña Genoveva trataron de esconderse tras la beatífica figura del venerable cura, quien haciendo tremendos esfuerzos de valor, medrosamente se adelantó al grupo y roció con agua bendita a la recién llegada:

— En nombre de Dios te bendigo, ¡oh ánima¡, nos digas si eres de este mundo o del otro.

Un silencio sepulcral se impuso en el ambiente y el murmullo de las ramas de los tejocoteros acallaron a tan grave imprecación.

— ¡Qué ánima ni que ocho cuartos! —tronó la recién llegada—, soy yo, Serapia, la dueña de la casa. Hace cuatro días salí muy temprano a pagar una manda al Santo Niño de Plateros y hasta ahorita voy llegando.

Y sin saber ni qué decir, ni qué contestar, el piadoso cura, rezanderas y curiosos, uno a uno fueron desfilando tras las inquisidoras miradas de doña Serapia, a quien dejaron sumida en mil dudas. Otro día, los comentarios llenaron de bromas la tranquila población. Doña Serapia siguió nuevamente su monótona existencia, entre rezos y deshilados, dentro de los muros y entre los tejocoteros de la vieja casona del Callejón de las Ratas [Ezequiel Hernández Lugo].

UNIÓN DE SAN ANTONIO

El Cerro del Tolimán

Los más ancianos de la Hacienda del Vallado, ubicada entre Unión de San Antonio, San Julián y San Diego de Alejandría, y perteneciente a la primera, comentaban este relato a mediados del siglo XIX, historia que habían escuchado de sus mayores y que ni ellos mismos habían sabido cuando pasó. El escenario fue en una de las laderas de la elevación, caprichosamente natural, a manera de cono invertido, conocida como Cerro del Tolimán.

Sucedió que un día llegó a la Hacienda, sin saber de dónde, un niño vagabundo vestido de harapos, pidiendo de comer y dónde pasar la noche. A todos sorprendió que en medio de su andrajosa figura resaltara su educación para con todos; dijo llamarse Juanillo, y fue el encanto para todos, que se quedó a vivir en ese lugar. Nunca le faltó techo donde dormir y un plato de alimento para el sustento del día. Fue tal su dedicación, que en la misma hacienda le dieron trabajo: un rebaño de ovejas para el cuidado y pastoreo.

Oscura la mañana Juanillo salía con su hato de ovejas. Las pastoreaba en temporadas en los alrededores de las fincas; en otras, en el pasto tierno de los valladitos . Siempre cuidando que el coyote no le quitara alguna; con las mismas que salía con las mismas regresaba. A veces auxiliaba a las más pequeñas que se rezagaban de sus madres. Sus patrones estaban contentos.

A donde llevaba a los corderos eran los llanos de San Rafael, y desde allí, sentado bajo un fresno, veía como se alzaba enhiesto el cerro del Tolimán. ¿Cómo me gustaría ir allá?… ¿Cómo me gustaría subir a su cumbre?… Y sentado bajo el palio de verdura, soñaba con ascender a la cúspide del Tolimán.

Con el tiempo, lo cumplido y atento de Juanillo lo hizo mozo de la casa

grande; su tarea era tener aseados patio y corredores y regadas las macetas. A la hora de las comidas, entraba y salía de la cocina al comedor llevando las viandas. Los domingos era el día de descanso. Ese día salía a caminar por el campo, llegando a veces muy cerca del Tolimán. Y ahí, en la vera del camino, veía pasar a las gentes que iban a San Julián.

—¿ Adónde va, don Matilde?

— A San Julián… voy a vender esta carguita de leña y a misa.

— ¿Adónde va, don Cruz?

— A San Julián… voy a traer el mandado y a misa.

— ¿Adónde va, Don Mucio?

— A San Julián… voy a misa.

Las respuestas de los viandantes dejaban en la mente de Juanillo la ansiedad de conocer San Julián e ir a misa. ¡Todos los que van a San Julián van a misa! Y sentado sobre una peña veía a los caminantes alejarse por el camino que se perdía en la otra loma. Tan absorto estaba en sus pensamientos que no vio que a lo lejos venía apoyándose en un bordón un anciano. Su paso era lento y trastabillante, encorvado. Cuando llegó junto al mozalbete le preguntó:

— ¿Cómo te llamas?

— Juanillo.

— ¿Por qué estás triste?

Con lágrimas en los ojos y una profunda tristeza, Juanillo le relata su vida:

— Desde muy pequeño llegué a la Hacienda del Vallado… Nunca he salido de ella… Siempre he tenido dos deseos: subir a lo más alto del Tolimán e ir a misa a San Julián.

El anciano, con una profunda mirada que se cruzó en los ojos vivaces del niño, tocándole el hombro le dijo:

—Yo te voy a cumplir todos los deseos… te voy a llevar a misa y te voy a llevar al cerro del Tolimán.

Juanillo se puso de pie y caminó al lado del anciano. El sol estaba en lo alto embarrando sus sombras en sus propios cuerpos. Caminaron despacio rumbo al Tolimán. Al comenzar a subir el anciano se detuvo señalando unas rocas cerca de lo más alto del cerro.

— Hasta allá vamos a subir Juanillo, hasta allá.

A cierta distancia de las rocas se detuvieron, el anciano miró al cielo y una luz misteriosa apareció frente a ellos bañando de destellos la cresta de Tolimán. Entonces, las rocas como dos portones naturales, se abrieron, llenando de luz el oscuro recinto. Comenzaron a bajar por una escalinata sin fin. A su paso, Juanillo veía asombrado muchos objetos de valor que estaban a los lados de las gradas. Por fin, al fondo, una pequeña capilla los esperaba; en el acto, un sacerdote iniciaba la misa y, dentro de su corazón, Juanillo sentía con satisfacción que sus deseos se habían cumplido. Luego el anciano le dijo:

—Vámonos... puedes ver todo lo que quieras… pero no toques nada…

Tan vislumbrado estaba el muchacho con tanta cosa tan bonita, ya que a sus pocos años nunca había visto nada igual, que no escuchó las indicaciones del acompañante. Recorría todo y a cada momento se veía más encantado. Le llamaron la atención dos manzanas, que las tomó y las echó a su morral. Como bajaron, subieron la escalinata hasta la puerta de entrada. Juanillo iba alegre y les platicaría a todos su aventura. Ya cuando iba descendiendo del monte, voltea y vio a lo lejos al anciano que con la mano se despedía. Un rayo de luz cubrió rocas y entrada, y como por encanto desapareció todo.

Regresó al Vallado por la tarde y el patrón lo reprendió por su larga ausencia. Juanillo le contó todo, pero nadie le creía. Entonces vinieron a su mente las manzanas que había echado al morral y al sacarlas, todos se quedaron sorprendidos: las manzanas eran de oro.

—¿De dónde las sacaste? —preguntó el patrón.

—De la cueva del Cerro del Tolimán —contestó Juanillo.

Y desde entonces, no faltan grupos de gente de toda la región que cuando visitan el cerro del Tolimán, pasan el tiempo buscando las rocas de la entrada de la cueva del tesoro [Ezequiel Hernández Lugo].



ZONA ALTOS SUR



La virgen que lloró (Yahualica)

YAHUALICA DE GONZÁLEZ GALLO

La virgen que lloró

La virgen lloró, Empezó a escurrirle agua por los ojos. Y eso no es muy reciente, ya son como diez años. Pero eso causó mucho misterio. La virgen no solamente lloraba, ya hablaba, ya platicaba con medio mundo.

La virgen que lloró está en la parroquia de San Miguel. La tuvieron que bajar para que la vieran de muy cerquita. Trajeron a un sacerdote lefebriano a oficiar la santa misa porque había pasado un suceso extraordinario. El agua empezó a salirle porque no tenía sellados sus ojos. La imagen de la Virgen de Guadalupe está elaborada en cantera. Ya tiene muchos milagros y a diario le llevan más de cuatro ramos de flores. La virgen lloró y no fue porque estuviera lloviendo mucho[Juan Manuel Jiménez Cervantes].

JESÚS MARÍA

El monje sin cabeza

Los pobladores de Jesús María se han puesto en la mente que a uno de los primeros frailes que estuvieron allí para la evangelización lo sacrificaron. Hay personas que ven allá donde están los muros de la iglesia que sale un fraile, pero sin cabeza. Encontraron sus restos en la cúspide del muro. No tenía su cráneo, simplemente las extremidades y la demás osamenta. Una vez que se encuentre la cabeza va a tener su descanso eterno y ya no se volverá a aparecer [Prof. José Santos Bermúdez].

ARANDAS

El diablo enjabonado

Fue el padre quien desde el púlpito previno de una extraña y atractiva mujer que intempestivamente entraba a la cantina que existió en la esquina de Martínez Valadez y Juárez, pedía una *cuba*, se hacía ver por los asistentes al bar, quienes la *mimaban* en exceso y le *disparaban* copas hasta embriagarla completamente. Luego, desaparecía sin dejar rastro alguno. La buscaban afanosamente durante el resto del día, sin encontrarla y ni siquiera lograban que alguien les proporcionara algún dato o pista. La mayoría aseguraba no haberla visto, es más, suponían que sólo fuese producto de la imaginación beoda de los borrachos.

A las dos en punto de la tarde, como en los días anteriores, Arandas olía a alimentos en cocción, a fideos agitados rápidamente en una cacerola con manteca *en su punto*; escasos transeúntes cruzaban diagonalmente el jardín principal rumbo a sus casas; en el portal de Iturbide algunos saboreaban exquisitos *calmantes* para aguantar el hambre un poco más; en el billar el olor a botanas se expandía invitatoriamente. Y era a esta hora cuando con inaudita fidelidad hacía su aparición la mujer, vestida elegantemente y con ropa distinta cada día.

Fue en 1946, un viernes, cuando el comercio cerraba sus puertas para el día de descanso semanal de acuerdo a la ley, en que la cantina viola la disposición municipal y abre sus puertas como un día ordinario cualquiera. Dos o tres despistados que casualmente pasaron por el lugar, más el cantinero, se encuentra en el interior, ya con algunas copas «entre pecho y espada». Esperaban la aparición de la mujer, mas ésta no aparecía, «ni sus luces». En

apariencia olvidaron el asunto y siguieron libando sin medida. A las ocho de la noche se abrió la persiana, creyeron que era el viento quien la agitaba, hicieron poco caso y siguieron consumiendo licor. La luz se apagó. «Una falla de Zamora», se oyó decir. Un par de ojos luminosos se veían en la mesa donde departían. El cantinero se asustó, cogió el balde con agua jabonosa donde enjuagaba las copas y la arrojó encima de aquellas luces. Se encendieron los focos, se contaron unos a otros y eran tres, contando al cantinero. Sobre la mesa había cuatro copas vacías, una de ellas con restos de bilé en la orilla, la única dorada en el bordo [Alfonso Fonseca Fonseca].

El corazón de mezquite

En una ladera arbolada del rancho La Corambre, junto a fresnos y huizaches, había un mezquite con apariencia de muchos años. Del tronco, a poco más de un metro de altura, salían tres ramas en forma de triedro invertido; del centro de esta unión brotaba constantemente un líquido rojizo que los lugareños utilizaban para curarse los ojos jurando tener la certeza de que el fluido no era sino la sangre de Cristo; curaba por milagro y no por propiedades de oftalmía. Intrigados, un grupo de vecinos decidieron *explorar* el tronco. A los pocos hachazos las tres ramas cedieron, cada una por su lado, dejando descubierto un corazón, perfectamente formado, un poco más grande del tamaño normal del que late en los humanos.

Cuidadosamente fue cortado y llevado en andas por las rancherías. Era la admiración de chicos y grandes. Fue objeto de romerías y otras manifestaciones de culto. Finalmente fue llevado a las cercanías de Betania, Jalisco, donde su rastro se fue perdiendo poco a poco [Alfonso Fonseca Fonseca].

MEXTICACÁN

El pie de gigante

En el año de gracia 1563, de la población llamada Nochtitlán, siendo el mes tercero y Domingo de Ramos. Después de celebrar la santa misa, ya estaban hechos los preparativos para despedir a cuatro familias de origen peninsular, que tenían que partir hacia un lugar llamado Mesquiquicán, que dista a tres leguas y media rumbo al sureste, donde hay un valle fértil con agua suficiente por toda la ribera del Río Grande. A dos de las cuatro familias ahí les esperaba la merced hecha por Don Juan de Zubia a don Zenobio Gómez del Olivar y a don Nicolás Lomelín de Toledo.

Mas o menos a tiro de arcabuz lado oriente de Mesquiquicán, tomó posesión don Zenobio de una caballería de tierra, una fracción pequeña de riego y la mayor de temporal.

Siguiendo el mismo rumbo y camino, en seguida se estableció don Nicolás. Otra de las pioneras familias llegó a trabajar una pequeña labor de riego al margen del río de Acacico, muy cerca de Nangué de Viñas. La última a mayor distancia inició su hacienda de ganado lanar en el Rincón de Santa María.

Pasado algún tiempo, la fortuna ayudó en grande a don Zenobio y a don Nicolás. Sus tierras producían en abundancia, los rebaños de ganado vacuno y caprino se reproducían como benditos y sus familias pródigas y de buen parecer trabajaban de *sol a sol* para ayudar a sus padres que anhelaban una riqueza sin límite.

Lo único que empañaba la vida de ambos era que siendo vecinos, y de la misma nacionalidad, tenían puntos de vista diferentes en el modo de creer, en cuestión de fé. Don Zenobio era devoto de santo Santiago y don Nicolás se

encomendaba a san Cristóbal, protector de los viajeros; aseguraba haber recibido favores «en su nombre» con tan solo decir: «Señor, heme aquí». Como quiera que sea, eso de fe es tan subjetivo que no es fácil comprender a los demás. Y don Zenobio cada vez que era oportuno le recordaba a su vecino «que para recibir favores del todopoderoso no había mejor abogado que santo Santiago».

Presto contestaba don Nicolás: «Coño, yo no dudo el poder que tiene Santiago. Lo que me disgusta de él es que haya ayudado a los soldados de la caballería hispana a matar indios». La réplica no se hacía esperar con mucho fervor religioso. Decía don Zenobio: «Eso también es un milagro. Sí, pero no dejó ni uno vivo y tanto vos como yo carecemos de esclavos y tenemos qué hacer trabajar a nuestros hijos e hijas, como si ellos lo fueran».

Al parecer Zenobio y Nicolás eran víctimas de un malentendido y la rebeldía los llevó cada día al enfrentamiento ideológico-religioso, haciendo su presencia la mala voluntad entre ellos y sus familias.

Con su actitud generaban rumores de herejes e infieles, debido a que los padres misioneros franciscanos habían declarado santo patrón a san Nicolás Tolentino y con ello quedaba a su santa protección la catequesis en toda la comarca de Mesquiquicán.

Luego con sus diferencias ocultas, por respeto a la madre Iglesia, tenían que asistir a misa juntos, y también a todos los demás servicios religiosos. Así el odio crecía e iba invadiendo sus corazones a tan alto grado que varias ocasiones estuvieron a punto de reñir a brazo armado. Al parecer no había fuerza sobre la tierra que pudiera conciliar a tan convencidos caballeros de sus ideales cristianos, y lo que vino a endurecer más las tensas relaciones de dichos vecinos fue que uno de los hijos de don Nicolás, primogénito y de buen parecer, inició la conquista amorosa de la doncella más hermosa y recatada de toda la región.

Llamábase Virginia, y no sólo era bella, también correspondía a las pretenciones amorosas de Aníbal. Siendo ella hija de don Zenobio y Aníbal el primogénito de don Nicolás, fue más que suficiente para que se iniciara un romance lleno de sobresaltos y entrevistas prohibidas. Decían los creyentes que el demonio del orgullo metió la cola, los hizo repudiarse mutuamente, llenando sus almas de rencor a ellos y a sus familias.

Virginia y Aníbal decidieron bajo juramento fiel seguirse amando pasara lo que pasara. Después de sufrir todo tipo de regaños y menosprecios, los firmes enamorados lograron que sus padres aceptaran platicar con el fin de llegar a un acuerdo en sus diferentes formas de pensar.

No muy convencidos, los dos jefes de familia acordaron reunirse en los linderos de sus haciendas respectivas, y como testigos llevarían al hijo primogénito ambas partes. Bajo la sombra de un mezquite que estaba al margen del lado norte del *Arroyo del Muerto* discutieron por varias horas sin llegar a la solución de sus disputas.

Al calor de los insultos vino el desafío y decidieron declararse la guerra a muerte entre ellos y los suyos. Finalmente, dijo don Nicolás: «Desde hoy seréis mi peor enemigo, pero vuestra hija, la recatada doncella Virginia, será la fiel esposa de mi hijo Aníbal, si Dios es servido. Ellos se aman y sé muy bien que terminarán uniéndose en matrimonio a pesar de nuestra voluntad y disgusto».

«Por encima de todo está el honor», contestó don Zenobio, «y os repito con recontra que esto se acabó y decid a vuestro mozalbete que a mi hija le espera primero la parca que el tálamo». Al escuchar Aníbal palabras tan llenas de odio, suplicó a su padre regresar a casa. De inmediato, aprestó la mejor cabalgadura, ciñó espada y empuñó arcabuz, y luego con devoción inclinó la frente, dobló su rodilla con humildad pidiendo la bendición a su madre, y le dijo: «Voy a cumplir como caballero a salvar la mujer que amo y si en ello va la vida ¡sea!».

Al escuchar todo esto don Nicolás ordenó a todos sus hijos varones tomar las armas y a caballo le siguieran para ir a defender con honor el prestigio de la familia. Al llegar a la hacienda de los Gómez del Olivar, los Lomelín de Toledo fueron advertidos por una voz firme que les dijo: «No os acerqueis más o moriréis»… De pronto sale Virginia al encuentro de Aníbal, diciendo: «No os acerquéis, ¡hay peligro!». Ahí mismo cae al suelo mortalmente herida y Aníbal va en su ayuda, cayendo junto a ella en agonía de muerte, por lo que se inicia descomunal pleito que termina al llegar la noche, quedando unidos así para siempre Aníbal y Virginia. Y un hombre inconsciente cabalgando a voluntad de su caballo se alejaba silencioso al amparo de la noche.

Ya al filo de la alborada, al recobrar el conocimiento en la madrugada del día siguiente, se encontraba aún a lomo de su caballo y a media legua del

lugar de la tragedia. Así don Nicolás confirmó lo valioso de su devoción y aseguraba que al recibir un fuerte golpe en la cabeza sintió que caía en un abismo sin fondo y de entre las nubes salió un hombre grande y fuerte que le dijo con suavidad: «No temas, estoy contigo».

Erguido de pie, apoyándose al borde del arroyo, al lado poniente sobre una gran roca y el otro al lado oriente sobre arena fangosa, quedó en medio de la corriente de agua de lluvia en lo que hoy se conoce como Arroyo de Pie de Gigante. Ahí se encuentra una huella grande y deformada de un pie. Es la prueba que san Cristóbal salvó la vida a don Nicolás Lomelín de Toledo.

La aparente huella se encuentra al poniente de Mexticacán, Jalisco, por el antiguo camino que va a Tepetiltic y al Llano Grande del mismo municipio [Lino Yáñez Gómez].

CAÑADAS DE OBREGÓN

El zanjón de la zancona

El pueblo de Cañadas de Obregón es un lugar escondido, apacible, de vida tranquila, sin mayores sobresaltos. Sus habitantes en su mayoría trabajan en menesteres propios del campo; otros son comerciantes o trabajan por su cuenta como el herrero, el carpintero o el albañil. Además, asisten con regularidad a la parroquia y cumplen a tiempo con los diezmos. Se recogen a sus hogares apenas oscurece, porque el pueblo carece de alumbrado público, a diferencia de las ciudades de importancia. Sin embargo, esta tranquilidad se ve alterada de tiempo en tiempo cuando alguien, por alguna poderosa razón, no logra regresar antes de caer la noche: ya sea porque algún animal escapó, agarró monte y es deber no permitir que dañe sembradíos, o que se aleje tanto que se pierda para siempre.

Una noche de luz de luna, y de algunos nubarrones que por momento ennegrecían el firmamento y otros permitían ver las cosas con cierta claridad, los habitantes de Cañadas se disponían a descansar, pero no libres de toda preocupación como en otras ocasiones, y es que el vaquero de don Andrés no había regresado del campo y ya las campanas del reloj de la parroquia indicaban las diez. En ese momento el galope de caballo y un grito que duró una eternidad hizo añicos al silencio. Las madres estrecharon a sus hijos pequeños y se refugiaron en los rincones de sus alcobas. Los hombres, por su parte, salieron a hacerle frente a aquel extraño acontecimiento, no sin antes echarle llave a las puertas. La calle se llenó de luz de mecheros que iban de un lado a otro en pleno desconocimiento. Por fin, encontraron el causante de todo aquel alboroto. Estaba frente a la casa parroquial y, enlo-

quecido, golpeaba la endeble puerta con tal insistencia que ésta casi se derrumba.

El comisario llega hasta él, acompañado de un puñado de gente con antorchas en mano, le pidió que se calmara, que le explicara la razón de todo aquéllo. Alguno de los ahí presentes le dio una botella de aguardiente que el vaquero bebió con vehemencia. El hombre tomó unos instantes en recobrar cordura, yY explicó qué le sucedió:

— Me topé con la mujer, en la cañada *zanjón de la zancona*. Yo andaba buscando unas vacas extraviadas, me ayudaba con la luz de la luna y fue ahí donde las encontré; las arreaba de regreso al rancho, cuando de la nada apareció la mujer, se apostó frente al caballo y por más que quería pasar, no se quitó de allí. Era una mujer alta, vestida de negro, su cara no era normal, era larga, tan larga que me pareció la de una bestia. Las nubes taparon la luna, el miedo me engarrotó y no podía mover ni un dedo, lo único que se me ocurrió fue encomendarme a todos los santos.

Los señores del pueblo se propusieron encontrar una respuesta a aquella aparición que causaba temor en la gente, en especial a las mujeres. Así que una tarde partieron varios de ellos a la *zanja de la zancona* para quitarse de dudas. Prendieron una fogata en el fondo de la cañada y esperaron impacientes. Algunos de ellos, los incrédulos, no estaban conformes en creer que fuera cosa del mas allá, sino alguien que quería hacerles pasar un mal rato. Cual fue su sorpresa que la mujer que había descrito el vaquero pasó no lejos de ellos, la vieron gracias a la luz de la fogata. Los nervios les ganaron y se quedaron impávidos ante aquella visión. Y no era para menos, sin razón alguna el fuego se avivó de manera extraña, sin motivo aparente. Temerosos, fueron a encarar aquella criatura que estaba parada no lejos de ellos. Se aproximaron tanto como su valor sé los permitió, ella habló:

— Soy un alma en pena, aquí en este lugar maté a mi hijo recién nacido, un hijo producto de amor con un hombre que me traicionó. Déjenme en paz, estoy pagando un pecado que no tiene perdón ni en el cielo ni en la tierra.

Los hombres comprendieron su imprudencia y marcharon a casa [Luz Loza González].

TEPONAHUASCO
(CUQUÍO)

El Santo Cristo de Teponahuasco

El Santo Cristo de Teponahuasco es de tamaño natural, de cuyo origen, en realidad, nada se sabe; su procedencia ha quedado reducida a leyendas que abundan, llegando hasta nosotros en forma de rumores que exaltan la gloria de su pasado. La siguiente es una leyenda que raya en lo poético.

Cuentan los antiguos que, una vez pacificada la región, entraron a ella los misioneros franciscanos predicando la fe de Cristo a la ya diezmada población de Teponahuasco, a causa de guerra de la conquista. Estos naturales recibieron de buen agrado la doctrina cristiana. A través del tiempo, los misioneros vieron que su labor había sido fecunda cuando, al ver a los indios que andaban por los montes cortando leña, éstos, con frecuencia, se hincaban devotamente ante los rayos del sol que se filtraban entre el follaje de los árboles, formando infinidad de crucecitas blancas, diminutas y resplandecientes. Por esta devoción tan acendrada en los naturales, los misioneros optaron por llevarles un cristo. Así fue como llegó éste a Teponahuasco.

Respecto a su origen, los vecinos de Teponahuasco sólo saben que data «del tiempo de los españoles», puesto que desde finales del siglo XVI la parroquia de Cuquío con el pueblo de Santa María de Teponahuasco pertenecieron al partido eclesiástico de San Francisco de Tacotlán, que estuvo bajo la administración del clero secular del obispado de la Nueva Galicia, hoy Arzobispado de Guadalajara. Es forzoso concluir que dicho crucifijo fue llevado por algún sacerdote beneficiado secular de dicho partido al final del siglo XVII o a principios del XVIII, porque la estatua misma testifica ser una obra escultórica perteneciente a dicha época.

El obispo de Guadalajara, Dr. Alonso de la Mota y Escobar, refiriéndose en el año de 1605 a los pueblos de Tlacotlán, Mezquituta y Moyahua, escribe a este respecto que: «A un lado de este pueblo (de Moyahua), cuatro leguas hacia oriente, está el (pueblo) de Teponahuasco, con 20 indios, son de encomendero y doctrina de clérigos. Tiene muy lindas montañas de arboledas silvestres y llanos para ganados, de buen temple».

El Santo Cristo tiene mejor proporción anatómica que los crucifijos elaborados en el siglo XVI. Particularmente se acentúa su perfección en la forma y lineamientos delicados del rostro, en la forma de sus dedos y manos y postura de los pies, a lo que debe añadirse el no ser un cristo muy sangriento. Es de tamaño casi natural y representa a Jesús muerto en la cruz, con la cabeza recargada sobre el pecho, con su barba partida, bien modelada, y si cabe, perfecta, inclinado hacia el lado derecho. Su artístico rostro tiene un perfil muy delicado y bellísimo. Sobresalen las llagas de los hombros, del costado, de la mejilla izquierda y de las rodillas. Es muy devoto y entre el pueblo tiene mucho atractivo.

El primer milagro

Cuenta un viejo nativo del lugar:

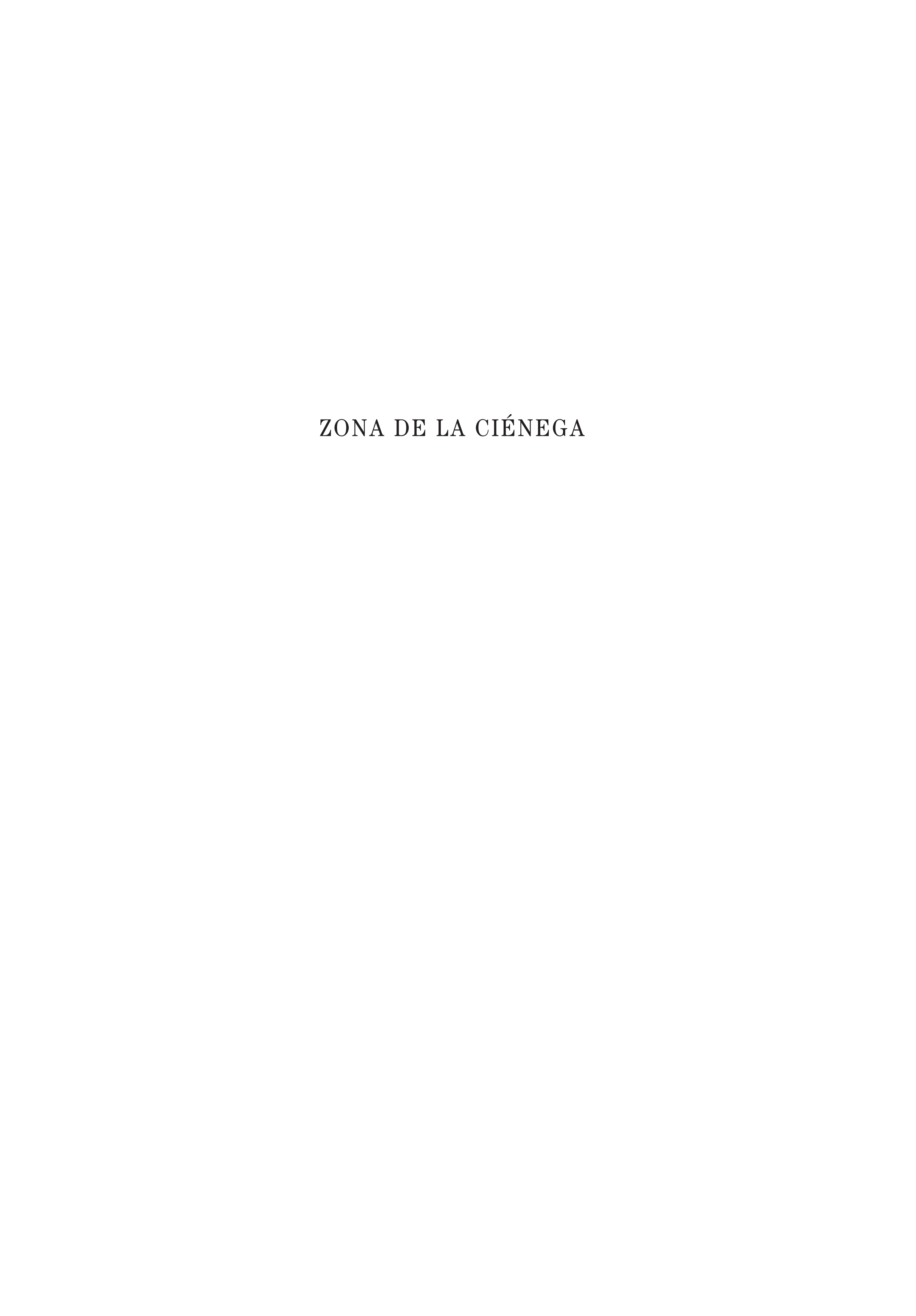
Tacotlán era un pueblo de indios, al igual que Teponahuasco y otros, pero más importante. Los de Tacotlán, quién sabe por qué razones, se sentían con derecho a poseer la imagen, la cual era muy apreciada por los pueblos de los alrededores. En cierta ocasión, los naturales de Tacotlán llegaron a Teponahuasco tratando de arrebatarles el cristo. Entraron al templo y llegaron hasta la hornacina donde se encontraba; rompieron los vidrios y salieron del templo con el cristo en andas, hasta caminar aproximadamente medio kilómetro. Por el camino, los de Tacotlán ya cantaban victoria. Al llegar junto al arroyo, iban ya cansados por el peso de la cruz, mas no se dieron cuenta que el cansancio era un castigo ocasionado por su mala intención. Luego bajaron la imagen para descansar y, al reiniciar la marcha, cosa curiosa, ya no pudieron caminar, se quedaron clavados en el suelo a la vez que el cristo se tornó pesado. Después, en sus intentos de llevarse al señor, le quebraron un dedo de la mano y con sorpresa vieron que chorreaba sangre, cosa que los nativos de Teponahuasco aprovecharon para juntarla con un algodón y la

mandaron al arzobispado, pidiendo información sobre este milagroso hecho. ¿Por qué le había salido sangre a esa imagen? Luego recibieron información, a la vez que preguntaron: ¿Quién había tocado la imagen que no fuera del lugar? Que si alguien había querido llevársela, ésta no quería ir. Y de ahí la regresaron a su templo, y los de Tacotlán tuvieron que irse con las manos vacías. Entonces los ancianos recordaron las palabras de los españoles, que habían dicho: «Que esa imagen no tenía que tocarla nadie que no fuera del lugar, y los de allí tenían la obligación de tomarla con un mantel limpio y manos bien lavadas». Los que venían de Tacotlán eran todos sucios, así como carboneros y otros.

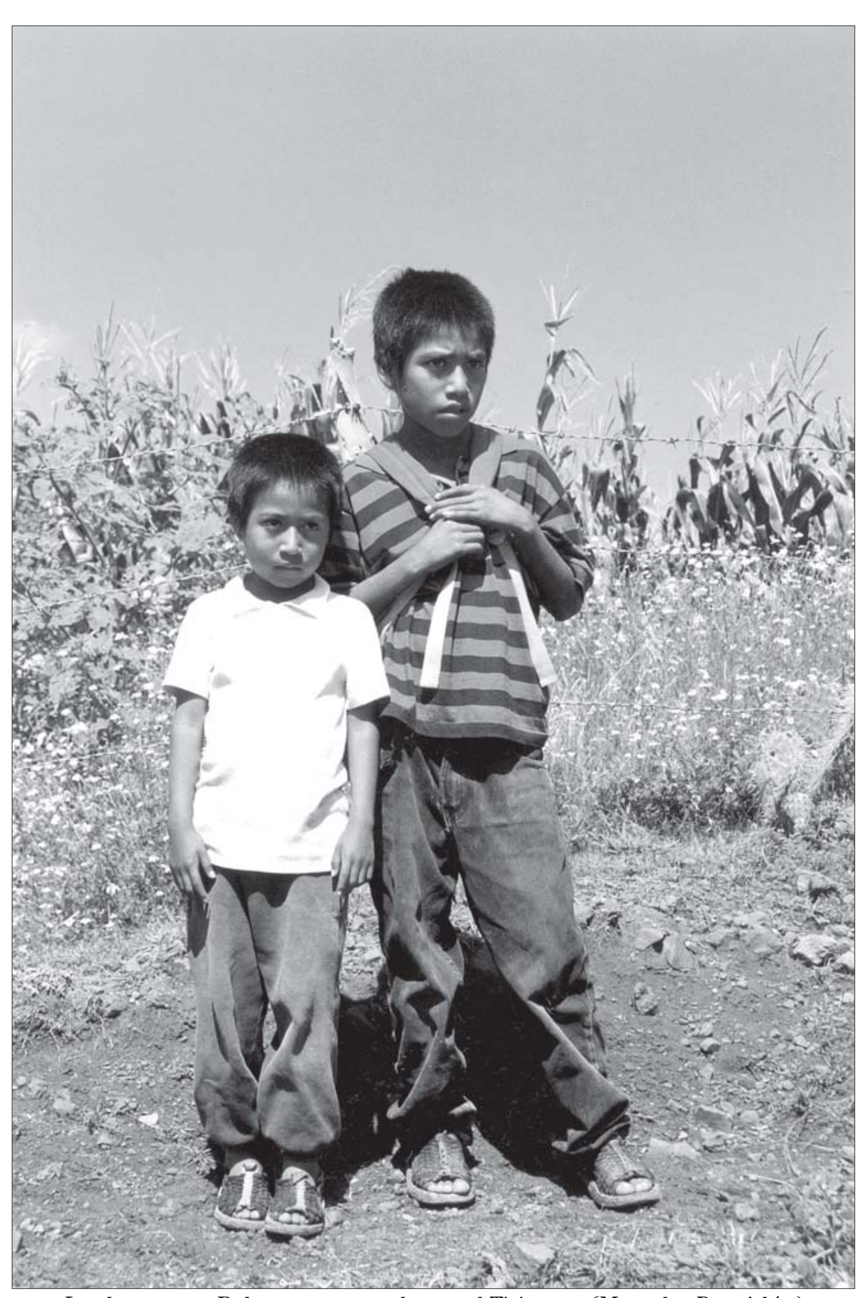
Con esto se concluye que nadie que no sea de Teponahuasco puede tomar con las manos la santa imagen del divino salvador, y su real salida será sólo al pueblo de Cuquío.

La primera vez que fue llevado a Cuquío el señor de Teponahuasco, fue el día 13 de junio de 1741.

También se cree que el pueblo de Cuquío está propenso a *hundirse* en tiempos de aguas. Según dicen los ancianos, cuando los españoles dejaron en manos de los indios de Teponahuasco la imagen, dijeron que en el cerro de La Silleta estaba un condenado ya maldecido, y ese condenado se tendrá que convertir en un dragón y entonces bajará a Cuquío y acabará con todo ser vivo. Por eso los españoles dijeron que sólo a Cuquío tendrán que llevarlo el 13 de junio y regresarlo a su santuario el 4 de octubre, año por año. Se tomó en cuenta esta fecha porque coincide con la época de la fabricación del cristo [Adalberto Gutiérrez Sánchez].



ZONA DE LA CIÉNEGA



Los hermanos Baltazar esperando ver al Tiricuate *(Mezcala, Poncitlán)*

MEZCALA
(PONCITLÁN)

El tiricuate

Una madrugada salí de Guadalajara con rumbo al pueblo de Mezcala, por invitación de Exiquio, un amigo que deseaba mostrarme un hallazgo de piezas prehispánicas en el lecho de el lago de Chapala. Sería mi primera visita a ese lugar y como no había indicadores de ningún destino, pregunté a unos transeúntes qué rumbo tomar para ir a Mezcala. Yo tenía la idea que podía llegar por la ribera del lago. Respondieron que tenía que regresar hasta el cruce a La Barca y tomar esa dirección. Sentí indignación, tanto tiempo perdido sólo por no consultar un mapa. No tuve más remedio que seguir sus indicaciones. Llegué al pueblo de Poncitlán y noté que de la carretera principal se desprendía una brecha en dirección al sur. Al girar paré frente un hombre y le pregunté si aquel camino me llevaría al lago. Contestó que sí y proseguí camino. La luz matutina ya envolvía todo. Colinas, pequeñas planicies y cañadas estaban cubiertas de una intensa maleza florida. Por un buen tramo el camino fue ascendente y sinuoso. Al llegar a lo más alto e iniciar el descenso, paré y descendí del automóvil. Ante mis ojos estaba el lago: azul gris, grande como un cielo. Me encontraba ensimismada, experimentando la renovación de mi espíritu, cuando de entre la maleza intempestivamente aparecieron dos niños a caballo, de milagro no me embistieron. Estaba recuperándome del susto y ví su caballo empapado de sudor. El mayorcito, que tendría unos diez años a lo más, era quien llevaba las riendas. El otro, de menor edad, lo sujetaba de la cintura con toda su fuerza. Por un momento intercambiamos miradas, ambos atónitos y por fin se atrevieron a hablar:

— ¡ El tiricuate!

— ¿ El qué?

— Acabamos de ver al tiricuate.

— Por favor expliquen qué es un tiricuate. No soy de aquí y nunca antes he oído ese nombre.

— ¿No sabe qué es un tiricuate? —Ambos me miraron sorprendidos de mi falta de conocimiento—. Los tiricuates se parecen a los gatos, sólo que más grandes, con una cola gruesa, larga y son negros. Les brillan mucho los ojos. Duermen de noche en un guayabo en el cerro de la Encinera, no beben agua, por eso nunca los ven los que viven en el lago. Todos los días bajan a ver qué encuentran, lo que más les gusta es comer gente. No se ha comido a muchos, porque no quieren acercarse a ellos. Todos le tenemos miedo. El tiricuate llega por atrás, muy despacito y silencioso. Cuando menos lo espera uno, brinca al cuello. Todos los días vamos a limpiar la milpa, allá es cuando lo vemos. Antes, cuando las plantitas estaban chicas, uno arrancaba la yerba y el otro estaba listo por si venía. Ahora la milpa ya creció, nos saca un buen pedazo, si viene ya no podemos saber. Y bien que nos agarra. El caballo no lo podemos traer junto a nosotros porque se come el maíz, así que lo amarramos lejos. Pero ayuda si es que viene, bufa mucho, porque también le tiene miedo. Aún así esta mañana mis papás nos mandaron a traer elotes para comer. Mi hermano los pizcaba y yo hacía guardia, cuando veo al animal, muy cerca. Sus ojos estaban grandes. Que grito y echamos carrera hacia el caballo. Nos trepamos en él y le dimos a todo lo que puede. Nos siguió pero no por mucho. Nicho, un muchacho de allá abajo, ha querido matarlo porque ha comido a gente que es familia de él.

Al terminar el niño de narrar aquella historia y leyenda, no supe qué pensar. En sus ojos se percibía todo tan real, palpable y verdadero, que no quise juzgar aquello como una simple fantasía. Además era un par de criaturitas indígenas, acostumbrados ellos a traspasar el mundo de la ficción con una naturalidad que yo he perdido, o más bien nunca he conocido. Ellos se fueron ya sin tanta zozobra, y me quedé unos instantes más, quizá en espera de alguien a quien contar mi vivencia y perpetuar la existencia del fantástico tiricuate [Helia García Pérez].

La Cueva del Toro

Un buen día allá por 1930, en Mezcala, un pequeño caserío en la ribera del lago de Chapala, frente a la isla del mismo nombre, lugar que contrasta por la simplicidad de sus habitantes con el relumbrón de los pueblos turísticos, en aquella ocasión cuando los pescadores ya habían recogido sus redes y anclado sus canoas, los labradores apilaron la cosecha de chayotes, y todos habían salido a la calle a refrescarse con la brisa de la tarde, mientras que el cielo era surcado por aves de varias especies, entre ellas las garzas blancas, en dirección a sus nidos, la vida parecía haber retornado a su normalidad después del final de aquellos ajetreos de la cristiada.

Aunque nadie aseguraba el retorno de la paz, por el momento lo mejor era pretender que aquello no había sucedido. Y nadie como los niños con sus juegos, los mayores enfrascados en la charla y las campanas repicando para el rosario. No tardaron algunos en percibir que aquella ida en particular, aquellos momentos, no eran como de costumbre. Algo había en la atmósfera, semejante a una pesadez en el aire, que incomodaba.

Todos estábamos confundidos por aquella extraña sensación, no sabíamos a qué echarle la culpa, y encima de aquello apareció en la plaza la mujer de Hipólito. Gritaba como si estuviera fuera de sus cabales, como si el mundo se acercara a su fin. La primera conclusión que sacábamos era que aquel extraño fenómeno había cobrado su primera víctima. Toda aquella algarabía atrajo la atención del párroco y fue el que la ayudó a recuperar la cordura. Entre sollozos dijo algo que nos dejó mudos:

— ¡Hipólito subió a la Cueva del Toro!, porque según él, ya estaba harto de la pobreza.

— No hija, fue la codicia, el afán de ser rico sin tener que trabajar —respondió el párroco después de unos instantes de silencio—, Dios lo perdone.

Aquello nos tomó a todos por sorpresa, no por lo que podía pasarle a Hipólito sino porque él, el más cobarde, resultó el único valiente y se adelantó a todos nosotros que perdimos el tiempo en tanteadas de cómo llegar hasta allá.

Todo aquéllo empezó con las pláticas del difunto don Tomás, hombre que había estado bajo el mando de los jefes menores del ejército cristero, por

el rumbo de Atotonilco: «Cuando vinieron los acuerdos y llegó el momento de deponer las armas, no todos lo hicieron, uno de esos grupos fue el nuestro. No creíamos justo haberles sufrido tanto para nada, haber dejado familia y tierra para terminar con una bala en la panza, ni tarugos que fuéramos.

»En Tizapán, La Playa y Ocotlán, en especial este último, había gente adinerada y en menos de un año logramos tener alhajas, oro, plata y billetes. Nosotros sabíamos que aquella vida no era para siempre. Así que cuando supimos que el ejército andaba tras nosotros, no nos tomó de sorpresa. El último de los robos fue a un comerciante de San Luis Soyatlán. Iba con familia rumbo a Ocotlán a casar a su muchacha. Llevaba buen dinero, pero no tuvo mas remedio que darlo. El gusto no duró mucho, los rurales esperaban por ahí escondidos en el cerro. Y que empieza la balacera y a poco rato que les llegaban refuerzos, nos superaban en todo. No quedó otra que salir huyendo, salirnos de allí.

»Aprovechamos la noche, nos fuímos por el lado del cerro que da a la laguna, rumbo a Mezcala, donde se guardaba lo hurtado. Los rurales no le entraron, sabían que allá la llevaban de perder.

»Nos dimos cobijo en una cueva en lo alto de la montaña, de allá se divisaba todo a la perfección. Ahí no había manera que nos agarraran. Sin embargo, la cosa entre nosotros ya no marchaba del todo bien. Unos ya querían su parte y otros de plano querían cualquier cosa con tal de regresar con su familia. El jefe era astuto, no era fácil convencerlo. Por ahí andaban unas reses y ordenó traer un toro, el más grande y… así que ordenó que se matara. Con el cuero se hizo una petaquilla donde se depositó todo lo que se había robado hasta entonces, y con todos los presentes se enterró en el fondo de la cueva, con la intención de desenterrar aquello cuando los rurales nos dieran un respiro. De lo contrario, nos agarrarían con todo aquello y de qué servía tanto peligro para terminar, como quien dice, regalándolo a nadie.

»Al día siguiente, al salir de la cueva, nos dimos cuenta que los federales nos habían descubierto, nos tenían rodeados. No quedaba otra que salir y jugarnos la vida y alejarlos de la cueva. El jefe pidió tres hombres para cuidar del baúl. Todos quisimos quedarnos, nadie estaba dispuesto a dejar aquella fortuna en manos que no fueran las propias. Al ver aquello el jefe se impacientó y fue él en lo personal que los escogió. Cuando ya los había puesto en

firmes y esperábamos que les diera algún tipo de instrucción, por lo contrario, sacó su pistola y ahí mismo los ajustició. Nadie de nosotros entendía por que había hecho aquello. Y él pronto aclaró el misterio»:

«Los vivos buscamos la oportunidad para traicionar, pero los muertos son fieles hasta la eternidad. Dispongo que los difuntos protejan este lugar. Y si ninguno de nosotros logra salir con vida, que el tesoro sea para quien lo encuentre». Antes de salir de la cueva, el jefe formuló un conjuro para quien quisiera el tesoro: «si el toro sale, mismo que se le tendrá que sacar dos vueltas con un capote. A la tercera vuelta tocar el animal con una vara, y el tesoro será suyo».

«Los federales mataron a toda la gente, menos a mí. Yo corrí con suerte porque me escondí en unos matorrales, y después me escurrí por un zanjón que bajaba hasta el pie del cerro. Como pude me alejé del lugar y me fue a vivir lejos de ahí. Regresé años después a vivir aquí a Mezcala, a hacerle la lucha para recoger el tesoro. Pero nunca corrí con suerte. Primero me encontré las animas de los difuntos que mató el jefe, y después caía en mareos y amnesias, al punto de no saber de mí. Por fin dejé aquello en paz y me resigné a vivir en la pobreza, sabiéndome rico».

Don Tomás contó aquella historia un sin fin de veces. Aquí en Mezcala todos la sabíamos de memoria, y puedo decir que Hipólito no es el primero ni será el último en subir en busca del tesoro [Exiquio Santiago Cruz].

El Chan del Agua

Cuando el tiempo pasa sin novedad, la vida pierde su interés. Creo yo, eso sucedió a las gentes de Mezcala, un pueblecillo. Y como no, si anteriormente pasaban tantas cosas, buenas y malas. Algunas tan malas que a uno de niño no le permitían escucharlas, como aquellas de gente encantada, fuera de sus cabales, o donde había sangre. Mi mamá temía que fuera uno a iniciarse de esos malos ejemplos, y prefería platicarlas lejos de mí, pero yo me las ingeniaba, pasaba cerca de ellos una y otra vez, entre palabra y palabra que escuchaba, armaba mi rompecabezas. Fue de esa manera que entendí a la perfección el motivo de los balazos de media noche, los disparos de los guardias del penal de la isla de Mezcala, sobre un tal Pancho que se fugó nadando, y a decir verdad no era difícil porque está tan sólo a treinta brazadas de distan-

cia de tierra. También se hablaba de los hombres que fueron a la guerra cristera; fue un tal Ramiro Sánchez, por cierto nunca mas volvió a saberse de él. Y más atrás también se hablaba de cómo los indios que vivieron antes que nosotros atajaron a un batallón que iba en busca de Miguel Hidalgo. Se dice que los indios los enfrentaron con sus canoas al pasar por Mezcala, y como no tenían armas se las arreglaron con piedras y palos. Ganaron y eso me da gusto porque está en los libros de texto de la escuela. Pero a lo que verdaderamente quiero referirme es al Chan del Agua, eso sí yo lo viví. Sucedió por los años de 1970 cuando la vida empezaba a cambiarlo todo, cuando la gente ya no era la misma de antes. Y uno se preguntaba por qué ya no sucedían cosas importantes para platicar. Y apareció el Chan, que no era otra cosa que una vaca marina traída al lago para que acabara el lirio, que ya era mucho: una verdadera plaga. Pero aquí la gente vio aquella criatura como algo diferente, a tal grado que mujeres empezaron a llevar ofrendas como si se tratase de algo maravilloso y especial. Y quizás tenían razón, porque a los pescadores les iba mejor cuando se encomendaban al animal. Traían más pesca y regresaban agradecidos. Poco tiempo después empezó a desecarse el lago y se encontraron en el lecho bolas negras y pesadas que se pensó podían ser excrementos del animal. Había muchos que tomaban aquello como un juego de mujeres y de niños, pero ellas no abandonaron sus prácticas fervorosas mientras a la criatura se le vio entre el agua de la ribera del lago. Hoy, con la condición que vive el lago, muchas cosas han desaparecido, quizás para siempre, entre ellas el Chan del Agua [Exiquio Santiago Cruz].

JAMAY

Pedro Chamay

Había un señor antiguo que se bajaba del cerro con muchas mujeres. Iban a bañarse al agua de la laguna, por las noches. Él se llamaba Pedro Chamay. A ese viejito lo respetaban como monarca, era indígena de aquí de Jamay. Las mujeres eran ciudadanas también de aquí. Era el cuidador de las mujeres, para que no se las robaran. Siempre cargaba un garrote como arma, porque también había indios carnívoros. Se acompañaban las mujeres con el viejito porque se secó mucho la laguna de Chapala y bajo unos mezquites muy grandes, que duraron muchos años secos, Pedro Chamay cuidaba y esperaba a sus muchachas.

Chamay se bajaba con su séquito de mujeres de todas las edades porque les gustaba bañarse en esos ojos de agua que se divisaban desde el Cerro de La Encinera, donde él vivía, pero esa agua no servía. Ellas hacían górgoros, y si tomaban de esa agua les quedaba la boca seca y les pegaba más sed. Y si aventaban un leño prendido el agua ardía.

Cuando Pedro Chamay vivía, Jamay era muy chico. Había una playa de arena, pero desapareció, lo que no desapareció fue el recuerdo de Pedro Chamay, porque a este lugar se le llamó desde entonces Jamay, por Pedro Chamay, el más querido de las mujeres.

Ahora Jamay es famoso por el monumento dedicado a Pío X, que mandó hacer el padre José María Zárate, quien para que se hiciera ese gran trabajo les sacó los ojos a los santos viejos. ¡Todos los tenían de color verde! ¡Eran esmeraldas!

AJIJIC

Los manantiales de Pipiltitlán

En el año de 1564 fue guardián de Ajijic el padre fray Sebastián de Verlanga. En el de 1567 reventaron dos ojos de agua caliente en San Juan Cosalá, junto a la laguna de Chapala, y hervían con tanta fuerza que levantaban el agua muy alta y hacían mucho ruido. Los indios estaban acostumbrados y espantados y como recién convertidos, y aún no muy firmes en la fe, el demonio les dijo, ya porque le consultaron o él se les apareció, que si querían ver sosegada el agua echasen en ella cinco niños; y habiéndolos echado, perecieron cocidos y se sosegó el agua. Y como los niños en lengua mexicana se llaman «pipiltotonti», les quedó el nombre a los ojos calientes, hasta hoy, y al sitio donde están Pipiltitlán, que quiere decir tierra de niños. Mucho de eso queda en la historia [José Rogelio Álvarez].

OCOTLÁN

Los fantasmas de los puentes

De los viejos puentes de Ocotlán se podría intitular algo de la narrativa de hoy, captada en los decires de las gentes de tiempos pasados y usuarios de las antiguas y sólidas pasarelas de cal y canto, que sobre los ríos Zula y Grande de Santiago, en el inicio de la segunda mitad del siglo XIX, fueran construidas; en merced de un convenio de cobro de peaje hecho con el gobierno por los hacendados Castellanos Jiménez, que en su época se significaron en la población por sus emprendimientos altruistas, y en materia de obras en beneficio de las comunicaciones regionales se anticiparían con mucho a no pocas renombradas poblaciones.

Pues de acuerdo a las evidencias, una vez con los permisos y a su peculio económico, valiendose de conocedores alarifes, mandarían construir los referidos puentes conocidos como de San Andrés y de Cuitzeo, que bien merecido realce dieron al pequeño Ocotlán de tales tiempos.

Al quedar expeditos los impedimentos fluviales, se agilizaron el tránsito doméstico y el trajín de las diligencias, de los carros y de los arrieros, que con sus recuas utilizaban la antigua ruta del camino real entre México y Guadalajara. Con el transcurso de los años, las vetustas construcciones de dichos puentes, con sus basamentos siempre inmersos en el agua, mudos testigos de aconteceres diversos, propiciaron no pocos transitadores a su paso por los lugares, en pacíficos tiempos o en temporadas de contiendas revolucionarias. Recordándose entre los hechos constatables, el puente de Cuitzeo, en el año de 1924, sufriría la voladura con dinamita de dos de sus arcos. Esto por el conflicto armado que escenificaran en ambos márgenes

del río las tropas federales de la nación en contra de las disidentes de los huertistas.

A estas construcciones que enlazaron el camino real, la voz popular urdiría curiosas consejas en torno al paso de san Andrés o de Jamay. Con relación a éstas, se recuerda a un anciano conserje de unos excusados públicos que existían en el extremo sur-oriente de la pasarel, en el inicio de los años treintas, quien narraba que cuando las crecientes aguas del río Zula amenazaban con desbordarse, se dejaba oír el fantasmal llanto de un pequeño niño (que había sido emparedado vivo cuando hicieron el puente), dando la voz de alarma con su lamento del latente peligro de inundación y de que las arquerías podían ser arrasadas por el embate de las aguas.

En cuanto a lo que se dijera y se contara del puente de Cuitzeo, la gente de a caballo y caminantes que a deshoras de la noche o de la madrugada tenían que pasar por allí, hablaban de un torso que en ocasiones «se aparecía». Siendo visto en noches de luna llena en forma de atractiva mujer, ataviada con vaporoso vestido azul claro y el precioso pelo suelto llegándole a la cintura.

La seductora imagen con sus torneados brazos al descubierto inesperadamente era vista caminando siempre adelante y con su silueta de sensualidad, llenaría de malsanas inquietudes a más de algún trasnochador que acercándose a la fémina la asediaría de tiernos requiebros y requerimientos a inmediatos amoríos. Lo que haría que la escultural mujer se volviese extendiendo afectuosamente los brazos y mostrando en lugar de un lindo rostro una horripilante cara de perro de entreabiertas fauces, que se dice hacía que el galanteador huyera despavorido o se desmayara del susto.

Al ser demolido el viejo puente para sustituirlo por el moderno que hoy existe, terminarían también tan increíbles historias [José María Angulo Sepúlveda].

ALUCINACIÓN EN CUARESMA

Muchos años hace que, por motivos de negocios, aquel viajero se encontraba hospedado en el céntrico hotel desde donde, desplazándose en el vehículo de la cigarrera de la que era representante, con premura por la proximidad de la semana mayor, visitaba los comercios de la región entregando mercancía y levantando pedidos. Pero aquel jueves, cumplidas en general las tareas de tra-

bajo, el hombre tendría unas horas de asueto y por sugerencias escuchadas se haría llevar por los rumbos de El Fuerte, para estar en cercanía de el lago chapálico, al cobijo de algún restaurante donde deglutir las delicias gastronómicas del pescado nativo, cocido en formas distintas, acompañado de refrescantes bebidas y de la contagiante alegría de la música de los mariachis.

De aquel modo, su permanencia en el rumbo se prolongaría hasta la noche, regresando a Ocotlán en plan eufórico de seguir visitando bares y cantinas. Llegando finalmente las cosas hasta los salones en El Valle, en donde el agente de la cigarrera, acompañado de atractiva compañía femenina encontrada en aquel ambiente, a punto estaba de entrar en reyerta con otros parroquianos briagos y escandalosos, quienes frenarían sus ímpetus al dejarse oír una voz enérgica de advertencia que sin más les dijo: «¡A este señor mejor déjenmelo en paz, porque él no se está metiendo con ustedes!», apareciendo en la palestra de la discusión un robusto individuo de mirada retadora que calzaba huaraches, llevaba sombrero de paja con barbiquejo y en la cintura, en el ancho fajo o *víbora* en una funda acomodada, la aguja de arria y un enorme cuchillo *sayulteco*: Herramientas peculiares que usaban los cargadores de aquel útil gremio de la estiba población, que completarían el típico atuendo llevando prendida en la camisa la imprescindible placa de bronce con el número de afiliación sindical.

La normalidad finalmente volvería a imperar en el ánimo de los bebedores del concurrido salón, y el cargador entonces le dijo al agente viajero: «¡Bueno Jefe, usté dispensará, pero tengo el encargo de acompañarlo a su hotel!, ¡porque ya es muy a deshora y ya usté vio que no faltan malditos que se perecen en molestar gente pacífica!». «Si, creo que tiene usted razón, vámonos ahora», contestó el viajero a aquel cargador que acababa de poner las cosas en paz e inspiraba confianza.

Ya en la calle, después de revirar la mirada para cerciorarse que nadie los seguía, el doblado individuo agregaría: «¡Pos orita ya no hay carros de sitio, jefe, y tendremos que *rifárnola a pata* para llegar a su hotel!». «¡No importa, vamos, que el frío de la madrugada me sirve para despavilarme de tanto vino que tomé!».

Sosteniendo intrascendente charla aquellos hombres caminan y caminan por la solitaria población y por las empedradas calles adyacentes al mer-

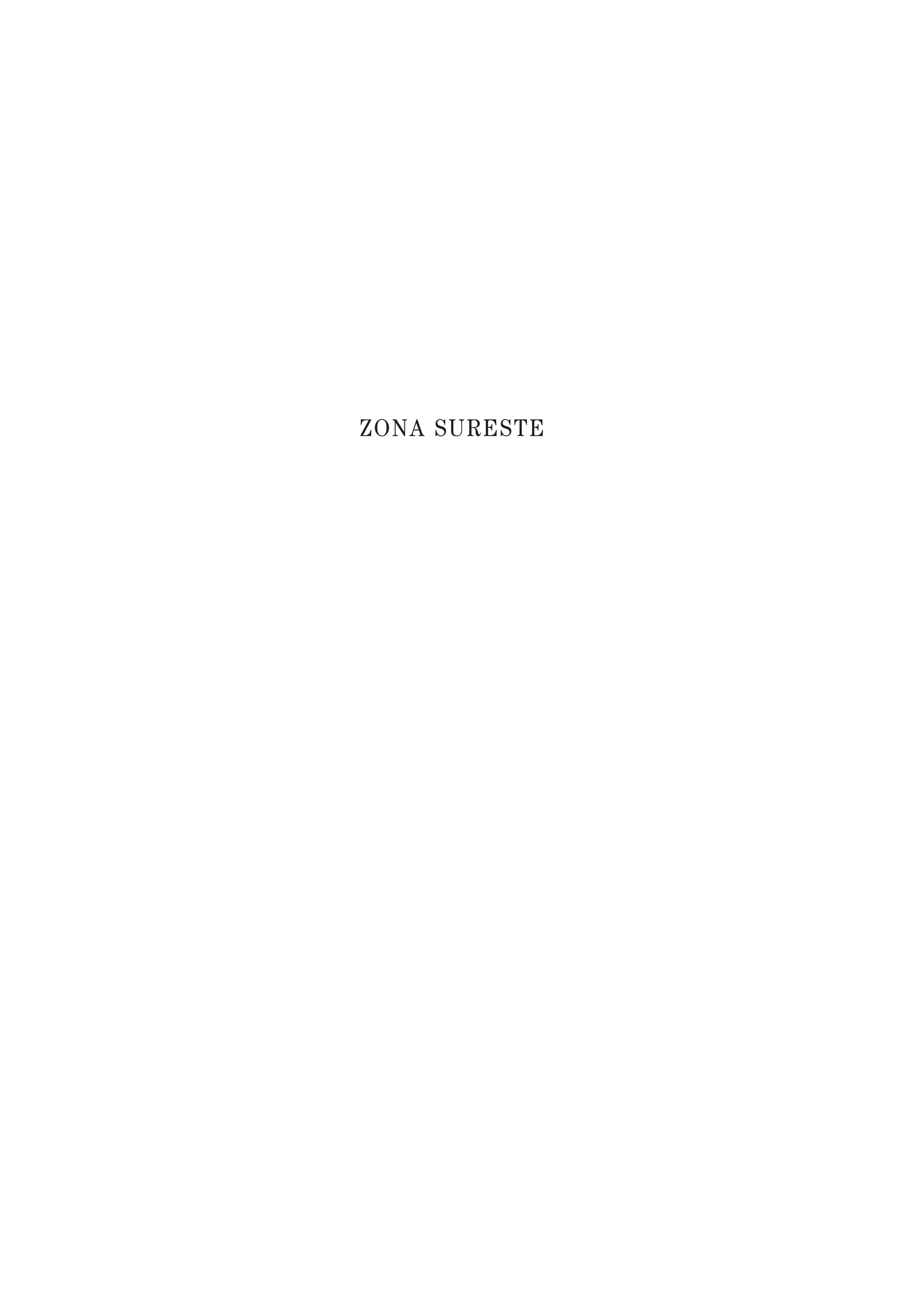
cado, que por la llovizna que ha caído se veían invadidas por la niebla.

Hicieron alto al oír rumores de voces al llegar a una esquina, observando que aquel hablar y cierto ajetreo provenían de una casa de aspecto y corte antiguos, que en plena madrugada sus moradores mantenían las puertas y las altas ventanas abiertas.

«¡Buenos días les dé Dios señores!, ¿qué andarán haciendo en hora temprana por estos rumbos?», prorrumpió una señora de edad que llevaba en las manos unas ramas de laurel, mismas que dos mujeres colocaban en un florero al pie de la Virgen de los Dolores, que a vista de todos, lucía ya verdes follajes, flores de papel y profusión de velas de cera y lucecillas cintilantes de veladoras. «Pos nada, doña, que se nos hizo tarde por allí, pero ya cada quien se va *a su cantón* a dormir», dijo sonriente el cargador. «¡No, ustedes no se van si antes no se toman algo caliente, para que se les quite ese frío que traen! ¡Ándale Eduwiges, sírveles a los señores dos jarros con hojas de naranjo cocidas!, porque aquí desde ahorita ya va a empezar a llorar la virgen!».

Tomada a placer la estimulante infusión, el par de trasnochadores, después de dar las más cumplidas gracias por las atenciones recibidas por aquella familia, se fueron con rumbo de conocida hospedería del centro de la población. En las puertas mismas del hotel se despidieron con un apretón de manos aquellos amigos ocasionales, pretendiendo el agente viajero regalar una buena propina a aquel cargador que en forma tan valiosa como oportuna lo orientara aquella noche de inesperados sucedidos, a lo que éste sin aceptarla agregó: «¡Mire jefe, esto será la próxima vez que usted venga y lo ayude yo a distribuir cigarros!».

Pero el viernes aquel después de dormir el agente de la cigarrera hasta muy avanzado el día, por la tarde optó por llevar unos calendarios de regalo y buscar a la familia que elaborando su altar a la virgen, con tanta solicitud los atendieran en la madrugada. Encontrando inconcebiblemente en la esquina de referencia sólo una casa en ruinas y sin techos y el lacónico informe de los vecinos de que los moradores de la misma hacia muchos años que habían fallecido. Por parecérsele ilógico aquéllo, buscó entonces al cargador con otros en su gremio y le dijeron que también ya había muerto [José María Angulo Sepúlveda].



ZONA SURESTE



Mazamitla a principios del siglo XX

MAZAMITLA

Mazamitla no siempre fue un edén

Mazamitla es uno de los muchos pueblos enclavados en espeso bosque de la Sierra del Tigre. Desde su fundación existieron aislados entre sí por falta de caminos y también de los centros urbanos más dinámicos, como Tuxcueca en la ribera del lago de Chapala, o Sayula al sur. La abundancia de madera, de vida silvestre, la ganadería, las lluvias constantes durante todo el año y el frío, contribuyeron a hacer de aquel paraíso un espacio desconocido y poco codiciado. Sin embargo, esta clase de fortuna perdió su encanto por el año de mil ochocientos, cuando Martín Toscano y Martín Gil, jefes gavilleros, hicieron aparición. Gente sin principios morales, fugitivos de la ley y criminales de corazón empedernido, urgidos de ocultar su pasado sin dejar su oficio. Estos hombres sentaron sus reales en la región y se adueñaron de la paz principalmente de las familias adineradas.

Estos individuos operaban por los caminos que corren desde Cotija hasta Sayula, por el trazo del Camino Real de Colima. Por ahí entraban y salían las caravanas de carretas jaladas por bueyes. Llevaban salitre, quesos y los arreos de quienes se dedicaban al comercio agropecuario y abastecían los pequeños tendajones, cantinas y changarros en los pueblos de Tamazula, Concepción de Buenos Aires y Quitupan.

El lento desplazamiento a que los obligaba la sinuosidad del terreno, los deslaves y lo húmedo el suelo, los hacía presa fácil de aquellos desalmados depredadores. Muchas fueron las veces que aquellos arrieros y comerciantes regresaban a su hogar heridos, o con vidas perdidas que lamentar. Ante el clamor, las autoridades hicieron esfuerzos en resguardar caminos y

puestos. Sin embargo, fue inútil. En la inmensidad de la Sierra del Tigre y las profundas estribaciones del terreno era como buscar una aguja en el pajar. Finalmente, allá por mil ochocientos cinco, fueron capturados por don Serafín Ceja, caporal de la hacienda La Huaracha.

El gavillero Martín terminó sus días en la ciudad de México y Martín Gil en Guadalajara. Sus andadas, si bien los llevaron al paredón, también les dieron una buena dosis de inmortalidad. Hoy son leyenda, historia y curiosidad de algunos por encontrar la fortuna que robaron y dejaron oculta. Se dice que entre sus posesiones se encontraban lingotes de oro y plata, amén de otras cosas. Se piensa que su botín está en una cueva en el cerro del Tecolote. Desde hace doscientos años ha habido quien se aventure en su búsqueda, con tan mala fortuna que la ánima en pena de Martín Toscano ronda el lugar armado hasta los dientes y les hace frente.

Los que lo han visto dicen que no es un ser del otro mundo, que es de carne y hueso, que viste como Chinaco, ynle faltan dientes. Y además, de la cueva salen gritos, quizá de prisioneros que atrapó en sus correrías. Lo cierto es que si él existe, también la cueva y el tesoro [Helia García Pérez].

MANZANILLA DE LA PAZ

Una aparición en la Manzanilla de la Paz

Pocos son los pueblos de este rincón del mundo que puedan presumir de la dicha de tener un milagro como el que nosotros gozamos día a día. Yo me pregunto cuál fue la razón de que nos escogiera. Será por pecadores, por tibios o por malos con la fé. Sólo ella sabe por qué. Este misterio no es para contestarlo ningún cristiano por más listo e instruido que se considere. No falta quién salga con dudas o suposiciones de que la imagen está echa por manos mortales, que los milagros son cosas de mujeres y niños. No, no es así la cosa. Yo he visto hombres ya viejos, curtidos, derramar lágrimas frente a la imagen milagrosa. Hombres que uno nunca pensaría que se fueran a doblegar ante nadie, pero cuál sería la sorpresa que lo hicieron ante la Guadalupana.

La aparición tuvo lugar en el pueblo de La Manzanilla de la Paz, Jalisco, en la casa marcada con el 122 de la calle Javier Mina, lugar donde residió hasta su muerte la señorita Guadalupe Calvario, mujer servicial y devota, que impartía la doctrina a los niños de la comunidad, amén de otras actividades. Ella dejó la finca en herencia a don Baltazar, en pago por los cuidados que de él recibió en su vejez. Este hombre escuchó varias ofertas por dicha propiedad, pero siempre se negó a venderla.

El dieciséis de Diciembre de 1997 a las dos treinta de la tarde, un resplandor iluminó el cielo y la tierra. Era una luminosidad que se vio desde lejos, la gente en la montaña, en las orillas del pueblo, los que transitaban por la carretera. La gente no sabía qué pensar. En el cielo no había humo, ni derrumbes. Sólo aquella luz que perduró unos cuantos segundos. Los que en

ese momento no levantaron sus ojos al cielo no la vieron. Y los que la vieron no sabían qué pensar.

Ese mismo resplandor lo vio don Baltazar desde la azotea de su vivienda, cuando unos hombres laboraban en la antigua finca de Lupita Calvario; ellos removieron una piedra laja que estaba recargada en un capulín. Y cual no sería su sorpresa al ver la imagen de la virgen estampada en una de las caras de la roca. Lo único que exclamaron fue «¡qué bonita se ve!». Don Baltazar descendió tan rápido como pudo y fue a ver de qué se trataba aquel extraño hallazgo, y se encontró con otros vecinos cercanos que también buscaban una explicación al fenómeno. Él les indicó el lugar de origen y entraron al solar. Cual sería su sorpresa al ver la estampa de la Guadalupana en la piedra laja. Algunos no se preguntaron más, corrieron a la iglesia a ver al señor cura Humberto Pineda y otros se subieron al campanario y escucharon las campanas al vuelo. La voz corrió por el pueblo en cuestión de instantes. No había una sola alma que no estuviera enterada de aquel suceso. Llegaron cientos de peregrinos.

La piedra donde está la estampa de la virgen es una roca oscura de un metro veinte centímetros de alto por ochenta centímetros de ancho, y un espesor de diez centímetros. Al momento del hallazgo la imagen no estaba definida como lo está ahora. Gradualmente fue tomando su forma actual, conforme pasaban los días y la presencia de la gente. Era como un milagro adicional ver como las líneas se reafirmaban día con día. La imagen no tiene ni verde ni rojo, tampoco azul. Mejor dicho, es del color de la piedra.

Nosotros aquí en La Manzanilla y todos los fieles que le muestran respeto a la imagen, creemos que es un milagro de verdad. No es posible que alguien haya hecho esto, que cincelera la piedra, o que la pintara de noche, sin el conocimiento de vecinos. En este pueblo pequeño todos somos como una sola familia. No hay secretos entre nosotros. Todo se sabe. Si esto hubiese sido obra de algún cristiano, en un abrir y cerrar de ojos nos hubiésemos enterado. No, nadie hubiese tenido la osadía de engañar la fe.

Y como una prueba mas de esta verdad son los favores que ya ha concedido la virgencita. No hace mucho tiempo llegó al pueblo un hombre con todo y familia. Vino a verla y a pedirle un milagro. El hombre padecía de cáncer en la sangre. Se arrodillaron frente a la imagen y nos pidió a los pre-

sentes que junto con él rezáramos para que saliera bien librado del padecimiento. Yo no entiendo qué pasó pero todos lloramos, era el nuestro un llanto profundo que brotó del corazón. El hombre regresó tres meses después a dar gracias por el milagro porque estaba recuperado. En otra ocasión llegó una señora proveniente de Tequila, Jalisco. Ella venía con un penar que nunca quiso decir en público. Estuvo en oración un buen rato. Finalmente se fue y cuando regresó, lo hizo con muchas botellas de tequila para que fueran vendidas y con ello se ayudara a construir la capilla a la santa imagen. Ella también dio su testimonio de haberse curado y reconoció el poder milagroso de la Virgen de la Laja.

Aquí ha venido gente piadosa, lo mismo escépticos y científicos. Éstos últimos han hechos pruebas químicas para analizar cómo está echa imagen y no han encontrado respuesta al misterio [Helia García Pérez].

JILOTLÁN DE LOS DOLORES

Una mina de oro

Había una rica mina de oro. Su lugar era un secreto de los indios que hoy nadie conoce. Tata Cura se había dado cuenta de que los gastos de la construcción de la parroquia y curato, de la festividad de su patrono san Miguel y de todas las necesidades del pueblo, se cubrían con productos de la mina. En costalillos, los indios llevaban a Colima el mineral y lo cambiaban por monedas. Se dice que Tata Cura no aguantó la curiosidad y quiso conocer la mina. Los indios se negaban a llevarlo, pero tanto insistió, hasta que aceptaron enseñársela, con la condición de que debería ir vendado. Así se hizo y llegó a la mina, pero de regreso, a hurtadillas, venía destapándose los ojos. Los indios, sintiéndose burlados, le dieron muerte y escondieron su cadáver. Desde entonces se secaron sus manantiales y empezó la desgracia de su pueblo [Tata Cura].

SANTA MARÍA DEL ORO

El Cerro del Fraile

Por el camino de Santa María del Oro a la congregación de Las Pintas iba caminando Isauro Tomás Sánchez, cuando en una curva del camino encontró a una joven con su rodilla descompuesta que le suplicaba que la auxiliara y la llevara a su casa.

Entonces, el señor le preguntó que quién es eran sus papás y en dónde vivían. Ella le contestó que vivía en la cima del Cerro del Fraile y que eran personas recién llegadas a ese lugar.

Como no traía caballo la cargó sobre su cuello. Al ir subiendo hacia la cima del cerro él notó que cada vez se estaba haciendo más pesada la bella carga. Decidió voltear a ver por qué sucedía eso y cual sería su sorpresa que al voltear se encontró con la cabeza de una enorme serpiente con las fauces abiertas.

Aventó la carga rápidamente y ella le dijo: «¡Qué bárbaro! Otros cien años de vivir encantada, por no haber llegado hasta la entrada de mi casa, donde están aquellas piedras en forma de fraile» [Lázaro Sánchez Ochoa].

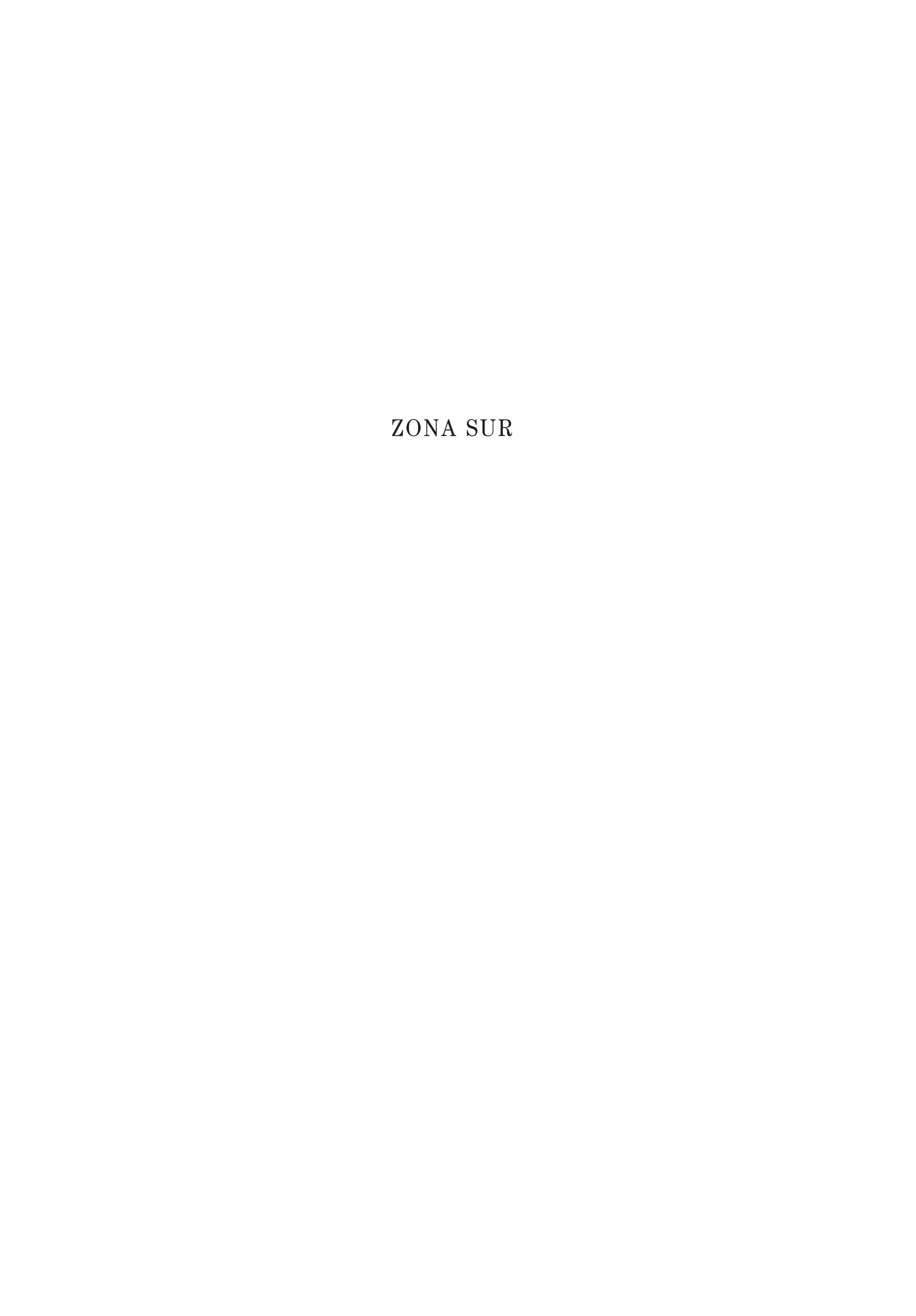
El Cerro del Pando

Dicen que hay un tesoro muy grande en las faldas del Cerro del Pando. Es una cueva, que para poder sacar el tesoro necesitan velar tres noches con velas encendidas en el panteón de Santa María del Oro.

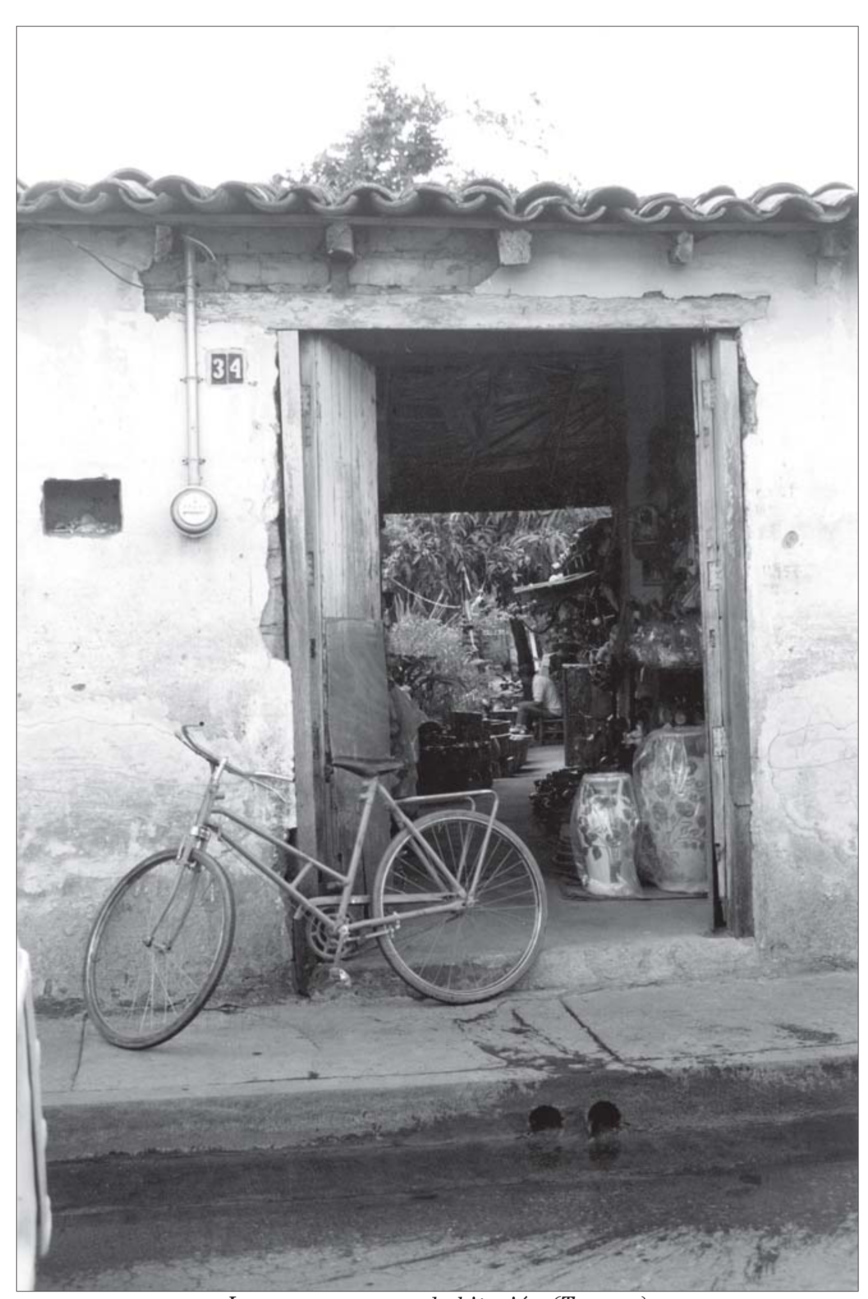
Después de los tres días de velar, se llevan un gallo y tienen que cortarle la cabeza con un machete en el descanso del panteón y gritarle al bandido Florian Calleja, fuerte, que los lleve a la cueva donde está el tesoro.

Un señor hizo lo que se le indicaba y cuando le gritó a ese personaje llegó en un caballo negro a la usanza del siglo XVI, de capa, sombrero y el caballo volando y sacando lumbre con las espuelas. El hombre que le gritó se arrepintió y no se subió con el jinete. El caballo se regresó volando de nuevo hacia las faldas del cerro.

El tesoro sigue allí para el que quiera hacer la prueba y salir de la pobreza [Lázaro Sánchez Ochoa].



ZONA SUR



Ingreso a una casa habitación (Tuxpan)

TUXPAN

Todo o nada

El cerro del Cihuapilli es el que está frente a nosotros, se parece a muchos de esta región de Tuxpan, pero éste esconde misterios que pocos conocen. Uno de ellos es el que vivió en carne propia mi tío Estanislao, cuando yo tenía diez años. Él laboraba la cal, sacaba las rocas de un barbecho que tenía en el Cihuapill, del lado que no se ve desde aquí. También allí tenía su horno que alimentaba con leña de ocote y después bajaba su producto encostalado en burros.

Uno de esos días que el calor pega duro, sofoca y hasta parece que la misma tierra sufre, él regresó con sus burros de oquis, lo que a mí me pareció extraño. No habló, como otras veces que nos pedía ayuda para descargar los animales, sino que se encerró en su cuarto.

Su esposa, mi tía Pascuala, trató de hablar con él, pero no le abrió la puerta. Yo estaba muy encariñado con él, lo veía como a mi padre porque era huérfana. Antes de encerrarse le vi la cara y se dibujaba que algo malo había pasado. Pronto se me pasó la preocupación y ya no le di importancia. Al día siguiente por fin salió, estaba de mal ver, amarillo y desganado. Tuve algo de miedo y me alejé de él. Su esposa hacía tortillas y no se había dado cuenta, pero lo hizo cuando él se sentó a la mesa. No parpadeaba ni decía palabra por más que le buscaran plática. Fue en ese momento que Pascuala se dio cuenta que algo no andaba bien, se lavó las manos, colgó el mandil y salió. Yo y otros niños nos quedamos a solas con él. Siguió sin decir nada. Por fin regresó mi tía con una sobadora. Lo metieron a su cuarto y pidieron ungüento de manteca, se encerraron con él y nosotros nos quedamos afuera. Como

todos los niños éramos curiosos, nos quedamos tras la puerta a oír lo que decían: «Pascuala —dijo la sobadora—, tu señor no padece de enfermedad, padece de susto, lo mejor para él es darle poleo del cerro.»

La mujer se fue y mi tía le pidió a su esposo que le contara qué había sucedido. Tardó un buen tiempo en darle respuesta:

«Me encontraba en la cueva arrancando piedra y poniéndolas en las parihuelas para llevarlas al horno, cuando al pegar con el pico se desprendió una piedra de buen tamaño. Y en el hueco que dejó se encontraba una petaquilla, de esas grandes de madera y chapetones, copeteada de monedas doradas, brillantes. Al ver semejante fortuna y pensar en mi pobreza, pensé que me hacía rico. Cuando me acerqué y quise tocar aquello, para estar seguro que no era un sueño o ilusión, apareció en el mismo lugar un catrín, un hombre de negro y sombrero como nunca había visto. Me dio miedo porque se le notaba que era un animal, y me dijo con voz ronca:

— Todo de una vez o nada, y de cualquier manera no vengas más a este lugar.

»Las piernas me temblaron, y como pude salí corriendo. Nomás pude traer mis animales, ahí quedaron tirados los costales de cal y los avíos de trabajo».

Cuando se repuso, mi tía le pedía que regresara por sus cosas, pero él le contestaba que ni loco que estuviera volvería a poner pie en ese lugar. Abandonó para siempre el oficio de calero y se dedicó a vender cacahuates en la plaza, sin nunca perder de vista al cerro. Por lo que vivió Estanislao Silva, me atrevo a creer que el cerro Cihuapilli está encantado. Claro, para algunos, no para todos [Florentina Vázquez Martínez «Doña Flor»].

LA PIEDRA MONA

A la llegada de los españoles, la hija del cacique Cuitlaxilli, llamada Cihuapilli, que en lengua mexicana significa doncella o mujer hermosa, y que le hacía honor a su nombre, se sintió atraída por el hispano Ávalos. Éste no podía controlar completamente la situación ante los indígenas, por lo que realizaba varias estrategias para que no cupiera duda de quién era el conquistador, pero nada hacía quebrantar la voluntad del cacique.

Cihuapilli se enamoraba cada día más del capitán, y éste, no viendo otra opción, decidió utilizarla para sus fines y así la convenció para que traicionara a su pueblo. Cihuapilli no despertaba sospechas, por lo que ella se enteraba de todo y fue así como se dio cuenta de un peligro para los españoles, y puso sobre aviso acerca de una revuelta planeada por su padre. El agradecido español la colocó en un lugar seguro, mientras daba la orden de sorprender a los indígenas en el ataque.

Mientras que los bravos indígenas peleaban contra el invasor, la princesa todo lo observaba desde el cerro; cuando los españoles derrotan a los aborígenes, el cacique es humillado, y aún más cuando se entera de que la culpable de su derrota es la traición de su hija. Es tanta su cólera, que la maldice a quedar petrificada, mirando a la población que traicionó a través del tiempo.

Actualmente se puede ver desde la carretera, una enorme roca que desde lejos curiosamente tiene la apariencia femenina y que en algunas ocasiones los habitantes la pintan con el traje regional. Mira a Tuxpan desde su lugar a la mitad del cerro, que para evocarla más lleva su nombre, mirando a la población que una vez traicionó [América Araceli Arellano Cerritos].

EL ARCO DEL DIABLO

En el camino que va a la Congregación de San Miguel, hay un arco de acueducto como de unos cinco metros de alto, que cuentan lo construyó el diablo en un minuto.

Cierta noche de luna llena, un campesino se encontró con un jinete que montaba un hermoso caballo negro y que estaba recargado sobre unas peñas. Lo saludó y lo acompañó un buen trecho. El campesino le empezó a contar sus penas debido a la mala cosecha, que por algunos años había tenido. El jinete lo oía hasta que por fin le dijo:

— ¿Qué darías a cambio de que tu suerte cambiara?

— ¡Vendería mi alma al diablo si con eso yo tuviera una buena cosecha!

— ¡Bien, tú lo pediste! —respondió el jinete, y espolió su caballo desapareciendo en la noche.

Al día siguiente el campesino encontró su sembradío regado y así fue durante toda la temporada de siembra, ganó buen dinero. Una noche que

venía muy contento del pueblo, se volvió a encontrar al jinete en el mismo lugar, y éste le preguntó:

— ¿Quihubo amigo, cómo le ha ido?

— ¡Muy bien, vendí toda mi cosecha, pagué todas mis deudas y me sobró dinero!

— ¿Estás seguro de que ya no tienes ninguna deuda? —le dijo el jinete.

— Sí, seguro.

— Te equivocas, ¡tu alma me pertenece! ¿Te acuerdas de la otra noche? ¡Eso fue lo que dijiste y el plazo se ha vencido!

El campesino, todo asustado, se aferró a las peñas con mucha fuerza, tanta que el diablo tuvo que desprender las rocas para llevarse el alma de aquel hombre, y fue así que se formó el arco. Por las noches la gente evita pasar por el lugar, pero hay quien asegura que el jinete está allí en busca de otra alma para hacer el mismo trato [América Araceli Arellano Cerritos].

EL PUENTE DEL FRAILE

Se remonta a los tiempos de la Colonia, se desarrolló en el lugar conocido como El Puente del Fraile, actualmente Puente de San Pedro. Cuentan que en el antiguo camino que va a Tecalitlán, para pasar el río, se encontraba un puente de madera, en donde decía la gente se encontraba un fraile franciscano con su amada. Al saberlo sus superiores deciden comprobarlo, siguen al fraile y juntos se dirigen al puente.

Al ser descubiertos, la mujer se arroja al río que va crecido, pues es la plena temporada de lluvias, en el mes de agosto. La corriente la arrastra y golpea sobre las piedras y nunca más se encontró su cuerpo. Al fraile lo ataron a un árbol y, tras un pequeño juicio, se le condena a ser quemado vivo. Después de consumada la sentencia, sus cenizas son esparcidas por el campo y el río.

Los vecinos dicen que algunas noches se oyen los gritos de dolor del fraile, sobre todo en las épocas de lluvia, cuando el viento juguetea con los sauces de la orilla del río y forma figuras fantasmagóricas [América Araceli Arellano Cerritos].

EL CERRO DEL CIHUAPILLI

Cuentan que entre los jóvenes del pueblo que se dedicaban a danzar, había uno bastante agraciado que ponía tanto esmero en sus ejecuciones dancísticas, que era el mejor entre los mejores. Su especialidad era bailarle al dios Tláloc, y así pedirle la lluvia para sus hermanos.

En una ocasión que andaba por el río vio a los tlaloques que llenaban sus tinajas con el agua del manantial de Tizatirla, y en un descuido de los tlaloques, se robó una tinaja y la escondió. Los tlaloques desesperados contaban una y otra vez las tinajas, pero siempre faltaba una. Después de estarse divirtiendo un rato, el danzante les dijo:

— ¿Qué están haciendo?,

— Contamos nuestras tinajas, pero siempre nos falta una —contestaron los Tlaloques.

— ¡Ah!, es que yo tengo una tinaja.

— ¡Regrésala inmediatamente! —replicaron los tlaloques.

— La regresaré si me conceden lo que les pida.

— Sí, sí, lo que quieras —dijeron en coro los tlaloques.

— Quiero que cuando baile para el señor Tláloc, en ese momento dejen caer su agua sobre todo el lugar en donde yo estoy bailando.

Y así fue, en cuanto iniciaba aquel joven su baile, empezaba a caer un fuerte aguacero, y fue tanta la fama de aquel danzante, que muy pronto se llenó de vanidad su corazón, y ya no bailaba para ayudar a sus hermanos ni agradar a Tláloc, sino para sentirse poderoso e igualarse a los dioses. Entonces, Tláloc se enojó, y fue tanta su ira que convirtió al danzante en cerro y a su corazón antes lleno de vanidad en una laguna hermosa de cristalinas aguas. En la actualidad se ve cómo la lluvia es atraída por el cerro, al igual que antes los tlaloques derramaban su agua sobre el danzante. Las nubes cargadas de agua rodean en su parte media al cerro, en el lugar donde está el corazón de aquel joven vanidoso que quiso igualarse a los dioses [América Araceli Arellano Cerritos].

SAYULA

El Ánima de Sayula

En un caserón ruinoso
de Sayula en el lugar
vive Apolonio Aguilar
trapero de profesión.

Hace tiempo que padece
hambre voraz y canina
y por eso está que trina
contra su suerte fatal.

No es borracho, ni juega,
sólo comer es su vicio
pero anda mal el oficio,
ni para comer le da.

Cuatro tablas, dos petates
un bacín roto de barro,
cuatro cazuelas y un jarro
son de su casa el ajuar.

Su mujer y sus hijuelos
malicientos y hambreados,

con semblantes extraviados
piden pan con triste voz.

¿Pan allí? ¡ni por asomo!
Hambre sí, disgustos mil,
en aquel chiribitil,
a pasto y a discreción.

Llanto sólo de miseria,
que goteando noche y día
apagó dejando fría
la ceniza del hogar.

Por eso el trapero esconde
entre sus manos la cara;
maldice su suerte avara
que le causa aquel dolor.

Y fijando en su consorte
su penetrante mirada,
con voz grave y levantada,
de esta manera le habló:

«Es preciso que ya cese
esta situación terrible;
vivir así no es posible,
harto estoy de padecer.

»Me ocurre feliz idea
que desde luego te explico,
esta noche me hago rico
o perezco en la función.

»Escucha y no me repliques,
mi suerte está decidida,
el porvenir de mi vida
depende de esta ocasión.

»Tú sabes que en esta tierra,
entre la gente de seso,
se cuenta cierto suceso
que ha causado sensación.

»Se dice, pues, que de noche,
al sonar las doce en punto,
sale a penar un difunto
por las puertas del panteón.

»Que las gentes que lo ven
huyen a carrera abierta,
y todos cierran la puerta
encomendándose a Dios.

»Que porfin un desalmado
se encaró ya con el muerto,
mas de terror quedó yerto,
patitieso y sin hablar.

»Esto lo aseguran todos,
y mi compadre José
me ha jurado por su fe
que también al muerto vio.

»Y me asegura que el muerto
tiene la plata enterrada
y busca gente templada
con quién poderse arreglar.

»Pues bien, me siento con bríos
para hablarle al mismo Diablo;
a ese muerto yo le hablo
aunque me muera después.

«¡Por Dios!, Apolonio —dijo,
su mujer muy afligida—,
no juegues así la vida,
deja a los muertos en paz.»

«No, mujer, no retrocedo,
es una cosa resuelta;
si pronto no doy la vuelta
preparas mi funeral.»

Dijo y con paso veloz,
pálido como el difunto,
salió de casa al punto,
camino para el panteón.

Envuelto en tinieblas yace
de Sayula el caserío,
y un aspecto muy sombrío
allí reina por doquier.

No se oye voz humana
ni el más ligero ruido;
sólo lejos el aullido
pavoroso de algún can.

Algún pájaro que cruza
en las tinieblas perdido,
lanza fúnebre graznido
al ir de su nido en pos.

Y al extinguirse perdido,
que al corazón pone susto,
canta el tecolote adusto
en el ruidoso torreón.

Negro toldo cubre el cielo,
y al soplo del viento frío
gimen los sauces del río
con quejumbroso rumor.

Lóbrega la noche está,
y en su fondo pavoroso
brota a veces luminoso
un relámpago fugaz.

La siluerta del trapero,
que a la ventura de Dios,
va de la fortuna en pos
hasta vencer o morir.

Mas a medida que avanza
su valor se debilita,
y es dueño de honda cuita
su angustiado corazón.

Avanza, pues presuroso
aquel hombre de faz yerta,
y al fin se mira en la puerta
del tenebroso panteón.

Allí con mortal congoja
la hora fatal aguarda,
hora que tal vez no tarda
en sonar en el reloj.

Por fin, de repente suenan
doce lentas campanatas,
cuyas notas compasadas
vibran con sordo rumor.

Notas lentas y solemnes,
cuyo sonidp retumba,
como el eco de una tumba,
con quejumbroso rumbor.

Por fin a esperar se pone
y sin gran dilación
las puertas de aquel panteón
se abren de par en par.

Cruza el dintel el fantasma,
mudo, rígido y sombrío,
como el sepulcro frío
y horrible aborto de horror.

Lleva cubierta la faz
con negro y tupido velo,
y arrastrando por el suelo
lleva también el sudario.

Aguilar, de espanto yerto
y erizado su cabello,
con agitado resuello,
corre tras de la visión.

Y haciendo un supremo esfuerzo
cual si jugara la vida,
con voz despavorida,
de esta manera le habló:

«En nombre de Dios te pido
me digas cómo te llamas,
si penas entre las llamas
o vives aquí entre nos.

»¿Qué buscas por estos sitios
donde a los vivos espantas?
Si tienes talegas, ¿cuántas
me podras proporcionar?»

«Me llamo Perico Zurrez,
—dijo el fantasma en secreto—
fui en la tierra buen sujeto,
muy puto mientras viví.

»Ando ahora penando aquí
en busca de algún profano,
que con la fuerzaa del ano
me arremangue el mirasol.

»El favor que yo te pida
es un favor muy sencillo,
que me prestes el fundillo
tras del que ando tiempo ha.

»Las talegas que tú buscas
aquí las traigo colgando,
ya te las iré arrimando
a las puertas del fogón.»

Lleno de sorpresa quedó
el pobrecito trapero,
y echando al suelo el sombrero
el infeliz excalmó:

«Por la vida del Rey Clarión
y de la madre de Gestas
¿qué chingaderas son estas
que me suceden a mí?

»Yo no sé lo que me pasa,
pues ignoro con quién hablo:
este cabrón es el Diablo
o mi compadre José.

«Buena fortuna me hallé
en esta tierra de brutos,
donde los muertos son putos,
¿qué garantías tengo yo?

»Lo que me sucede a mí
es para perder el seso;
si los muertos piden cieso
los vivos ¿qué pedirán?

»Venir de lejanas tierras
a buscar aquí la vida,
y mi suerte maldecida
me depara un trance atroz.

»No tener yo más alhaja
que la alhaja del fundillo,
y me la pide este pillo
que dice que ya murió.

»Esto es cuanto puede verse
por las crestas del Demonio
¡si lo aflojas, Apolonio,
de aquí sin culo te vas!».

Así el trapero exclamó…
Muy pensativo y mohíno
del pueblo tomó el camino
y en sus calles se perdió.

Y es fama que cuando oye
que hablan del aparecido,
recelo y confundido,
se pone una mano atrás.

Moraleja:
Lector, si enalguna ocasión,
y por artes del Demonio
te vieras como Apolonio
en crítica situación.

Si tropiezas acaso
con alguna ánima en pena,
aunque te diga que es buena,
no te confíes jamás.

Y por vía de precaución
llévate como cristiano
la cruz bendita en la mano
y en el fundillo un tapón.

[Tradición Popular, tomada del libro de Juan José González Moreno, Zapotlán El Grande. Tres Breve Crónicas (2001)].

TECHALUTA DE MONTENEGRO

El Cerro del Campanario

El mencionado cerro se llama así, ya que asemeja una campana y está al lado norte de esta población, como a dos kilómetros, para ser exactos, al empezar la cuesta de la carretera libre en el entronque con la que va a Teocuitatlán de Corona.

Según lo antiguos moradores de Techaluta, es un cerro encantado, pues bajo él existe un pueblo también encantado, en el que están sus moradores en estado de piedra y año con año hace su aparición una puerta, por distintas partes del cerro, y se abre precisamente el sábado de gloria;, pero únicamente la han visto personas que no saben de la leyenda y les causa extrañeza encontrar intempestivamente una puerta abierta muy grande y dentro se ven figuras de mujeres, hombres, niños, animales y una pequeña capilla al fondo. Algunos se han animado a entrar para ver de cerca eso que les causa admiración, pero al irse introduciendo, la puerta empieza a cerrarse y como es lógico, dan marcha atrás, porque de seguro nunca han oído decir que donde hay algo «encantado» echando hacia adentro una rama, sombrero o lo que sea del exterior, el encanto se rompe y no vuelve a cerrarse la puerta.

De igual manera, aparecen y desaparecen cosas tales como una atarjea de agua muy cristalina y deliciosa, árboles frutales que en un rato o al día siguiente ya no están donde los vieron.

Para comprobar si era cierto lo que se decía de este cerro, un miércoles santo fuimos mi papá Hilario Ibáñez, y mis hermanas Lupe, Esperanza y Josefina. Llegamos a la conclusión de que sí hay un encanto. Lo primero que encontramos en la cima fue un tubo de un metro de alto con la punta de un

pararrayos el cual tratamos de mover y fue imposible. Después de andar caminando en círculo por el cerro, en un momento dado, sonó el tañido de una campana que según su sonido era muy enorme, pues cimbraba el piso y movía los árboles al igual que a nosotros. Así siguió sonando lentamente hasta que por fin, después de doce campanadas, todo dejó de moverse y por instinto volteamos a ver nuestros relojes que marcaban exactamente las doce del día. Al poco rato, se escuchaban voces que iban gritando y tarareando canciones, pero no se veía a nadie ni mucho menos llegó alguien hasta donde nos encontrábamos. Otro suceso curioso fue que una de mis hermanas, vio en una roca grande una firma extraña, que de inmediato copió en una libreta y al regresar se la mostró a mi mamá, que se sorprendió al reconocer la firma de su papá que habían asesinado en 1916.

Por lo ya expuesto, existe la certeza de que sí hay un pueblo encantado bajo ese cerro en el que sus moradores están en espera de que algún día lo desencanten para volver a la vida [Ma. Raquel Ibáñez Lara].

ZAPOTLÁN EL GRANDE

Las tipaneras

En tiempo de cosechas, a medio llano, se veían las polvaredas que dejaban las carretas tiradas hasta por cinco yuntas de bueyes, por lo copeteadas de mazorcas grandes y parejas como se daban en Zapotlán el Grande. Unas entraban por el rumbo de Huescalapa, otras por el de la laguna. Las de mi abuelo se juntaban con las de Hinojosa, las de Sánchez Aldana, las de Próspero Del Toro, las de Luis Preciado, las de Nacho Enríquez y las de Próspero Naranjo *El Gorra alta* en la Cruz Blanca, donde coincidían cuatro caminos que en época de lluvias formaban un enorme charco. Esos caminos conducían a la Tlachica, a Atequizayan, a los Mezquites y al pueblo que más adelante empezaba con sus casas, casi todas con sus fachadas iguales, con friso rejo de almagre y sus aleros. Por esa cruz pasaban los arrieros que venían de los bajos. En la base de un monumento depositaban muchas, pero muchas, piedras pequeñas que decían que no eran otra cosa que Padres Nuestros. Al pasar frente a ella rezaban para sacar una ánima del purgatorio.

A las carretas las acompañaban los dueños y los encargados de la cosecha. En la Cruz Blanca se reunían muchas mujeres a las que les decían las tipaneras. En cuanto veían que se aproximaba una carreta, salían a su encuentro ofreciéndole golosinas, y empezaba el regateo: «¿Cuánto las mazorcas, por una docena de sopes, o gordas de horno, esquite, pozole, tamales, ponche de granada, mezcal de tonaya, tepache, pulque y aguas frescas?» Aquello era ni más ni menos que una verdadera *jamaica*, que ahora le dicen *kermés*. Esta práctica de trueque desapareció cuando se vio que era más fácil madrugarle al patrón y cosechar por la noche [Juan José González Moreno].



ZONA SIERRA DE AMULA

EJUTLA

Doña Cenobia

Dicen que era muy bonita, blanca, muy blanca y azules sus ojos. Yo la recuerdo ya anciana, lento el andar, porte venerable con la fatiga de los años y la pobreza a cuestas. La caridad pueblerina la recibía en sus hogares y le proporcionaba los alimentos. Cenobia Nuñez nació en el rancho de El Recodo, del municipio de El Limón. Cuentan que de jovencita la mordió un perro del mal, pero la curaron en Autlán.

Se casó con Basilio y no sé como ni cuando pero se radicaron en Ejutla. También se dice que era muy coqueta, alegre, cantadora y muy perseguida por los hombres. Le tupían los galanteos e invitaciones de los caballeros. En las bodas de rancho resaltaba su lozanía, entusiasmo y buen humor. Ella misma contó tiempo después que le gustaba mucho bailar con Manuel Flores.

Basilio estaba preocupado y consultaba con el señor cura Amezcua:

—¿Qué hago, señor cura? Ella no es mala, pero su carácter alegre la expone mucho.

— Ten calma, ya llegará el tiempo y Dios te va a ayudar.

En cierta ocasión, un apuesto caballero, jinete en negro corcel, la invitó a un baile y ella aceptó de buen agrado y montó en ancas del azabache. El jinete arrancó raudo y veloz, parecía que volaba.

— Pero, ¿quién es éste, adónde me lleva?

Ya en las orillas del pueblo le notó ciertas deformaciones en los pies, como de gallo o de rana, y las manos como garras de esas brujas que pintan en los cuentos. Le notó también un resplandor en los ojos y en el rostro, como chorros de fuego.

— ¡Dios mío, no será el diablo! —y resbalándose por la grupa escapó.

Contaba ella haber tenido una visión: apareció un letrero en el firmamento que decía «Justicia de Dios», al mismo tiempo que estallaba un trueno en seco. Al día siguiente supo que a la hora del rayo había muerto una sobrina. ¿Se aplicaba la justicia de Dios en la sobrina? No lo supo, pero quedó como algo misterioso.

Trabajó un buen tiempo en la cocina del seminario y también cuidando a doña Refugio Alcocer cuando estuvo enferma.

— Buenas tardes Basilio —le saludó el señor cura—, es conveniente que tu mujer asista a los ejercicios espirituales.

— Ay, señor cura, a ella no le gusta eso, no quiere venir.

— Tú tráela como casualmente y ya verás.

La llevó su esposo como a un mandado y fingió llegar a saludar al párroco, que estaba en la puerta.

— Pásate, Cenobia, y te quedas a los ejercicios.

— ¿Y quien le da de comer a mi marido y a mí?, ¿y quién cuida la casa?

— Yo me encargo de todo, pásate —dijo su esposo.

La primera meditación fue muy impresionante, de esas que ponen a reflexionar y pensar a fondo.

— ¿Te fijaste, Cenobia, en la meditación? La dije por ti y para ti.

— Pues claro, ya lo comprendí.

Buscando la forma de escaparse, se paseaba por los corrillos de la tercera orden y por la cocina se asomó al arroyo —o al charco— de la Cuatalaca, y en vez de agua vio fuego, llamaradas altas que lamían los muros de la quinta.

— ¡Ay, señor cura, vi fuego en el arroyo!, me dio mucho miedo. ¿Qué sería eso?

— Son las llamas del infierno que te están esperando si sigues…

De ahí salió transformada.

— Mira, Basilio, me compras cinco centavos de anilina morada, la necesito.

Se hizo un cotón morado, fajado con un burdo cordel y lo usó por mucho tiempo, hasta que el padre Perotes la amonestó en confesión:

— Cenobia, ¿pos qué estás loca? Ya quítate ese jorongo ridículo. Tienes un marido y ya vístete como una mujer.

— Padre, es una manda.

— Yo te la dispenso.

Contaba ella misma que con frecuencia se le aparecían las ánimas y le daba mucho miedo. Trataba de espantarlas con palabrotas de arriero, pero siempre volvían.

Después de aquellos tremendos ejercicios y de la muerte de su marido, se dedicó a cuidar enfermos en una humilde casucha que le llamaban El Hospitalito, por la calle que va al barrio de la Cruz, junto a la casa de doña Juanita Larios. De hospital no tenía más que los enfermos. Después se cambió a una casita por la calle del Colegio, cerca del domicilio de don José Monroy. Para sus enfermos y para ella misma, solicitaba limosnas y ayuda en todo el pueblo.

Pasó sus últimos años totalmente dedicada a atender enfermos. Todo mundo la estimaba y la veía con cierta veneración, como a quien se sabe que tiene contacto con el más allá [Jesús Padilla Cuevas].

LOS GUAJOLOTES SILVESTRES

El fabuloso cazador viene bajando de la lomita de la cruz hacia el caserío de Ejutla. Morral al hombro, lento el paso, se acerca al poblado con el corazón trotando cual caballo matalote. Bajando viene por el caminejo tepetatoso por donde vivía don Pío Romero y su señora que vendía gorditas de maíz rellenas de conservilla; pasa por con don Chano Ruiz, la casita de Matías su hijo, el puentecito; siguió por el corrillo de la casa de San Miguel, de los Michel Flores hasta la tienda de don Jesús N. Uribe. Tomó asiento en una banca del jardín a la sombra del venerable mango donde martirizaron al señor. cura Rodrigo Aguilar. Pidió un raspado con Pedro *La Gila* y empezó a rumiar sus recuerdos.

Aunque era oriundo y vecino de un rancho cercano, muchos lo conocían en Ejutla y pronto llegaron algunos a saludarlo.

— ¿Qué pasa, amigo, porqué tan pico cáido? —le preguntó un ciudadano de la tierra de los aguacates.

— ¡Ay, amigo, algo de no creerse, casi ni yo lo creo. Mejor ni hablar de eso, nomás se van a burlar!

— Pero yo lo conozco y usted es un hombre serio, formal, cómo no le vamos a creer. Vamos, cuente, cuente.

— Tengo miedo que piensen que tuve pesadillas, que perdí un tornillo, que estoy loco o algo así.

Poco a poco ya se había reunido un buen grupo de curiosos, de los que ven pasar el tiempo sin prisa.

— Nada, nada, amigo, usted cuente. Ya sabemos que usted es gente seria y formal.

— Pues bien —empezó el relato—, les voy a contar lo que me pasó esta misma mañana, aunque tengo miedo que no me crean. Yo había oído decir que en los potreros de Los Añiles había unos guajolotes silvestres enormes, gigantes y, claro, me llegó la tentación de ir a ver qué tan cierto era ese cuento. Invité a varios amigos, pero ninguno quiso acompañarme; se burlaron de mí: «estás loco, de veras que eres créido, cuáles guajolotes, eso ni en sueños».

¡Bueno, y para qué quiero amigos, yo iré solo, que caray! Tomé una cobija negra de Tapalpa, una daga que le compré a Isidro Ruiz, una soguilla, un bule de agua, un morral con maíz y mi chispa, ¡ah, cómo se me iba a olvidar mi chispa de una onza!.

Era una mañana limpia, clara, un vientecito fresco arreaba manadas de nubes perezosas... ¡Ah, qué hermoso día! Y a esperar... ¡Ah, qué enfadoso es esperar! Hormigas, mosquitos, zancudos, zopilotes y desesperación. Ya me andaba rajando, a poco de veras era puro cuento. Estos canijos guajolotes no se ven por ningún lado.

Después de una desesperante espera divisé una nubecilla negrusca por el lado de la vieja mina de San Pedro. Pero… si no es tiempo de lluvias ¿Qué será? Venía de prisa. Cuervos, zopilotes, tordos. Ándale que voy descubriendo que eran guajolotes, pues desde lejos alcancé a distinguir el gorgoreo muy clarito.

Tomé la escopeta, me afortiné detrás de unas piedras, regué maíz por ahí y me puse listo.

— ¿Y como cuántos eran, oiga?

— Diez, veinte, la verdad no sé, pero eran muchos. Yo me aloqué, me puse nervioso, no hallaba qué hacer…

Le apunté a uno gordo, chanito, a cual le tiré, Dios mío. Me brotó otro muy cerca, cocoreando y picando maíz; gordo, pero de veras gordo y grande.

Este sí, le disparé casi a boca de jarro. La parvada se asustó y emprendió el vuelo. El animal herido brincoteaba como pollo descabezado y resoplaba como fragua. Corrí y lo agarré del pescuezo; le eché la soga con nudo de caballo para no ahorcarlo, pero el muy indino forcejeaba correteando y jaloneando. Yo le iba soltando cuerda porque quería traérmelo vivo y hacer cría.

Los espectadores escuchaban embobados entre dudas, risas y exclamaciones.

— Y, como les iba diciendo, el animalón aquel corría tatarateando y me arrastraba. Yo me apalancaba con los pies pero ni así logré detenerlo y luego, ¡ah, ya sé que no me van a creer!, el desgraciado se empezó a elevar y, cuando menos acordé, ya iba yo también en el aire. ¡Jijo, ahora qué voy a hacer! Lleno de miedo, no quería ni abrir los ojos…

Me aseguré la soga a la cintura, apreté las manos y… a volar. Pensé soltarme y buscaba un sitio donde no me golpeara, pero ya iba muy alto. Ah jijos, ya dejamos los cerros de Los Añiles, vamos enfilando a Ejutla, ya veo la cuesta de Unión de Tula, el Agua Buena, donde iban a lavar las señoras hace años, más acá veo las parotas gordas, el molino de don Rafael Michel, el Nacimiento, el Alquizar, la Compuerta; por acá el Camposanto, las tres lomitas, la parroquia, la tercera orden, la Cuatalaca, la plaza, el seminario, la casona de don Mateo Michel, el puente, la tienda de don Donato Díaz, la calle real donde tenía su botica don Pancho Padilla, el mesón, el puentecito, el Colegio, allá arriba la capillita.

— ¡Ah, pero este indino animal hasta dónde me irá a llevar!

Yo ya venía muy cansado cuando divisé La Cieneguita, el ranchito de la Rueda, el arroyo lleno de urracas copetonas, el cerro del Huizilicate, el arroyo del Texcal. No, no es posible, este desgraciado me va a soltar en Ayuquila, donde hay muy buenos camotes. Pero no me voy a dejar. Antes de trastumbar los riscos del Narigón, le di un fuerte tirón hacia la izquierda como a los caballos y echó una fuerte garraspeada, pero enfiló como hacia la Casa de Piedra. Le seguí jalando y pasamos sobre la cofradía, el ranchito de Toño Sedano, el molino de dDon Chon Díaz y el de don Leno.

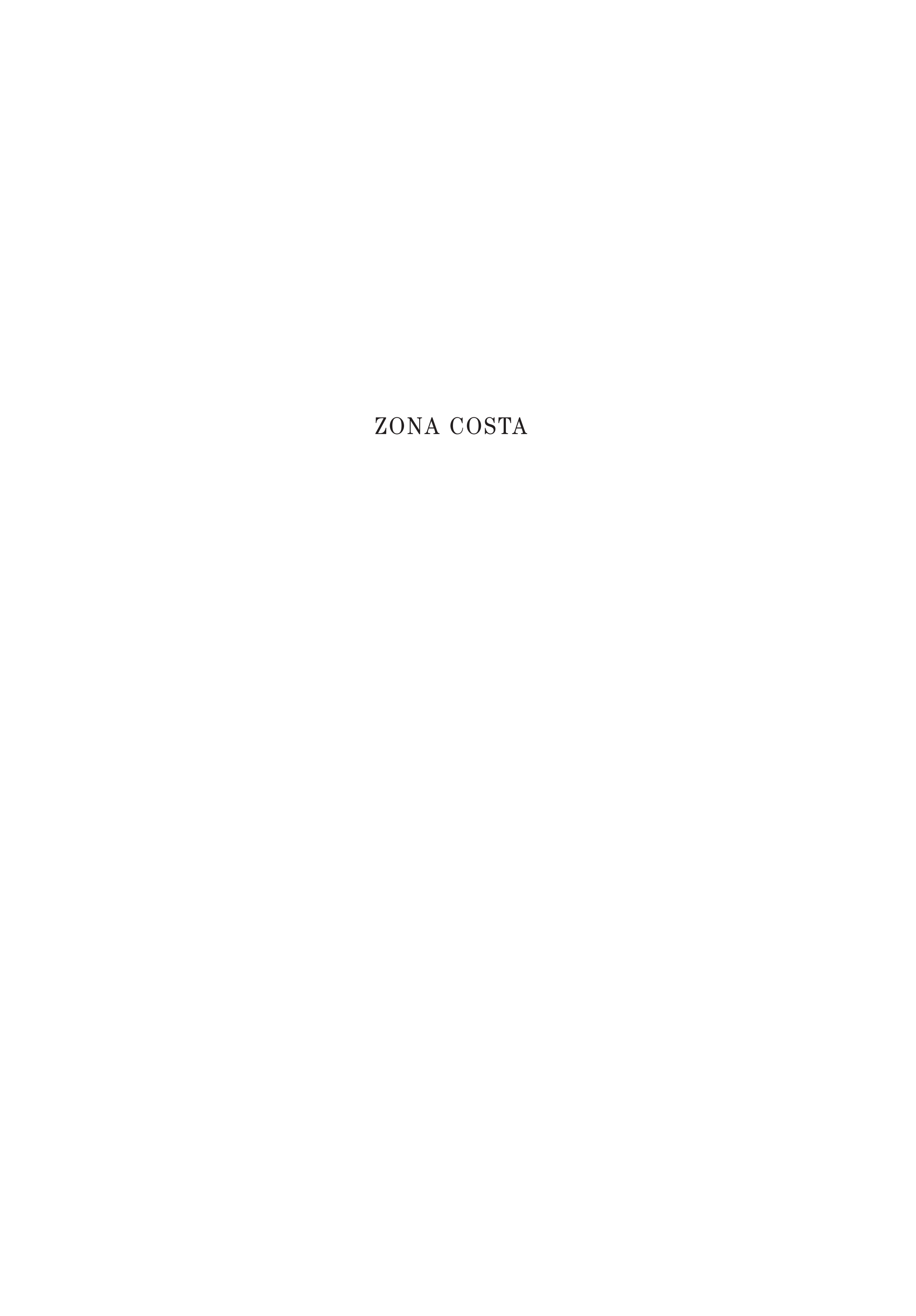
Noté que mi avión se iba cansando y perdiendo altura: aparecieron las primeras casas de Ejutla por el barrio de la Cruz. Me puse listo y al pasar por

la lomita de la Cruz me solté. Di el costalazo entre ocotes, tepames; me raspé la rabadilla y las piernas, miren. Quedé todo atarantado en el zacate y el limoncillo. El guajolotón cantó solemnísimo «gordo, gordo, gordo», y enfiló hacia el norte. Tirado, atolondrado, creía que todavía estaba volando hasta que oí la campana mayor de la parroquia. Desperté como de una pesadilla, de un ensueño o brujería.

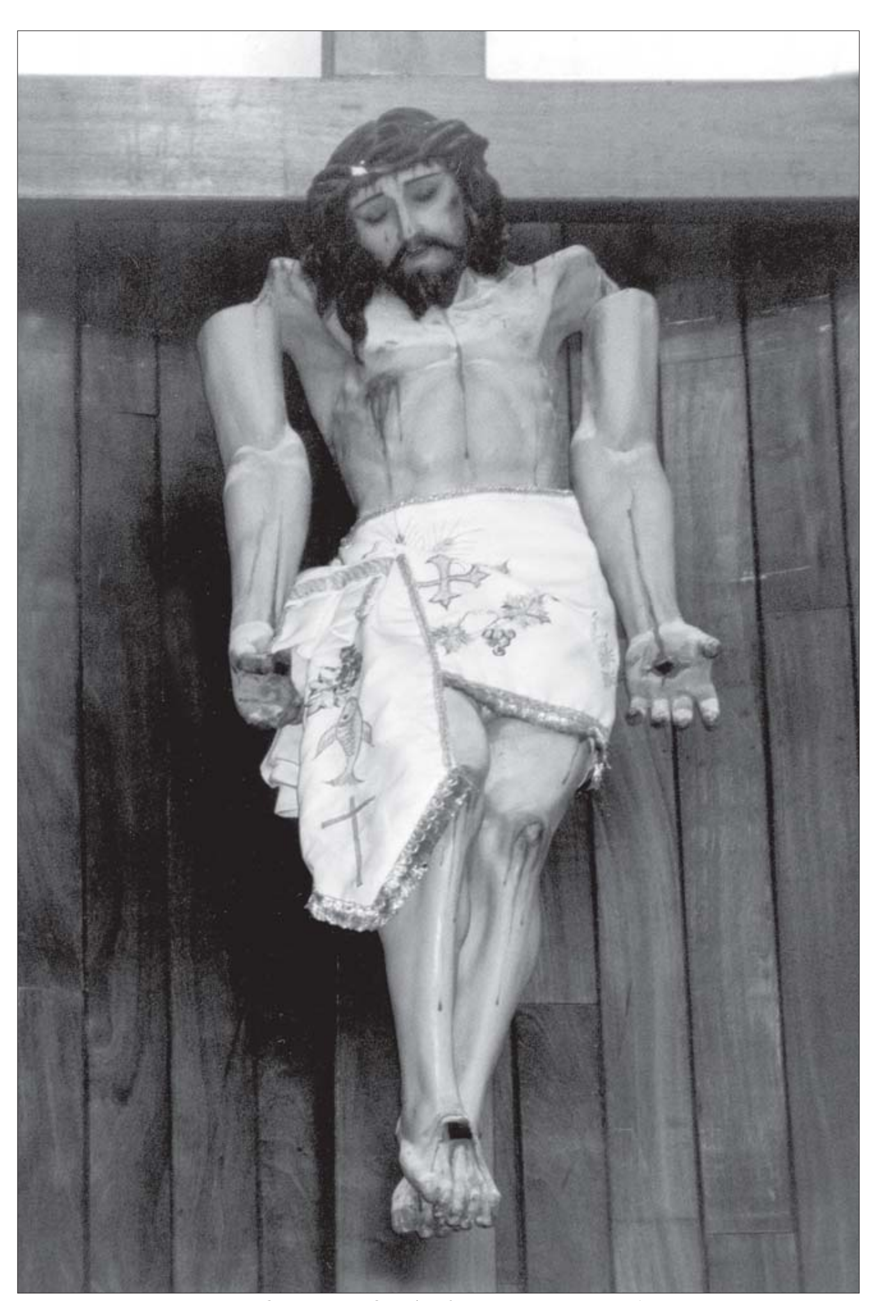
Se terminó su nieve raspada, se despidió cortésmente…

— Más vale irme, aquí nomás se van a reir de mí y ni me van a creer, pero así fue.

Las risas se mantenían agazapadas, pero se aguantaron por respeto a aquel juglar pueblerino. El cazador, por el camino de El Paso, Los Naranjos… repetía de tarde en tarde: «así fue, así fue, yo sé que no me van a creer, pero así fue», mientras que en los potreros de Los Añiles los guajolotes silvestres gorgoreaban muy a su placer [Jesús Padilla Cuevas].



ZONA COSTA



El Cristo del Ciclón (Barra de Navidad)

AUTLÁN DE NAVARRO

Romualdo

Romualdo era todo un personaje en Autlán. De edad avanzada, pero según él, muy joven y «conquistador» por excelencia. Lucía un saco a rayas viejo y carcomido, pantalones bombachos, botines rojos y un gran corbatón; además, sombrero con grandes agujeros y de tiempo en tiempo una flor marchita en la solapa izquierda de su raído saco. Así marchaba por las calles del pueblo, haciendo las delicias de los lugareños; sobre todo de la chiquillería, quienes lo seguíamos a pesar de parecernos harapiento, andrajoso y, como si fuera poco, casi sordomudo y rengo. Romualdo se consideraba mago y actor, por añadidura; ejecutaba diversos trucos, la mayoría de ellos a base de señas y uno que otro gruñido.

«¡Toca la campana Romualdo, tócala!», gritábamos en ocasiones. Entre que oía o no, Romualdo se quitaba el sombrero, le daba vueltas con las manos, se lo cambiaba de un brazo al otro, después se lo pasaba entre las piernas y por fin, se lo volvía a colocar sobre la cabeza. «Ahora canta una canción Romualdo, ¡ándale, échate una!», insistíamos. El pobre hombre hacía como que cantaba, pero sólo gruñidos salían de su garganta; lo que provocaba las risas e hilaridad entre su público. Ya emocionados volvíamos a gritar: «¡Ahora baila Romualdo, sí, báilate un zapateado!». Y el hombre renco trataba de bailar, luciendo grotesco. Aún así, el hombre gozaba, ¡sintiéndose el centro de atención de todos!

Al final del espectáculo, le dábamos lo que podíamos. Romualdo aceptaba y agradecía todo de buena gana, despojándose del sombrero roto, sucio y con malos olores, y seguía su camino por las calles autlenses, brindando su «arte».

Siempre me quedó la duda si Romualdo estaba bien o mal de sus facultades mentales, y me intrigaba el lugar donde vivía. Siempre que preguntaba, nadie sabía nada de él. Quizás sólo porque no interesaba. Aún así, le guardábamos cariño, por años y años. Cuando visitaba los distintos hogares del pueblo, las amas de casa de inmediato le obsequiaban con lo que podían y él trataba a toda costa de ganarse la simpatía de la gente, agradeciendo de distintas formas las muchas donaciones, ya fuese con reverencias, descubriéndose la cabeza y saludando o simplemente con una amable sonrisa y gruñido. El hombre se fue envejeciendo y su energía locuaz y brillante se tornó en cansancio, tristeza y melancolía. Alguna vez recuerdo haberlo observado cansado y triste en alguna de las bancas del jardín principal del pueblo, derramando una que otra lágrima. Con el correr del tiempo, Romualdo desapareció y con él se fueron muchas cosas; pero no el cariño que sentíamos, ha perdurado hasta la fecha [Juan Ramón Rodríguez Castañeda].

María Pellejos

Parecía que en realidad estaba loca de remate, ya que era muy agresiva y cuando algo pedía había que dárselo o existía la posibilidad de un garrotazo bien dado, o por lo menos una buena mentada de madre u otro recordatorio a nuestra parentela. Si algo se le daba y no quedaba satisfecha, simplemente decía: «dame más o te chingo». Como los vecinos ya la conocían procuraban siempre dejarla satisfecha, para evitar por lo menos injurias u ofensas.

Era un verdadero espectáculo observar a «María Pellejos»; vieja, pero muy fuerte, siempre con un palo en una de sus manos; con el cabello canoso largo y alborotado; enaguas muy anchas que siempre le arrastraban hasta el suelo; además de un suéter gris y grasiento que le daban el aspecto de un ser de ultratumba. Cargaba en una sábana sucia todo lo que los vecinos le daban, la que se echaba sobre sus fuertes hombros con todas las diferentes donaciones. De vez en cuando se sentaba sobre las banquetas del pueblo y veía lo que había recolectado, hablando sola, riéndose de sí misma o dejando escapar palabrotas. Si algún parroquiano se encontraba comiendo y llegaba «María Pellejos», algunas veces esta última le decía: «dame de lo que estás comiendo». Si ya la conocían, de inmediato le daban lo que pedía para evitar lo que ya hemos mencionado. La chiquillería al verla y conocer de su agresi-

vidad, le hacíamos bromas para provocarla y escapar, aunque algunos de la palomilla recibieron uno que otro no muy grato «recuerdo» de «María Pellejos», no quedándoles más ganas de gritarle barbaridades.

«María Pellejos» sigue su peregrinar por las calles del pueblo en busca de la vida, en la búsqueda también de ese algo que todos sin excepción buscamos hasta el límite de nuestras fuerzas. Nadie hasta la fecha ha podido descifrar el misterio y la incógnita de «María Pellejos»; cómo llegó, cómo se fue, pero hay quien dice que por las noches o en el alba, muy de madrugada, ha escuchado su voz, «o me das de lo que comes, o te chingo» [Juan Ramón Rodríguez Castañeda].

TENACATITA
(LA HUERTA)

La curva del diablo

Aquí por el Estero acudía un señor del pueblo de apellido Barbosa. Él ya murió. Sucede que este señor diario salía a pescar solo. Un día, de repente, cerca de los Angeles Locos, Tenacatita, allí, decía que le salía el diablo. Salía del estero, en la orilla, y el hombre salía siempre con este cuento, además que allí había tesoros. Y ándele que ahorita, a la fecha, pues todavía se llama el lugar donde él veía el diablo «*La vuelta del diablo*», cerca de los Angeles Locos, allí donde da la curva más ancha.

Este lugar era bueno para la pesca, y para que no se le parara allí la gente, creo que este individuo inventó lo de *La vuelta del diablo*.

– Y, ¿dónde te salió el diablo?

– Pues aquí, a la vuelta.

¡Y nunca nadie vio al diablo más que él! [Catalino Alvarado, pescador].

BARRA DE NAVIDAD

La Cruz del Astillero

El astillero que había en Barra era un lugar donde construían barcos. Allí construyeron los barcos que fueron a Filipinas. Entonces, los carpinteros que trabajaban allí en el astillero tenían una cruz en un cerrito de Barra. Barra tenía astilleros y tenía marinos y de todo aquí. Una vez asaltó el pueblecito un pirata inglés; se apellidaba Cabendisch y éste, después de que arrasó el pueblo, lo quemó. Eran casas de madera, palapas y todo eso y ardió todo, menos la cruz. Se la hallaron ya que apagaron y la cruz en el suelo no había ardido, aunque cayó en medio de las llamas.

Entonces, ya de allí la tomaron por cruz milagrosa. Se la llevaron a Cihuatlán, mientras reconstruían el pueblo. El patrono religioso de Cihuatlán sigue siendo hasta ahora santa Cruz, pero no tienen cruz. Allí estuvo algún tiempo, pero luego un fulano apellidado Chavarín se la llevó al pueblito que todavía hoy se llama Chavarín, al otro lado del río, eso ya es del municipio de Manzanillo, Colima; pero como ese señor Chavarín era de Autlán, se la llevó para allá. Está en un templo, la tienen enmascarada, detrás de otra cruz. La verdadera Cruz del Astillero está viejísima, toda astillada y podrida.

Al irle puliendo para darle forma al barco, queda el astillero allí. Es la cruz del astillero que está en Autlán y le hacen sus «pachangas» aquí.

Ese pirata Cabendisch fue como Drake en el Atlántico. Entre los dos armaron sus mitotes. Pero Cabendisch desde Sonora hasta Panamá. Esa es la Cruz del Astillero [Dr. Daniel Ruíz Villalobos].

EL CRISTO DEL CICLÓN

Para amanecer del día 1º de septiembre de 1971, el ciclón Lily azotaba con furia a Barra de Navidad y poblaciones circunvecinas. Los brazos del crucifijo de la iglesia como en forma milagrosa se desprendieron de la cruz sin caer al suelo.

«Y cuando el huracán Lilly desencadenado azotaba con toda su furia a Barra de Navidad, el Cristo bajó los brazos»…

Una frase que se repetirá en el tiempo y se volverá casi legendaria, aunque la historia queda patente en el crucifijo, nació entre los lugareños que vivieron el fragor de los estragos ciclónicos. Está en la capilla de San Antonio de Barra, poblado que jura que «volvió a nacer» y que atribuye a ese suceso milagrosas consecuencias. El templo, de recia estructura, no dejó colar ni el viento, pero el Cristo parece haber contestado así al grito creyente: «Señor sálvanos que perecemos». Lo más sorprendente es que la imagen, de pasta, no sufrió golpes, ni humedad y los brazos, como colgajos de misericordia, parecen retenidos por un prodigio. Actualmente se venera en la ahora Parroquia de San Antonio de Barra de Navidad, Jalisco [Diócesis de Autlán].

PUERTO VALLARTA

El antiguo Puerto Las Peñas

Puerto Vallarta, el antiguo Puerto Las Peñas, se halla en los márgenes del río Cuale, a 392.5 kms. de Guadalajara.

En 1520, Francisco Cortés de San Buenaventura, de regreso a Colima después de haber incursionado por Xalisco, entró a un espacioso valle en donde salieron a su paso innumerables indígenas, que al final de cuentas lo proveyeron de aves, maíz y pescado. Desde entonces se llamó a la región Valle de Banderas. Según la tradición, en la segunda mitad del siglo XVI, desembarcaron los bucaneros ingleses Francis Chambers y Francis Drake en el lugar conocido actualmente por Los Arcos. Era allí un escondite natural.

En donde ahora se levanta la ciudad, a mediados del siglo XIX, era el punto de desembarco de una lancha tripulada por J. Guadalupe Sánchez Torres, originario de Cihuatlán, que procedente de las Islas Marías transportaba sal para el beneficio de las minas de El Real de Cuale, en el distrito minero de Mascota. De allí la llevaban en atajos de mulas a su destino.

En el predicho lugar de desembarco, auxiliado por varios trabajadores, levantó Sánchez Torres primitivamente un cobertizo con cuatro troncos y techo de palapa para guarecerse de las inclemencias del tiempo. Ese era su hogar, siendo el lugar paso obligado de los arrieros que llevaban carga al fundo minero de Cuale.

En noviembre de 1851, se embarcó en el lanchón con el fin de traer de Cihuatlán a su familia. Regresó en la madrugada del 12 de diciembre del mismo año con su madre Margarita Torres, su esposa Ambrosia Carrillo y sus hermanos Isidro, Maximino, Bibiano y Catalina.

Tan luego como llegaron, se dieron a la tarea de construir casas de adobe con techumbre de madera y palapa. Al concluir la faena, Margarita envió a sus tres hijos a traer esposa. Se embarcaron de noche y al cabo de 2 meses de ausencia, regresó Maximino con la compañera anhelada, retornando poco tiempo después los otros hermanos con sus cónyuges.

La fundación recibió el nombre de Las Peñas, en virtud de los enormes peñascos que se yerguen cerca del límite del mar. La Playa de los Muertos era un paraje solitario en donde los contrabandistas de oro y plata desembarcaban para llevarse las barras de los preciados metales. Por entonces, al hallarse la tripulación de unos barcos entregada a la ilícita faena, fueron sorprendidos por un grupo de aborígenes salvajes quienes les dieron muerte a machetazos. Dejaron sus cuerpos insepultos, teniendo que inhumarlos los arrieros.

Alrededor de las nuevas casas, fueron construídas otras más para los trabajadores de la sal que fueron llegando con sus familias. Así el rancho de Las Peñas de Santa María de Guadalupe, la denominación que originalmente también tomó en honor del nombre de su fundador y por el día en que arribó con los suyos, continuaba creciendo.

Al nacer el pequeño núcleo de población, comenzaron a atrancar allí cada doce días barcos medianos cargados de sal. El contrabando de metales proseguía. Las embarcaciones de mediano calado continuaban llegando a fin de recoger en la Playa de los Muertos el valioso cargamento.

Un día corrió el rumor de que los indígenas salvajes atacarían. Los moradores de Las Peñas se prepararon a repeler la posible acometida aborigen con palos, machetes, carabinas y hachas.

El 3 de mayo de 1862 fue una fecha funesta. Ancló un barco y como de costumbre, los marineros se dirigieron a la antedicha playa a fin de recoger la preciada carga. Cuando regresaban, se escuchó en Las Peñas un tiro de pistola. Sánchez Torres, al oír la detonación, encabezó a un grupo de lugareños, quienes prestos se dirigieron a La Playa de los Muertos. Encontraron once cadáveres desnudos y a un aborigen muerto con sus ropas, el que había recibido el impacto del único proyectil que los marineros habían tenido tiempo de disparar al verse sorprendidos por los naturales.

Con la premura que el caso requería, Guadalupe y sus acompañantes

se internaron en la selva, logrando matar a algunos y detener a seis. Uno de éstos fue ahorcado, quedando su cuerpo colgando por algunos días como escarmiento.

En los anales del poblado se consigna también la llegada de 57 personas que se radicaron en el lugar el 6 de julio de 1862.

Manuel Lozada, el famoso «*Tigre de Alica*», merodeó por esos rumbos. Reforzada su guerrilla con aborígenes bárbaros, comenzó a amagar al poblado. Al tener conocimiento los lugareños de esta nueva amenaza, se aprestaron a defenderse. En grupos, se distribuyeron en la selva, conviniendo de antemano que si alguno de ellos era atacado, se tocaría un cuerno para que los demás acudieran en su auxilio. Después de cinco días de sobresaltos, Lozada fue atacado por sorpresa el 4 de enero de 1867. Se vio precisado a huir, dejando el campo cubierto de cadáveres de quienes lo seguían.

Desde entonces, Lozada se convirtió en una terrible y constante pesadilla para el hasta hacía pocos días tranquilo puerto. Las familias, atemorizadas, se refugiaban en Boca de Tomates; pero poco a poco fue ahuyentado de su guarida, el Cerro del Cabro, en donde dejó enterradas grandes cantidades de barras de oro y plata.

La prosperidad del puerto era incontenible. El 10 de mayo de 1880 fueron descubiertos ricos bancos de perlas en Las Viudas y Punta de Mita. Unos japoneses, provistos de escafandras, arribaron para trabajar en firme los valiosos bancos.

El 15 de abril de 1883, el P. Sabino Viruete, en medio de la falda del cerro, colocó la primera piedra del templo que ahora es la parroquia. El 14 de julio de 1885 fue otra fecha memorable para el joven poblado. Se abrió el tráfico marítimo como puerto de cabotaje y se le dio el nombre de Puerto Peñas.

La piratería, por lo demás, siguió cometiendo impunes depredaciones. El 18 de octubre de 1885, en dirección de Punta de Mita, el barco Huelas que transportaba mercancía a Las Peñas, fue asaltado y hundido por los corsarios.

El 11 de enero de 1891, unos rapazuelos que jugueteaban en la playa divisaron que por el lado de Los Bules se acercaban en tropel un grupo de hombres. Dieron al momento la voz de alarma. Los lugareños, mientras ordenaban que las mujeres y los niños se refugiaran en las casas, salieron al en-

cuentro de los desconocidos, armados con palos, machetes, carabinas y hachas.

Los momentos fueron dramáticos. Al estar frente a frente, comenzaría la lucha que nadie deseaba. Finalmente, y en el momento que los de la extraña caravana introducían la diestra bajo el largo sarape que llevaban puesto, dos de ellos cayeron heridos ante los certeros disparos que les hicieron los de casa. Pero los recién llegados, en lugar de contestar el fuego, sacaron flautas y chirimías y comenzaron a tocar los instrumentos a la par que avanzaban. Los del puerto, confundidos, les dejaron vía libre y después de media hora de usar aquellos raros instrumentos de los que brotaban melodías rítmicas y monótonas, comenzaron a danzar golpeando fuertemente el suelo y a hacer inclinaciones de cabeza con todo y el cuerpo, a guisa de saludo.

Los danzantes eran aborígenes montaraces. Para entonces, los moradores de Las Peñas los rodeaban y les dejaban libre el espacio necesario para su baile inacabable. Como no diesen trazas de terminar nunca, Sánchez Torres se decidió a hablar. Los bailarines se quedaron inmóviles. Uno de ellos se adelantó, y en no muy buen castellano pidió hospitalidad para él y sus acompañantes, 76 en total.

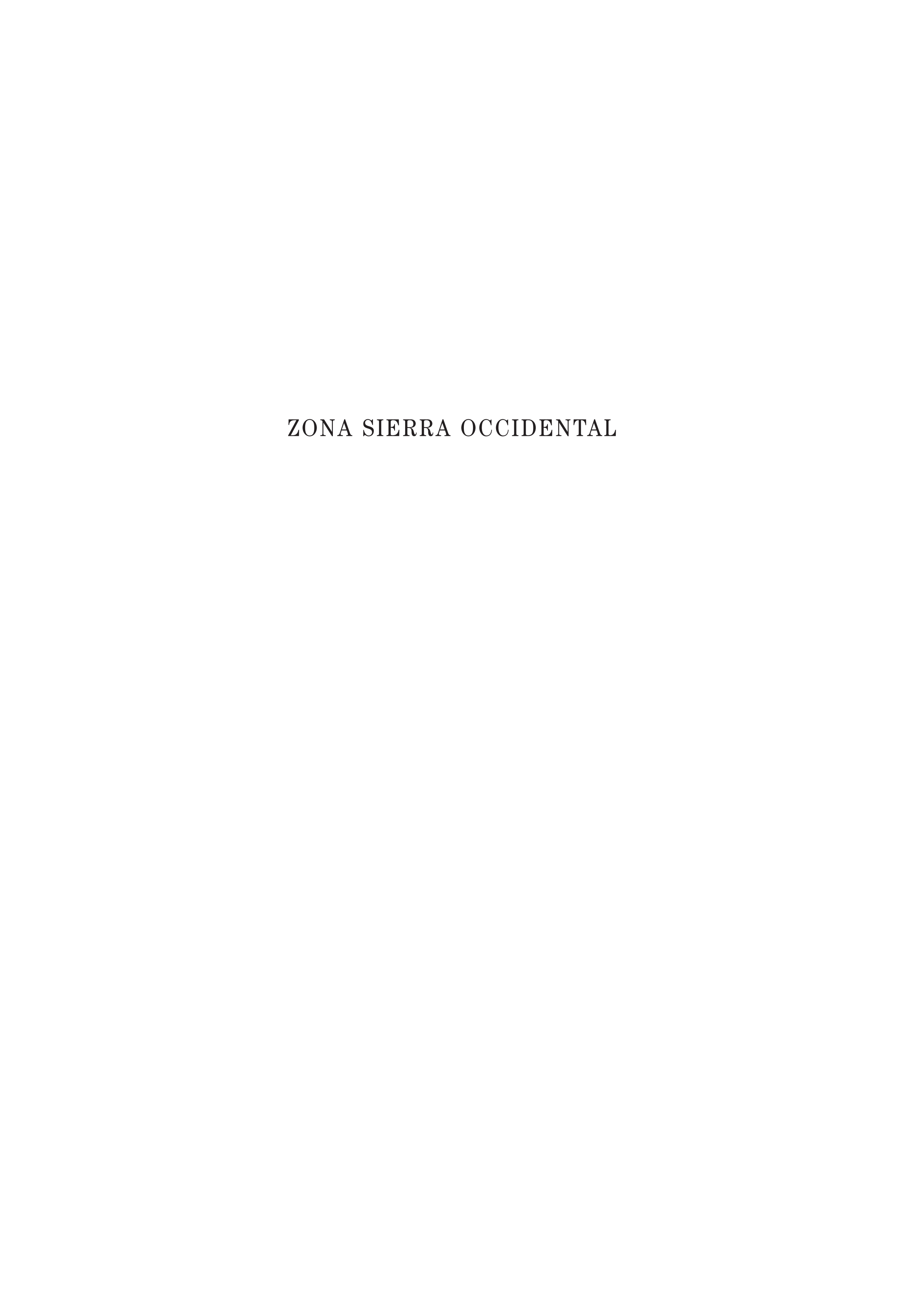
Los lugareños los acogieron. Les señalaron el lugar en donde debían de construir sus casas y los aborígenes levantaron chozas de poca altura y con puertas tan pequeñas que tenían que inclinarse para entrar. Vigilados estrechamente por algún tiempo, al paso de los días, las semanas y los meses desapareció todo recelo y desconfianza para ellos, cuando los de casa se percataron que eran hombres de paz.

En memoria del insigne jurisconsulto Ignacio Vallarta, se le dio el nombre de Puerto Vallarta. El 10 de mayo de 1924, por motivos de la revuelta huertista, se le declaró Puerto de Cabotaje. Esto ocasionó hondo pesar en el fundador del poblado. Se recluyó en su casa en la que murió el 13 de mayo de 1924.

En la tarde del 12 de mayo de 1931, apareció por vez primera en El Púlpito un raro fenómeno. Una enorme nube blanca y luminosa fue adquiriendo de pronto la extraordinaria figura de un gigantesco hombre. Los lugareños rápidamente se hicieron a la mar en canoas; mas a la par que se acercaban, la rara visión se esfumaba. Según el decir de los lugareños, el extraño

fenómeno no ha vuelto a repetirse desde entonces en el mismo lugar, y aseguran que es J. Guadalupe Sánchez Torres que vela por su pueblo.

La imagen de la Guadalupana que se halla en el retablo de mármol del altar mayor la pintó Ignacio Ramírez, en Guadalajara, tocada a la original el 12 de octubre de 1945 [Roberto Franco Fernández].



ZONA SIERRA OCCIDENTAL

ATENGUILLO

El monstruo del río

Se cuenta que en el río se inicia una cueva que se prolonga hasta el piso de la capilla y tiene comunicación al charco de Las Pilas, y que dicha cueva sirve de guarida a un mounstruo tenebroso, en forma parecida a una serpiente de tamaño descomunal.

Muchos son los que dicen que cuando se está celebrando misa, al sonar las campanitas de la consagración, el piso se estremece de manera alarmante, acompañado de ruidos extraños, volviendo a la quietud pasando este momento solemne de la celebración.

Algunos de los bañistas que acuden al charco de Las Pilas a tomar un refrescante baño, lo han visto aparecer, emergiendo de las aguas, y pasados unos segundos desaparece, causando pánico entre los presentes, que asombrados se preguntan, ¿qué fue?

Esta leyenda pertenece a la Hacienda de Ahuacatepec, comunidad del municipio de Atenguillo [María Eva Topete Chávez].

El burrión en la coronilla

Nos platicaba mi padre, dice Manuelito Dueñas, que una vez iba «tío Burrión» por la sierra rumbo a La Navidad. En un paraje llamado La Coronilla se le hizo de noche y se detuvo a dormir bajo los robles. Era tanto su cansancio que se apresuró a desensillar su macho y colocar unos costales en el piso a manera de cama. Se tiró en ellos y a los pocos minutos s e quedó profundamente dormido. Despertando hasta la madrugada, de inmediato ensilló su bestia, cargó sus cosas y continuó su viaje. Como estaba tan obscuro no se

percató de que en lo que iba montado era un enorme coyote, el que mientras él dormía se acercó a su refugio y de un solo bocado hizo desaparecer a su macho.

Al fijarse muy presto bajó y de un machetazo le dividió la cabeza en dos partes, viendo con sorpresa las orejas de su montura, las que jaló fuerte y poco a poco fue saliendo del feróz animal su macho. Le dio unas palmadas en el anca a manera de caricia para tranquilizarlo por el susto llevado; le colocó la silla y montó. Continuó su viaje, el que realizó sin otro incidente.

Al llegar a su destino platicó a todos lo sucedido sin que nadie le creyera, pero al correr la noticia todos se le acercaban a que les contara, y él cada vez le agregaba más detalles, teniendo a todos en suspenso con lo que escuchaban.

En poco tiempo era ya muy conocido este caso por toda la región de Atenguillo, pasó de familia en familia, de tiempo en tiempo. El tío se consideraba un personaje de la mitología. Hoy es conocido como «El Burrión en La Coronilla» [María Eva Topete Chávez].

LA HACIENDA ENCANTADA DE PATOLPA

En los terrenos que hoy se localizan dentro del triángulo que forman las comunidades de San José de los Andrade, Volcanes y Santa Bárbara, existió la Hacienda de Patolpa, la que en los libros de registro de Guachinango en junio 15 de 1773, aparece como Hacienda de los Estrada, situada a nueve leguas de Guachinango, en la que habitaban 30 personas; su nombre es tomado de unas cebollas silvestres que proliferan en esos lugares y que son muy sabrosas. Ni el abuelo Francisco, ni los más viejos del rancho recordaban ya el nombre o los nombres de los últimos propietarios de dicha hacienda, sólo sabían que era extensa y muy rica. En los cerros cercanos abundaba el ganado bovino y caballar; los terrenos de sembradío nunca estaban ociosos, los que no eran sembrados de maíz en época de lluvias, pasado el temporal, se sembraban de trigo o garbanzo; el dueño de dicho emporio se ufanaba de que podía rentar a las rancherías cercanas cuantas yuntas de bueyes quisieran o, en su defecto, podía vender buenas puntas de ganado vacuno de color que el comprador quisiera. De la casa grande de la hacienda que a su vez estaba rodeada de las humildes cabañas de peones, medieros, vaqueros y gañanes, el lujo era insul-

tante; la vajilla era de oro y plata;, había ricas alfombras y ostentosas cortinas de terciopelo; y, aunque al parecer el propietario era solo, sin esposa e hijos, por lo menos en aquel lugar, se cocinaban muchas viandas que sólo el patrón, su ama de llaves y escasos criados comían, aunque pareciese que hubiera invitados o se estuviera de fiesta y que después, en vez de repartirlas a sus peones o medieros, mandaba y se cercioraba de que se dieran a los cerdos que tenía en sus zahúrdas. A regañadientes había aceptado que cerca de la hacienda se construyera una capilla en la que se veneraba a un cristo grande y patético.

Se decía que el señor hacendado era «masón», calificativo muy socorrido para denominar a cualquier ateo en aquellos lugares, aunque no comprendían la diferencia que hay entre masones y ateos. Pero también se afirmaba que si había aceptado que se hiciera la capilla era porque nada tonto, sabía que de negarse se quedaría sin trabajadores, dada la religiosidad de los habitantes de la región. Se decía que en su recámara, muy cerca de su cama, rodeado de carabinas 30-30 y rifles del siete, que pendían de las paredes, junto con sables y machetes, estaba el zurrón de un novillo o toro, relleno en vez de aserrín u otro material usado por los taxidermistas, con alazanas de oro, centenarios, pesos duros y hasta joyas.

Este señor vivía en pugna con el sacerdote que desde Volcanes iba cada domingo a oficiar misa o en semana santa, que era la fiesta más celebrada en Patolpa. Su pugna era porque el sacerdote, sin darse punto de reposo, lo abrumaba con exhortaciones a que entrara al buen camino que la Santa Madre Iglesia Católica y Apostólica, única directriz segura, le ayudaría a encontrar; pero el hombre era reacio a dejarse convencer y acompañaba sus negativas a convertirse con una serie de maldiciones, epítetos, insultos y amenazas, más larga que la cuaresma. Total, era un comecuras recalcitrante e irreductible; pero el cura era de los que teniendo a alguien en la mira lo acosan, lo cercan, le busca el lado flaco para hacerlo entrar al redil; y si hemos de citar otra vez frases del tío Willy, añadiremos: «para hacerlos a la rienda, ¡qué caray!.»

¿Cuántos días pasaron con su pugna, uno insistiendo y el otro negándose y aumentando sus insultos? Nadie supo decirlo; lo cierto es que según contaban los «antiguos», entre más luchaba el sacerdote para salvar aquella

alma de las garras del demonio, el hacendado iba creciendo en rencores, en ofensas y en odios. Y así se aproximaba una semana santa más y el cura y los vecinos, no sólo los de Patolpa, sino los de Los Volcanes y de San José de los Andrade y otras comunidades, trataron de hacer que los festejos y actos religiosos, más que solemnes, resultaran lúcidos como nunca; y así anduvieron solicitando por los poblados un óbolo generoso para tener suficiente como para lograr su objetivo; sólo que nadie de los naturales se atrevía a ir a pedir ayuda a aquel hacendado, sabedores de su furibundo carácter y su boca que escupía alimañas al hablar.

Pero el cura, sin desmayar, confiado en la ayuda de Dios, quien no podría negársela, mucho menos por ser su ministro en la tierra, dijo que él tomaría al toro por los cuernos y le pediría su óbolo, esperando que fuera el más abundante de todos. Y contaba el abuelo Francisco que una noche sin luna, el cura llegó a la casa grande de Patolpa, se santiguó devotamente y cogiendo un aldabón que tenía la figura de la cabeza de un león, dio tres fuertes golpes cuyos ecos fueron resonando por corredores y piezas semivacías, lúgubre y largamente; buen rato después se escuchó el arrastrar de chanclas y por la cerradura de la puerta, el cura, que atisbaba por ella, vio una vacilante luz que se acercaba.

Los pasos se detuvieron a la puerta y una voz cascada, chirriante, de una vieja decrépita, preguntó:

— ¿Quién es?

Y el cura, por toda respuesta, dijo:

— ¡Ave María Purísima!

Entonces, la vieja terminó la oración:

— ¡Sin pecado concebida!

Con ello supo que el visitante no podía ser otro que el cura y con un horrísono chirrido las puertas fueron abiertas por la anciana que intrigada preguntó:

— ¿Qué güenos vientos lo train por acá, Pagresito?

Y el sacerdote, sonriendo, contestó:

— No muy buenos, Clementina, ya que quiero hablar con el cascarrabias de tu patrón.

— ¡Válgame la virgen santa, padre, ni lo intente, capaz que lo ajusila!

— No me hace nada, mujer, llámalo.

— Pos, con perdón suyo, no; si lo dispierto, mañana usté dirá misa de cuerpo presente y yo dentro del cajón; no, padre, lo siento con el alma, pero no.

— Entonces hazte a un lado; yo asumo el riesgo y la responsabilidad ante ese masón empedernido.

Pero la vieja, galvanizada más por el miedo al patrón que por el sentido del deber, se irguió cuanto pudo y se interpuso entre el cura y el camino de la casona. Y discutieron y se enojaron; el padre, terco a entrar; ella, obstinada a no dejarlo pasar. Ya fuese porque las fuertes voces lo despertaron o porque aún no se dormía, el hacendado, a quien para mayor comodidad en el relato le pondremos el nombre de Procopio, intrigado y furioso porque le rompieron el silencio y la paz de su casa, se asomó al pasillo y viendo al Cura en la puerta a la luz de la cachimba que llevaba la vieja, le gritó iracundo:

— ¿Y ´ora que demonios quiere usté, cuervo con enaguas?

Y el cura no menos exitado le contestó:

— ¿Pues no que muy ateo y menciona a los demonios? Y si cree en ellos, también cree en los ángeles y en Dios y en la virgen.

— Si dije demonios fue por simple costumbre o forma de hablar, porque de haber diablos uno de ellos sería usted, y en cuanto a Dios y la virgen, váya a contarle sus cuentos a los pelangoches muertos de hambre que comen cuando, cóomo y lo que yo quiero que coman.

— Pues esos pelangoches muertos de hambre son los que le dan de comer a usted, porque el día que ellos le dejen, usted se muere de hambre.

— Nombre, ¿pos que no tengo tanto dinero pa´ pagarles todo, hasta la risa, siempre y cuando se rían bonito?

— Pues ese dinero, don Procopio, había de usarlo para darles mejor vida y hacer caridades y dar a la iglesia para sus necesidades.

— ¡Sí, como no! ¿Y usted qué dijo: este menso se cae con la lana, verdad? Pos no, prefiero mejor que se me vuelvan boñiga mis centavos, antes de dárselos a ellos; y a su Iglesia… ¡menos!

— Mire que está tratando de tentar a Dios para que lo deje tanto o más pobre que ellos.

— ¿Sí?, ¡pues sepa que nadie, ni el mismo Dios, si es que lo hay, me

harán perder un solo tlaco! ¡Pos cuál miedo a su Dios! ¡Vámos, lárguese antes de que le atice un balazo!

Diciendo esto don Procopio extrajo de debajo de su camisa una pistola 44.40 y le apuntó con ella al cura, que sin inmutarse le dijo:

— Sí, ya me voy, pero no por miedo a su arma, ya que con ella me quita solo la vida corporal, pero no la del alma; quédese con su fortuna, pero sepa que como castigo, Dios le hará perder hasta el último céntimo antes de que termine la cuaresma. ¡Adiós, retrógrado!

El padre se dio vuelta sin mirar hacia atrás; el hacendado no osó disparar pues las palabras del cura, que le sonaron a maldición, le cohibieron, ya que como todo campesino, en el fondo era supersticioso y temeroso; sólo cuando lo vio muchos metros más retirado, ocultó su nerviosismo emitiendo una sonora y a la vez fingida carcajada. Luego, dándose valor, le gritó:

— ¡Mire, ensotanado, yo reto a usted y a su Dios a que me dejen de prángana!

El padre se detuvo en seco y luego, con calma, se volvió a él para decirle:

— ¡Así sea, don Procopio, así sea! Y usted quedará tan pobre que morirá con un plato de peltre en la barriga, pidiendo limosna para su funeral!

El hacendado solo atinó a decir con voz ronca y temerosa:

— ¡Baaah, está loco de remate!

Y cerrando el portón, se volvió a su recámara a dormir.

El sueño de don Procopio no fue muy tranquilo esa noche, y allá por las cuatro de la madrugada le comenzó un dolor en la boca del estómago que lo hacía *pujar.* Sus intestinos le gruñían como perros enojados hasta que tuvo que venir hasta ya bien entrada la tarde sin poder comer ni separarse de allí, una fuerte diarrea acompañada de vómitos que le hizo presa suya; su piel se le puso lívida y los dolores arreciaban; la vieja criada no se daba abasto para cocerle cuantas yerbas conocía como remedio para la diarrea; pero apenas tomaba don Procopio unos sorbos cuando los vomitaba violenta y estruendosamente. Cuando podía hacerlo renegaba porque estaba consciente de que nada de lo comido el día anterior le había hecho daño; culpaba al sacerdote de haberle provocado aquel *coraje entripado* que lo tenía ya débil y deshidratado.

Para mal de sus culpas se le declaró una fuerte fiebre, por lo que lo obligaron a recluirse en su recámara y enviaron a dos jinetes, de los mejores, uno a Atenguillo y el otro a Cuautla para que llevaran a un doctor, si es que lo había. Hubo suerte inmensa de que hubiera uno de paso por Atenguillo, y lo llevaron por la noche y luchó por bajarle la fiebre; y a eso de la madrugada llegaron con otro desde Cuautla. Ambos galenos se pusieron a dialogar a solas y al fin, puestos de acuerdo, le recetaron unas cucharadas que ellos prepararon con unos polvos, como sulfas y otros medicamentos. Para el día siguiente la diarrea y la fiebre habían cedido y solo persistía un molesto dolorcillo de estómago, pero después de todo, podía decirse que iba de alivio.

Según las crónicas, ese día era domingo de ramos y a eso de las diez de la mañana la campana dio la primer llamada a misa, cosa que enfureció al hacendado, quien comenzó a maldecir a todos los «beatos fanáticos e ignorantes, comenzando por el cura, aquel tan molesto y antipático». Y la vieja criada trataba de calmarlo y le recomendaba arrepentirse de aquella endemoniada actitud, y que se acogiera al seno de la santa madre Iglesia; pero aquellas recomendaciones de la anciana eran como gasolina echada al fuego, ya que don Procopio aumentaba su furor y maldiciones y corría fuera de su vista a la vieja.

El hombre estaba muy débil pero confiaba en sanar, sólo que otras calamidades comenzaron a ocurrir en sus propiedades. Un gran toro de su pertenencia bajó sin ser arreado desde el cerro y con fuertes y lúgubres bramidos llamaba a las vacas de ordeña; los becerros, los bueyes y demás ganado también bramaron enloquecidos y en brutal estampida tiraron las trancas del corral, siendo seguidos por caballos, mulas y asnos. Galoparon por sembrados y huertos arrasando todo a su paso y ni los vaqueros los pudieron detener, pues súbitamente embravecidos arremetieron en contra de ellos y no fueron pocos los caballos destripados por los cuernos puntales y duros; y hasta los jinetes, si no fueron empitonados, fueron revolcados y pisoteados. Así que mejor los dejaron ir y los animales no pararon hasta el cerro donde, tiempo después, cuando fueron buscados, no volvieron a aparecer ni vivos ni muertos; ni las reses que desde antes ya andaban en los cerros.

Por otra parte, las criadas que de día efectuaban sus labores domésticas, cuando iban a lavar la loza a la noria cercana, sin darse cuenta ni poder

evitarlo, esa loza rodaba noria adentro; y si lo hacían en el arroyo cercano, sucedía lo mismo sin que metiéndose en el agua pudieran alcanzarla, pues corrían corriente abajo como peces, y así para media semana aquella loza de oro y plata sólo era un recuerdo en la hacienda, aunque nadie se atrevía a decirlo al patrón. Sí estaba enterado de lo ocurrido a su ganado y se deshacía en maldiciones a sus vaqueros, caporales y peones, pero como no tenía fuerzas ni para enderezarse en la cama, nada podía hacer más que correrlos. Y se fue quedando sin personal, además de que como muchos de ellos tenían a sus esposas entre las criadas de la hacienda, se las llevaron con ellos a Volcanes o Atenguillo, por eso ya para el jueves santo sólo le quedaban a su servicio la anciana y dos jóvenes peones solteros.

Ese jueves ocurrió algo más macabro. En cuanto la anciana hacía algún alimento, al ponerlo frente a él, su plato se llenaba de moscas y luego de gusanos y despedía fétidos olores, y cuantas veces se los cambiaban ocurría lo mismo. Luego, los dolores arreciaron y por nariz y boca le brotó sangre putrefacta; aunque estaba sin probar alimento, los vómitos se hicieron frecuentes, pero sólo arrojaba sangre y pus. No le servían los medicamentos que le habían recetado los doctores y así tuvieron que salir los dos peones a buscar a los galenos.

Y se llegó el viernes santo. A eso de las diez de la mañana un fuerte estrépito se escuchó en la recámara del enfermo, pues el *zurrón* relleno de dinero que estaba allí cobró vida y bramó como toro enfurecido y a reparos y coces salió de allí; galopó por los corredores y pasillos, saliendo a campo libre donde se disparó hacia la noria y se hundió en ella. Luego, ésta comenzó a derrumbarse, hasta que de ella solo quedó una hoquedad pequeña y húmeda.

A esa misma hora, los peones que habían regresado inexplicablemente sin encontrar a los doctores y que estaban haciendo labores correspondientes a las criadas y, como si estuvieran hipnotizados, cogían las últimas piezas de loza u objetos valiosos y se iban al arroyo donde los dejaban deslizar por la corriente. Hecho lo cual, sin volver la cara hacia la hacienda, echaron a andar con rumbo desconocido.

En el momento en que salía de estampida el *becerro de oro*, don Procopio lo alcanzó a ver y sacando fuerzas de flaqueza quiso irse en pos suya y logró

arrastrarse unos pocos metros fuera de la casa; pero un acceso de vómito sanguinolento lo clavó en el lugar y allí quedó tirado con la vista perdida, como demente. La anciana criada, que estaba en la cocina con un frasco de petróleo en la mano para llenar el depósito de un mechero, vio pasar frente a la puerta al animal, y espantada soltó el frasco que al caer pegó en el borde de la hornilla donde ardían unos leños y derramó el petróleo sobre la lumbre y en su ropa. Ella, por mirar hacia fuera de la cocina, no se dio cuenta de que su ropa ardía, hasta que sintió las quemaduras.

Luego se puso a correr por la casa y con sus ropas encendió manteles y servilletas. Éstas prendieron fuego a una mesa y ésta a su vez unas cortinas; la mujer salió al corredor y viendo una cubeta con agua la derramó sobre sus ropas y casi apagó el fuego que ella llevaba, saliendo de prisa a la calle donde se encontraba su patrón, mientras que a manotazos apagaba algunos restos de fuego de sus ropas.

En la iglesia se encontraban el cura y unos feligreses de Los Volcanes y San José de los Andrade, ocupados en arreglar el interior del templo. Al ver las llamas que salían por el tejado de la hacienda con fuerza inusitada, corrieron rápidamente y con cubetas que llenaban de agua en el arroyo trataron de apagar el fuego, pero cada vez que arrojaban el agua a las llamas, éstas parecían haber recibido gasolina y cobraban mayor fuerza.

El cura vio a la anciana junto al hacendado y fue en auxilio de ambos, pero don procopio al ver al sacerdote, haciendo acopio de las pocas fuerzas que le restaban le comenzó a gritar:

— ¡Ahora sí quedó a gusto, cura del demonio! ¡Usted que predica la caridad y el perdón ya me desgració con su maldición; ya estoy aquí como usted quería, sin dinero, sin nada de qué echar mano, y todavía viene a regodearse con mi desgracia! ¡Buitre!

El padre sacudió la cabeza con pesar y se acercó a él diciendo:

— Aún es tiempo de que te salves, hombre; reniega de tu maldad, pide perdón a Dios y si tu arrepentimiento es verdadero, Él te perdonará.

— ¡De lo que me arrepiento es de no haberle metido una bala en la barriga el otro día, váyase usted también al diablo, junto conmigo!

Diciendo esto se le vino otra bocanada de sangre y se quedó callado; el cura se acercó a él y comenzó a rezar en voz baja; la anciana, soportando el

dolor de las quemaduras, seguía con él las oraciones, mientras contemplaba las llamas que crecían en la casona y que lanzaban chispas hacia los techos de paja de las cabañas de los peones, que no tardaron en incendiarse. Ya nadie luchaba por apagar el incendio, pues era trabajo infructuoso; todos se situaron alrededor del hacendado, que no podía articular palabra, pero los veía con enorme enojo en los ojos.

De una casa en que el fuego no había cobrado aún fuerza, unos hombres sacaron una mesa grande y la pusieron bajo un fresno que había cerca de la iglesia, luego llevaron hasta allí al enfermo y lo depositaron sobre la mesa. El cura siguió guiando los rezos, rogando por el alma de don Procopio. Poco antes de las tres de la tarde el hombre dio muestras de querer hablar. El cura se acercó a él y entonces, con una voz que parecía surgir del averno, habló el hacendado:

— Mire, cura del diablo, ya casi se cumplió en su totalidad su maldición; ya no tengo nada o casi nada y la vida se me va de un momento a otro; pero oiga lo que le voy a decir. Cuando yo muera, toda la hacienda, incluyendo su iglesia y su cristo, se harán polvo; llegará el día en que sólo el recuerdo quede de nosotros, porque esta hacienda quedará encantada y sólo se escuchará su campana o las campanas de la iglesia a la media noche de todos los viernes santos, y resurgirá la iglesia para que quien quiera ser poseedor de todas mis riquezas, si se atreve, venga ese día y a esa hora y oiga la misa que usted, ya muerto, tendrá que oficiar y todos nosotros estaremos allí para oirla juntos. Ese día yo me salvaré y mi ganado perdido, el *zurrón* con el oro y todas mis vajillas serán para el que logre desencantar la hacienda; pero deberá hacer caridades, muchas caridades, porque de lo contrario, morirá como yo.

Con el miedo reflejado en los ojos, lo escuchaba el cura, y ese miedo creció cuando la anciana, como siguiendo un impulso desconocido, fue a hurgar entre las cenizas de una casa para volver luego con un plato de peltre, negro por el hollín, y lo puso sobre el estómago del hombre; al parecer para implorar caridad para sepultarlo, pues su muerte era inminente.

Dando las tres de la tarde, se escuchó un fuerte ruido bajo tierra. Un repentino temblor que parecía sólo estar en la Hacienda de Patolpa se dejó sentir; la Iglesia se fue abajo y solo quedaron unos pedazos de muro no más de un metro de alto; el cristo fue sepultado y nadie logró encontrarlo nunca;

lo que aún quedaba en pie de la hacienda y las casuchas de los peones cayeron, y a ese mismo tiempo don Procopio lanzó un grito infrahumano, se convulsionó y entre blasfemias murió.

El sacerdote lo exorcizó y le aplicó simbólicamente los santos oleos *Post mortem*, y luego pidió que buscaran algo en que trasladar al difunto hasta Volcanes, donde posteriormente fue velado y con las limosnas que los vecinos dejaron sobre el plato de peltre se pagó su funeral.

La vieja criada entró al servicio del cura, pero su vida fue efímera y un año después moría; el sacerdote fue cambiado a otro lugar por sus superiores y nadie supo más de él. Muy pocas personas se acercaban al lugar en que existió la Hacienda de Patolpa solo algún perdido caminante o algún vaquero que buscaba alguna res extraviada osaba pasar por allí, pero no de noche y siempre invocando a todos lo santos del cielo y santiguándose con miedo y devoción.

Mucho tiempo después siguió escuchándose a la media noche de los viernes santos las campanas de la Iglesia de esa hacienda, pero nadie, nunca jamás, se atrevió a ir a oír misa. Otros sitúan este hecho el día de san Juan Bautista.

Pasaron tres generaciones, alguien compró o se hizo de aquellos terrenos donde abundan los *cebollines* o cebollas de Patolpa, y era frecuente que cuando araban al paso cansino de los bueyes, de vez en cuando se encontraban objetos de oro y plata, tales como tenedores, cucharas, cuchillos y tazas; lo mismo se han encontrado metates de piedra, de los llamados *huilances* y que usaban las mujeres que alguna vez vivieron en aquella hacienda.

Pero lo que no era una mentir, era aquel tenedor de oro que mi abuelo mostraba diciendo que lo había encontrado una vez en que labraba la tierra en donde existió la Hacienda de Patolpa, y que guardaba como prueba de que él jamás había mentido en sus historias.

Esta leyenda fue muy difundida en la Hacienda de Ahuacatepec allá por los años de 1950 [Raúl Briseño Briseño, «Parsifal»].

SAN SEBASTIÁN DEL OESTE

El toro arrodillado

En los tiempos de la masonería, en este mineral hubo unas misiones que establecieron los padres franciscanos. La gente era bastante descreída y por lo mismo no acudían a las misiones.

Cuando el corral de los toros estaba en el corral de la casa de Calixto Gómez, un día hubo una toriada muy famosa y todo mundo se fue a los toros.

Uno de los misioneros le mandó decir al encargado de los toros que le apartara el toro más bravo y peligroso, y lo hizo. El padre franciscano llevaba un hábito puesto y un santo cristo sobre el pecho. La gente quiso disuadirlo, pero él no hizo caso.

Entró al corral y le echaron el toro, que con mucha rabia se dejó ir a cornarlo. El padre le puso la cruz; el toro reculó y se arrodilló. Le dijo: «este es tu Dios», y lo hizo que diera una vuelta de rodillas al corral. La gente estaba asombrada y el misionero les dijo que entendían mejor los animales que ellos, ya que iban a las misiones, y en ese mismo momento toda la gente se fue a la iglesia [Gabriel Pulido Sendis].

GUACHINANGO

La lluvia de piedras

Este suceso, extraño e inexplicable, tuvo lugar hacia el año de 1934. El escenario: rancho La Joya, en la falda oriente del cerro de San Francisco, situado al poniente del pueblo de Guachinango.

En este rancho habitaban las siguientes personas: don Francisco Martínez y su esposa doña Amparo Salazar, con sus hijos Elodia, Juana, María Félix, Epigmenio, Francisco y Jesús Martínez Salazar; Chabela de León, José María Sedano, María Cruz Hernández Martínez, Máximo Fausto León, Gilberto Gómez León y un individuo de nombre Rafael a quien apodaban *El Patinte*. Todos ellos dedicados al arduo trabajo de la minería.

Las casas del rancho eran pequeñas, hechas las paredes de rajas de madera de roble enjarradas con lodo y techo de tejamanil. Don Francisco era el encargado del rancho y dueño de las dos taonas (molinos para moler metal) que se encontraban ahí. Todo transcurría con normalidad en el rancho. La rutina del trabajo era madrugar, acarrear el pesado mineral, hacer los arreglos al molino, atar las mulas al mortero de la taona. Chicos y grandes ayudaban.

Un día, como cualquier otro, el señor Rafael *El Patinte* se encontraba trabajando en una de las taonas y entonaba estrofas de una canción que, por esos días, había sido prohibida por la Iglesia. De repente, sin saber de donde, brotó disparada una piedra que le cayó en un pie, afectándole gravemente un dedo. Luego se dejó venir una lluvia de piedras. Caían por todos lados. Los moradores corrieron hacia las casas para protegerse.

Las piedras eran del tamaño de una naranja y al caer en el techo de tejamanil hacían hoyos. Al poco rato dejaron de caer, pero luego empezaban

nuevamente. Primero poco a poco, hasta convertirse en una granizada de rocas. A doña Amparo no le dio tiempo de refugiarse y una piedra le cayó en la cabeza, desmayándola. Al caer la tarde, los pedruzcos dejaron de caer.

Por la noche, todos en el rancho se preguntaban lo que había sucedido, concluyendo que era «cosa de brujería».

Al día siguiente sucedió lo mismo: piedras y más piedras caían del cielo.

Pronto la noticia de la pedracera llegó al pueblo de Guachinango y a los ranchos cercanos. Las personas de la ranchería La Verdosilla fueron los primeros en llegar. Luego, caravanas de personas viajaban a pie o a caballo para ver el extraño suceso, ya que la pedracera seguía con el paso de los días. Regresaban por la tarde a sus lugares, sin dar crédito a lo que habían visto.

A los pocos días, el presidente municipal, don Leónides Salazar Ballesteros, acompañado de su cuerpo de policías y algunos empleados públicos, se dirigieron a La Joya. Sitiaron el lugar y se dieron cuenta de que las piedras salían disparadas de la tierra hacia arriba. A una de las personas que le acompañaban una piedra le tumbó el rifle que llevaba en la mano. Pronto tuvieron que regresarse a Guachinango sin encontrar una explicación convincente.

Después de varias semanas, doña Amparo acudió con el señor cura don José Casillas, pues estaba segura de que era «cosa del diablo» lo que sucedía en su rancho. El párroco la atendió, pero le dijo que él no podía ir allí.

Transcurrieron dos meses y la pedracera seguía.

Es noche de sábado. Hay luna llena. Las piedras han dejado de caer. Todos en La Joya se encuentran cenando. En el interior de la cocin, el fuego de la hornilla crepita como anunciando algo. Se escucha un cántico lejano; parece un coro de niños con voces chillonas. Se oyen más cerca. Los rancheros cierran las puertas, tienen miedo. Se asoman por entre las aberturas de las paredes de rajas. Ven llegar al patio, donde están las taonas, a un grupo de hombrecitos negros con ojos rojos fluorescentes que cantan con su voz taladrante:

— Somos siete, más siete, más siete,
y una bruja de ribete.

La luz de la luna ilumina la escena. Los hombrecitos se toman de las manos y cantan girando. Entonces, Rafael *El Patinte*, armándose de valor,

toma su rifle, lo prepara y dispara al aire. Los hombrecillos huyen pegando gritos ensordecedores y se pierden por entre los robles y la oscuridad de las sombras. Esa noche fue de insomnio para los atónitos espectadores.

Al día siguiente, muy de mañana, cuando todavía no empieza la pedracera, doña Amparo nuevamente va al pueblo. Entra al templo buscando al padre Casillas. Lo encuentra en la sacristía y le solicita nuevamente su intervención. El sacerdote le obsequia un frasco con agua bendita y una oración que deberán rezar. Se regresa a La Joya y, ese mismo día, sigue las instrucciones del señor cura se esparce el agua bendita por las casas del rancho, las taonas y los bosques de alrededor, mientras todos repiten fuertemente la oración indicada. Rezan y las piedras caen. Luego, dejan de caer. Las últimas rocas que cayeron traían dibujadas unas figuras grotescas.

Empieza un nuevo día en el rancho. Las piedras ya no caen. El agua bendita y la oración del padre Casillas habían surtido efecto [Felipe de Jesús Arreola Sedano].

TATA MARMAYO

Del pueblito pasando Santa Rosa rumbo al río Ameca, por el camino que va a Zapotlán, en la bajada, hay una cueva que termina ese río en un gran charco. Ahí vivía Tata Marmayo, el jefe de los brujos de Zapotán. Cuando los indios necesitaban maíz, frijol, vacas, puercos, gallinas, les daba un granito de maíz y se les llenaba su casa de maíz, un pelo de vaca y se volvía vaca, una pluma y se les volvía gallina [Gabriel Pulido Sendis.].

Los piratas

Tanta fama alcanzó el Real de Resurrección, mucho oro y plata contenían sus vetas, que llegó hasta la isla de la Tortuga, refugio de piratas y filibusteros. En una taberna de tal lugar, Francisco Drake y Tomás Cadisch planearon unir sus fuerzas y asaltar la mina. Dos carabelas y doscientos hombres aportarían cada uno a la empresa. Después de meses de navegación y de mandar a pique a varios barcos españoles, el temible francés y el audaz inglés admiraron la majestuosidad de Bahía de Banderas. Un cardumen de ballenas les daba la bienvenida en aquella limpia mañana. Después de asaltar un pequeño pueblo de pescadores, del cual se robaron a una mulata, acamparon y planearon su ascenso a las montañas; pero he aquí que la mujer suscitó una gresca entre los filibusteros, y olvidando su antigua camaradería, se empezaron a matar unos y otros, hasta que por fin vencieron los piratas de Drake, quien, iracundo, mandó echar al fondo del océano a los causantes de la lucha, y se retiró, ya que había perdido a muchos hombres [Gabriel Pulido Sendis].

TALPA DE ALENDE

Las Comadres de Piedra

No se sabe el año ni el día en que tuvo principio esta divertida narración, pero uno debió ser, puesto que el pueblo no acepta sino lo que se basa en los hechos realizados en el tiempo.

Era una tarde calurosa de estío, cuando la obesa quincuagenaria comadre Mucia Jacoba, llendo, sudorosa y jadeante como hoy se dice, por entre peñascos y vericuetos a pagar una manda a la Virgen de Talpa, por el camino de Zacoalco, y a eso de las tres de la tarde cuando el sol estaba que ardía, se encontró a la comadre Tiburcia Petra, que no menos voluminosa que ella, venía gimiendo y llorando no por el valle de lágrimas, mas sí por las afiladas y cálidas piedras del mencionado camino, pues venía de pagar su manda en el santuario ya designado.

Siendo conocidas y estando vinculadas con el estrecho lazo de un parentesco espiritual, era natural y lógico y hasta humanitario que se estableciera entre ellas algún diálogo, que es de rúbrica entre todos los caminantes, aunque por vez primera se vean en la imponente soledad de la naturaleza.

La comadre Mucia dijo:

— Comadrita del alma, ¡qué felicidad encontrarla por acá! ¿De dónde viene su buena merced?

— Vengo de Talpa comadrita, pero más muerta que viva, de pagar una manda que prometí a la *Güerita* para que su compadre deje el tequila, pero estoy arrepentida mil veces de haber ido, al cabo ni se lo agradece a uno.

— Y yo que la iba a invitar que me acompañara, comadrita.

— ¡Luego, va por allá…!

— Ni por mal pensamiento…

— Vuélvase, vuélvase conmigo.

— Está el camino más duro que las penas del infierno.

— No digas eso y prepárese a dar media vuelta para que vea de nueva vez a la *Güerita.*

— Mejor le daría yo el alma al diablo que volver. ¿Qué no ve cómo vengo desollada viva?

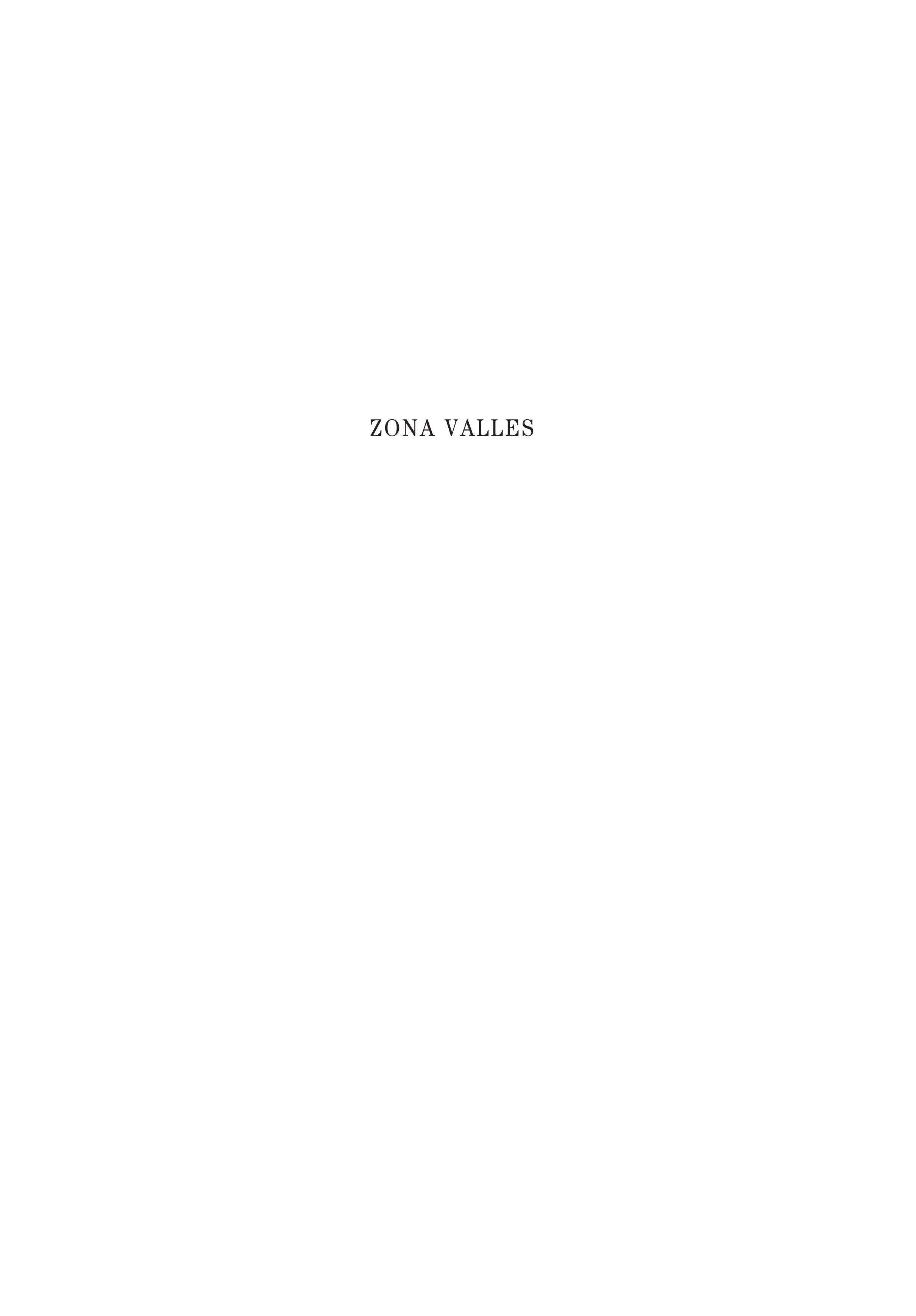
— Dice bien, comadrita, para qué ir tan lejos. Al cabo, ¡ni la *Güerita* se lo agradece a uno!

Dichas estas indevotas palabras, cuentan los peregrinos que año por año van en piadosa romería al santuario de Talpa, tocando dos enormes piedras que están frente a frente en el camino de Zacoalco, que aquellas impacientes comadres en ellas quedaron convertidas.

Hay varias versiones de Las Comadres de Piedras ya que los sucesos y las formas de narrarlos varían según cada informante, cada testigo, cada participante. El relato que recopiló Gabriel Pulido Sendis dice así:

El lugar llamado Cerro de las Comadres, con sus dos grandes rocas que, según eran dos piadosas peregrinas que por haber reñido entre sí siendo comadres y vinieron a Talpa (de aquí que no se puede reñir viniendo a Talpa), quedaron convertidas en rocas, debiendo permanecer en este estado hasta que personas caritativas las hagan llegar rodando hasta Talpa, en donde, al llegar, habrán de recobrar su forma humana y femenina.

La mayor dificultad para esto está en que las piedras pesan varias toneladas y se encuentran a varios kilómetros del pueblo, y es condición, para que vuelvan a la vida, el que no se rompan las piedras pues, de lo contrario, perecerán eternamente las comadres [José T. Laris].



ZONA VALLES

AMATITÁN

La Santa Cruz de Amatitán

En el cerro del pueblo de Amatitán se alza majestuosamente la cruz, que es la protagonista principal. Cuentan nuestros abuelos que esa cruz fue hecha por una noble señorita que había heredado una cuantiosa fortuna de sus padres y gran parte de su dinero lo invertía en obras de caridad. Esta cruz fue hecha por los años de 1940. Los materiales para su construcción eran llevados por remudas, ya que el terreno tenía un relieve bastante accidentado.

Hace aproximadamente teinta años iba un grupo de vaqueros que llevaban ganado al cerro, entre ellos un señor llamado Octaviano Martínez, hombre de muy poca fe y amor a la religión católica. Como Amatitán es un pueblo de tradiciones y costumbres muy arraigadas, ese mismo día 2 de mayo era la víspera de la Santa Cruz. De pronto, los señores vieron que a lo lejos se formaba una larga fila de personas que iban desde un día antes a orar y venerar a la Santa Cruz, y comenzaron también entre ellos a orar a y venerarla. Comentaron que esa cruz tenía que ser muy milagrosa, ya que muchísima gente iba hasta ese lugar a verla y a agradecerle sus milagros.

Don Octaviano contestó que era puro argüende, que esa gente que iba al cerro era porque no tenía quehacer y tomaba el pretexto de agradecer el milagro para ir de paseo. Otro señor que sí creía le comentó que antes de que la señorita Jesusita mandara construir la cruz, en el cerro se oían unos gritos en forma de alaridos espeluznantes, tan horrorosos que un rancho llamado El Tizate se quedó solo, ya que todos sus habitantes huyeron hacia otros lados por miedo, y que cuando se construyó la cruz, jamás se volvió a escuchar grito alguno.

Don Octaviano dijo que él no creía en cuentos y que para comprobar que la cruz no era milagrosa le iba a descargar su pistola; así pues desenfundó y le dio ocho balazos, los cuales fueron a dar en el brazo derecho de la cruz.

No había pasado ni una hora cuando don Octaviano empezó a sentir unos calambres dolorosos en su mano derecha. Al cabo de unos minutos de fuertes dolores, todos, incluído el señor Octaviano, se asombraron al ver que de su mano sana solo quedaba un brazo seco como rama de un árbol marchita. Ya nada podría hacer con su mano deforme. Pasaron algunos años y don Octaviano siempre que platicaba del hecho maldecía a la Cruz, porque decía que por su culpa él tenía la mano seca.

De pronto, un día Octaviano se vio muy enfermo y en su agonía maldecía una y otra vez la cruz, por lo que sus familiares acudieron a pedir ayuda al sacerdote del pueblo, éste conocía la historia y se llevó un crucifijo. Al llegar el sacerdote, el enfermo lo encaró y le dijo que se fuera, que no necesitaba su ayuda. El sacerdote, al mostrarle el crucifijo, le proporcionó los santos óleos y al señor poco a poco se le fue transformando su rostro duro en otro más apacible, más sereno. De pronto, don Octaviano mismo le dijo al sacerdote que le acercara más el crucifijo. Don Octaviano, al sentir sobre su cara y su pecho la cruz, se retorcía como si fuera una persona con epilepsia y pedía perdón una y mil veces.

Don Octaviano expiró y sus familiares le acomodaban sus manos juntas en el pecho y de pronto sus brazos se extendían en forma de cruz. Le acomodaban de nuevo sus brazos y él los volvía a su misma posición. Cuando lo metieron a su caja, tuvieron que amarrarle sus manos unidas junto a su pecho, para que pudiera descansar en paz.

Aún se conserva esta tradición de ir a venerar a la Santa Cruz del cerro de Amatitán, y toda la gente en su recorrido recuerdan a don Octaviano, hombre de muy poca fe [Javier Montes Rodríguez].

AMECA

El pueblo encantado del cerro de la Tetilla

A unos dieciséis kilómetros al sur de la ciudad de Ameca, se alza majestuosa la inmensa mole del cerro de la Tetilla, otrora bastión de valientes chinacos, más tarde de aguerridos revolucionarios y finalmente de bravos cristeros. Tal vez, en noches de plenilunio, entre las frondas de los bosques acariciadas por suave brisa, vaguen los espíritus del indomable chinaco Simón Gutiérrez, el del revolucionario Julián del Real y el del guerrillero cristero Esteban Caro Santos.

Este cerro, juntamente con el del Huehuentón y el Cuahtépetl —o cerro de Ameca—, por diferentes rumbos coronan las cimas de las cordilleras montañosas de la Sierra Madre Occidental en la porción central de nuestro estado, y más concretamente del Valle de Ameca, y que en el transcurso de milenios se han convertido en sus más fieles guardianes.

Otra de las leyendas que la fantasía popular ha venido entretejiendo es la del «Pueblo encantado del cerro de la Tetilla», la cual me fue narrada por un amigo mío, originario de la ranchería de Malpasito, municipio de Ameca. Me contó que en tiempos en que esta región carecía de ferrocarril y de carreteras, todos sus habitantes, desde Autlán de la Grana (hoy de Navarro), Puerto de Peñas (actualmente Puerto Vallarta y Mascota), así como otros pueblos intermedios del occidente de Jalisco, para transportarse de sus lugares de origen a la ciudad de Guadalajara era forzoso su paso por Ameca, y el viaje lo hacían a lomo de mula, a caballo y en última instancia en un paciente borrico.

Me siguió narrando que cierto vecino del poblado de Tacota, arriero de oficio, joven bien parecido, alto, fornido, valiente y emprendedor, en una ocasión que hacía el viaje habitual de su pueblo hacia la ciudad de Ameca

por el camino que atraviesa el cerro de la Tetilla, la Atrevida y el Realito, al atravesar con su recua de mulas el espeso bosque formado por gigantescos pinos, añosos encinos y corpulentos robles, llegó a un ojo de agua de los muchos que hay en dicho cerro. Hizo alto con sus animales, descargó los cajones de madera llenos de adoberas de queso añejo, juntó un poco de leña, encendió una lumbrada y en las brasas calentó los tacos de frijoles refritos, las quesadillas y un pedazo de cecina que su madre le había puesto en el morral y comió con gran apetito, saciando su sed, bebiendo del agua zarca y fría del manantial. De repente, de la espesura del bosque salió una bella joven de tez apiñonada, de grandes ojos negros y finas facciones; sus labios rojos dibujaban una ligera e inocente sonrisa que dejaba entrever una blanca dentadura que semejaba un rico collar de perlas, y enmarcaban la belleza de su rostro y la delicadeza de su talle dos largas trenzas color azabache.

Al llegar, hizo una ligera inclinación a manera de saludo al joven arriero, y sin más ni más se puso a llenar su cántaro del preciado líquido del manantial que brotaba al pie de un encino-roble.

Ya se disponía a retirarse, cuando el joven arriero picado por la curiosidad y la admiración que le había provocado aquella solitaria beldad, emocionado le preguntó si no le daba temor caminar sola por el bosque tan poblado de tigrillos y de bandoleros. Ella amablemente le contestó que no, que el pueblo donde vivía no estaba lejos, que a ella se le permitía una sola vez al año salir a llevar agua de la fuente, guiada por la esperanza de encontrar un hombre decidido y valiente que fuera capaz de romper y acabar con el encantamiento que pesaba sobre su pueblo y sus habitantes.

Intrigado, el arriero y sobre todo acicateado por el deseo de desengañarse quién era aquella joven, ver de qué pueblo le hablaba, pues él conocía el cerro como la palma de su mano, incontables veces lo había recorrido juntamente con otros cazadores en busca de venados y jabalíes, y sabía que los poblados más próximos eran el de Quila, El Texcalame, El Magistral y su pueblo de Tacota. Sin embargo, le manifestó que estaba dispuesto a luchar por terminar de una vez por todas con el misterioso encantamiento, siempre y cuando ella le dijera lo que debía hacer.

De pronto, le dijo que la siguiera en silencio hasta el pie del picacho que está en la cima del cerro. Al llegar al frente del peñón estaba la entrada

de una amplia cueva en la cual se adentraron tanto, que en un momento dado se vieron envueltos por la oscuridad más completa que sólo duró unos cuantos segundos, porque luego vino la claridad de un día luminoso y a su vista apareció el panorama de un hermoso valle con un pueblo al centro, rodeado de huertas cultivadas con gran variedad de árboles frutales y primorosos jardínes que lucían delicadas y perfumadas flores. Al llegar a la casa de la joven, que más parecía un palacio que una casa habitacional, ella, rompiendo el silencio que durante el recorrido habían guardado, le indicó al arriero que mientras entraba a su casa a dejar el cántaro, él se dedicara a cortar la fruta que más le gustara, advirtiéndole que allí no la probara, sino hasta que estuviera de regreso en su casa, debiendo comerla toda el mismo día.

Habiendo entrado el arriero a las huertas, cortó unas dos docenas de ricas naranjas. Cuando regresó la joven, dirigiéndose al arriero le dijo que para lograr el término del encantamiento de su pueblo y de sus gentes, debería él cargarla sobre sus espaldas y llevarla hasta la casa que tenía en Tacota; que durante el trayecto iba a oír tropeles como si cientos de furiosos enemigos montados en briosos caballos fueran tras de ellos queriendo darles muertes, además de una gritería espantosa y una de improperios como para sacarlo de quicio; pero que él debería caminar sereno, imperturbable, sin voltear hacia atrás, porque de hacerlo todo sería inútil, que ella desaparecería al instante. La supuesta persecución terminaría como por encanto, y que todo permanecería en el mismo estado de antes de conocerse; pero que si lograba salir airoso sin voltear hasta llegar a su casa, aparte de conseguir el desencantamiento de su pueblo, ella estaba dispuesta a ser su esposa.

El arriero, animado del mejor de los propósitos, y sintiendo un tierno afecto por la joven, la cargó sobre su espalda y emprendió el viaje hacia su domicilio en Tacota. Apenas habían salido de aquel pintoresco valle y de la cueva oscura, el arriero sintió una rara sensación de fuerte temblor de tierra, luego el cielo se cubrió de negros nubarrones y los relámpagos y los truenos se sucedían sin interrupción; más adelante se oyó un espantoso tropel con un ensordecedor choque de espadas y machetes y una ininterrumpida serie de detonaciones de armas de fuego, como si se estuviera librando fuerte combate, y finalmente una de injurias que lo herían en lo más íntimo de su amor propio, continuando así hasta que llegó a su casa. Al abrir la puerta y luego

cerrarla tras de sí, involuntariamente volteó, sucediendo lo que la joven le había dicho. Ella desapareció en un instante, cesó por completo el infernal estruendo y el vocerío fue seguido por un absoluto silencio. Al arriero sólo le quedó el grato recuerdo de la bella joven y de su pueblo encantado, y las naranjas en su morral que no eran tales, sino relucientes esferas de oro [Filemón Gutiérrez Ramírez].

LA APARICIÓN DEL MAÍZ LISO

Esta leyenda tiene como escenario la hacienda de El Cabezón, del municipio de Ameca, Jal. Esta finca agrícola, como se ha dicho en el renglón relativo a las haciendas del Valle de Ameca, fue la sede o centro del vasto latifundio de los señores Cañedo.

Se cuenta que corría el año de 1866, época en que nuestra patria tenía más de cinco años soportando y combatiendo la invasión de las huestes francesas de Napoléon III y la imposición a nuestro pueblo del rubio emperador austriaco Fernando Maximiliano de Habsburgo, así como la fuerte presión de los traidores mexicanos colaboradores del espúreo imperio. A unos y a otros combatían sin descanso los patriotas republicanos, a cuyo frente estaba el Lic. Don Benito Juárez García.

La totalidad de nuestro territorio estaba convertido en un extenso campo de batalla, fenómeno social aciago que había influído grandemente en la reducción de las áreas de cultivo. La mayoría de los hacendados, por temor a los peligros y a los horrores de la guerra, se habían concentrado en las grandes ciudades y, por otro lado, miles y miles de campesinos se habían ido a enrolar en las tropas del Ejército Republicano; dando por resultado que la agricultura estuviera punto menos que abandonada y con ello los alimentos estuvieran escasos y una terrible hambruna se dejara sentir en nuestro país.

A la sazón, la hacienda de El Cabezón, con sus filiales las fincas de Buenavista, La Vega, El Aguacaliente, El Abra, La Calera, San Antonio Matute, Labor de los Medina, Los Amiales, La Esperanza, Santa María de Huerta, Jayamitla y Quila; juntas todas ellas sumaban una superficie superior a las treinta mil hectáreas de tierra de primerísima calidad. Este latifundio sólo fue superado por el del español don Luis de Ahumada (1578-1620), ya que

llegó a ser dueño de casi todo el Valle de Ameca, cuya superficie alcanza 85,156 hectáreas.

La mencionada hacienda de El Cabezón, a mediados del siglo XIX, era propiedad del filántropo y humanitario don José Ignacio Eustaquio Cañedo y Valdivielso, hombre emprendedor y progresista que a base de trabajo y tenaz dedicación en la administración y explotación de sus haciendas las hizo florecer en los renglones agrícola y ganadero, con cuyos productos se satisfacían las necesidades de algunas poblaciones del país y de nuestro estado, principalmente la ciudad de Guadalajara. En esta última don José Ignacio Cañedo mandaba vender el maíz y el frijol a la gente de escasos recursos económicos a precios muy bajos; rasgo generoso y humanitario que fue mal visto por los comerciantes sin escrúpulos, dueños del mercado negro de la urbe tapatía y verdaderos hambreadores del pueblo. Sin embargo, Cañedo beneficiaba a la pobrería manteniendo los precios bajos.

Se asegura que en cierta ocasión fue tanta la demanda de maíz y frijol de los distintos pueblos, que las trojes de las haciendas de Cañedo quedaron enteramente vacías. En eso se presentó ante don José Ignacio Cañedo una simpática viejecita, suplicándole le vendiera un poco de maíz para poner su nixtamal. El hacendado se quedó mirando fijamente a su interlocutora, y pronto pudo convencerse que aquella anciana no era vecina de su hacienda. Al parecer, por el timbre de su voz, por sus modales y su manera de vestir, lo hicieron presumir que esa mujer era *arribeña*, es decir, de la región de Los Altos, cosa nada extraña para él, ya que debido a la escasés de alimentos, frecuentemente llegaban a su hacienda gentes de todas partes en busca de trabajo y, sobre todo, de alimentos.

Amablemente, don José Ignacio le informó a la viejecita que el maíz de sus trojes se había agotado, que de tenerlo, con todo gusto se lo vendería. Ella se quedó pensativa por unos momentos y, sin desanimarse, le pidió que al menos le permitiera entrar a las trojes a hurgar en los agujeros de los ratones o en las junturas de los desnudos adobes del granero, a ver si lograba reunir un poco de maíz. Cañedo accedió y le ordenó al trojero le abriera las puertas de las trojes y dejara entrar a la necesitada señora. El empleado cumplió al pie de la letra las órdenes que le dio su amo y una vez que la viejecita comenzó a pepenar granos de maíz dentro de las trojes, se retiró a cumplir

con la tarea que le había sido asignada, consistente en remendar y coser la costalera que por el constante uso se había roto o descosido; debía dejarla lista antes de que se iniciaran las próximas cosechas de maíz y de frijol de temporal. De la anciana no se volvieron a acordar ni el trojero ni el señor Cañedo.

Al día siguiente, el hacendado dispuso que dentro de las trojes recientemente desocupadas, se guardaran más de cuatrocientos arados juntamente con sus respectivos aperos, ya que sería hasta el mes de octubre cuando se volverían a ocupar en las labores de barbechos, siembras de garbanzos y de trigo. Al querer el trojero abrir la puerta de la troje donde precisamente había dejado a la viejecita pepenando granos de maíz, al operar la llave dentro de la chapa, el pestillo fácilmente cedió, pero la puerta no fue posible abrirla, a pesar de los esfuerzos de él y de otros peones que acudieron en su ayuda.

Enterado el dueño de la hacienda del percance ocurrido en la puerta, ordenó a sus carpinteros que con sus herramientas trataran de romper los goznes y así dejar libres la entrada; así lo hicieron, pero cuando rompían los últimos goznes, la puerta se vino abajo y detrás de ella un verdadero torrente de granos de maíz, pues el granero estaba lleno hasta los topes. Esa semilla correspondía a una variedad jamás conocida ni en El Cabezón ni en el Valle de Ameca; eran unos granos un tanto más transparentes, brillantes y aperlados, al que se le llamó el maíz liso.

Se cuenta que ese mismo día del asombroso descubrimiento, la imagen de la Virgen de la Purificación, más bien conocida con el nombre de La Candelaria, y que desde el año de 1572, en que los señores don Pedro de Cabezón y su esposa doña Catalina Jurado eran dueños tanto de los terrenos de «El Tepetate», como de los de Estancia de Puercos de Cabezón, se ha venido venerando en la capilla anexa a la casa de la hacienda de El Cabezón; amaneció con un primoroso collar de perlas en su cuello y que sus cuentas semejaban a los granos del maíz liso aparecido. Los vecinos de la hacienda creyeron de buena fe que la viejecita de la leyenda que fue en busca de maíz, había sido la misma Virgen de la Candelaria [Filemón Gutiérrez Ramírez].

EX LAGUNA DE MAGDALENA
(SAN JUANITO DE ESCOBEDO)

La delicada Citlalli

Allá por los años de 1620 a 1621, cuando en la aldea reinaba el valiente cacique Cuahuitli, señor de aquellos dominios, las regatas verificadas el 25 de julio, festividad del apóstol Santiago, dieron lugar a esta narración: Brillaba con todo su esplendor el sol en el azul cielo, cuando la hermosa Citlalli, hija del cacique, vestida con su rico huipil, con su valiosa tilma y con el arrogante yahual, que formado de ricas plumas hacía más atractiva la gracia de su linaje, en empavesada barca, desafiando al apuesto teniente español Don Lope de Fuensaldaña que, atraído por la fama de la pericia y habilidad de la hija de Cuahuitli, quiso humillarla delante de su pueblo en singular lucha sobre las aguas de la laguna de Magdalena.

Ya casi vencido el español, la delicada Citlalli, que siempre en más de cien combates había sido vencedora, de pronto se siente desfallecer y abandonando los remos cae sin fuerza en el agua. Don Lope extrañado de que su adversaria quedara atrás, vuelve la cabeza y la ve flotando como muerta. Retrocede y recogiendo a la hija del cacique en su barca, vuelve a la playa. Queda prendado el de Fuensaldaña de Citlalli, que aún no vuelta en sí, la pide al cacique por esposa. Indignado con tal petición, le contesta que nunca unirá a su hija con un enemigo de su raza. Don Lope le jura que nunca lo ha sido y que al unirse con ella verá a los indios como a sus propios hermanos, y a él, el cacique, como a su propio padre.

Cuahuitli, viendo la sinceridad del teniente español, pregunta a su hija si quiere ser su esposa, la que contesta de una manera afirmativa, diciendo «que le amaba como sabían amar las indias». Océlotl, hijo del gran sacerdote

Micuahuitl, que había sido despreciado por la orgullosa Citlalli, al saber que ésta se unía con un conquistador, juró ante su padre quitarle la vida antes que ella se uniera con otro hombre. El gran sacerdote se entrevistó con el noble Cuahuitli y le amenazó maldecir al pueblo si permitía que su hija se enlace con un enemigo de su raza. El cacique se rio de la amenaza y el matrimonio se verificó.

Celebrada la ceremonia con la solemnidad que correspondía a los nobles contrayentes, se hizo, como era costumbre entre los indios, un paseo de gala en la laguna de Magdalena. Micuahuitl, que ya había perdido su prestigio desde que el cacique y su hija se habían convertido a la religión católica, rabioso por impotencia y desesperación, desde una alta roca levanta su trémula mano y maldice aquel cuadro de felicidad y alegría.

El cielo, que ya de suyo estaba cubierto de negros nubarrones, cruzados por relámpagos de luz, parece que correspondió a la maldición de aquel falso adorador de los dioses, porque destacaron sus nubes tan fuerte granizada sobre las barcas, que estaban en medio de la más grande turbación y pretendían ganar la orilla. Mas Océlotl y su hermano Tochitl, al frente de los más aguerridos combatientes del pueblo de San Juanito, les impiden llegar a ésta.

Si el peligro de zozobrar es inminente por estas causas, lo que acabó de agravar la situación es la inmensa marejada de una terrible tromba que, habiendo barrido al pueblo de San Juanito, arrojó hechas astillas las barcas a las playas, dispersando en precipitada fuga aún a los mismos asaltantes.

A la mañana siguiente, el cacique y todo el pueblo se agitaban a la orilla de la laguna esperando ver de un momento a otro los restos de la embarcación de don Lope y de Citlalli, o los cadáveres de éstos, que era lo único que no habían sido arrojados el día anterior a la playa.

Perdida ya la esperanza y próximos a retirarse a sus hogares para llorar con el cacique la muerte de Citlalli, se vio a lo lejos como un punto negro que agrandándose poco a poco llama su atención. Llenos de curiosidad esperan a que aquel objeto llegue hasta ellos.

Un grito de júbilo sale de los pechos al ver que aquel objeto es la imagen de Jesucristo en la cruz que sirve de sostén a don Lope y a la bella Citlalli que tomados de uno y otro lado de los brazos de la cruz nadan hacia la orilla [Antonio Domínguez Ocampo].

ETZATLÁN

La Cruz de Quezada

La Cruz de Quezada, que es la que se encuentra en la parte plana del cerro que lleva su nombre, y que hace poco se le construyó un *mirador*, tiene su origen en un hecho diabólico, ya que según se dice en algunas noches se veía bailar al demonio en ese lugar rodeado de lenguas de fuego y en un árbol que se encontraba en el lugar un hombre colgado. Fueron varias las personas que vieron esta escena y escucharon los alaridos del demonio, por lo que el padre Quezada, acompañado de otras personas, fue al lugar y lo bendijo, cortó el árbol y con él mandó construir una cruz, que se colocó en donde se apareció el demonio.

En este mismo cerro tiene lugar la leyenda de Juan Minero, una de las más conocidas en la región, pues va asociada a la importante compañía *Amparo Mining Co.* La leyenda relata que un empleado de la mina , de nombre Juan, era encargado de trasladar en su recua el mineral extraído mediante un recorrido por el cerro de Quezada hasta el tren.

Asaltado y victimado en el cumplimiento de su deber, dio origen a la leyenda de «Juan Minero», quien a decir de la gente, aún recorre con su lámpara el cerro por las noches en busca del tesoro robado, y es posible ver la luz bajando por el dicho cerro: «se cuenta de un exminero de las minas del *Amparo Mining Co.*, que baja diariamente por el cerro de la Cruz de Quezada, alumbrándose con su lamparita de carburo y hasta hace poco tiempo se veía bajando a Juan Minero con su lucecita».

Los enterados en estos fenómenos explican de una manera fría y concluyente que estas luces no son otra cosa que los llamados hechos comunes

en regiones mineras, producto de explosiones espontáneas de gases subterráneos; definiciones que no satisfacen la imaginación de los coterráneos [Carlos Fregoso Gennis].

La laguna de la Magdalena

Cuenta la tradición que la laguna tuvo su origen en los tiempos prehispánicos, cuando el señor y cacique de la región, no queriendo que su preciada hija contrajera nupcias con un joven que no era de su agrado, se opuso a la relación, llegando al extremo de privar de la vida a su propia hija. La joven fue decapitada en lo que entonces era un fértil valle, que posteriormente se convirtió en una hermosa laguna con la sangre derramada por ella.

Es interesante considerar que la voz *Etzatlán*, desde el punto de vista etimológico, ha sido interpretado en algunas ocasiones como «*lugar de agua ensangrentada*» o «*de agua roja como la sangre*», significado que probablemente va en correspondencia con la leyenda mencionada [Carlos Fregoso Gennis].

Leyenda de Oconahua

Esta historia nos la narra don Andrés Topete de León, tal como le fue dada a conocer:

Dice la leyenda que los aztecas, en su peregrinación hacia el sur, buscando donde edificar su santa ciudad capital, pasaron por el poblado de Oconahua, donde estaban lavando ropa las mujeres a la orilla del arroyo. Un águila llegó y se paró en un nopal. Los aztecas que habían llegado la vieron y se regocijaron porque eso les indicaba que ahí fundarían su ciudad, pero las indias se asustaron con el águila y arrojándole agua la espantaron. Por ello, los aztecas continuaron su peregrinación hacia el sur para fundar Tenochtitlán. Hoy, a Oconahua se le conoce también como «México Chiquito» [Carlos Fregoso Gennis].

AMATLÁN DE CAÑAS

El gigante triste

La historia del gigante de Amatlán de Cañas es verídica. Nació en Agua Fría, un modesto caserío enclavado en tierras fértiles y al margen de un riachuelo cristalino. Lugar distante de Guadalajara, la capital de aquellos tiempos. Tomás, como era su nombre de pila, a muy temprana edad mostró los síntomas de ser excepcional, porque crecía y crecía, rebasando en estatura a los niños de su misma edad. Él no estaba desprovisto de las virtudes de la gente común; a pesar de no haber escuela en aquella región, aprendió de manera rudimentaria a leer y escribir.

El sacerdote o alguien instruido le hicieron llegar algún libro que mostraba la vida y las costumbres de la gente de otros países, el glamour de las ciudades, sus edificios y las noches iluminadas con luz artificial. Sabía que algo de él pertenecía a ese mundo y lo decía con la certeza de saber de su existencia. Durante la adolescencia alcanzó una altura cercana a los dos metros, lo suficiente para atemorizar a cualquiera, pero no era así. Era un hombre amigable y servicial. Quizá no del todo adecuado para las faenas del campo o el manejo de animales, más bien a aquello donde se requería de una fuerza descomunal, como una carreta atascada o controlar alguna bestia desbocada.

Al llegar a la juventud le brotó un deseo vehemente de conocer la capital, anhelo que guardaba desde niño. Un día del ultimo año del siglo XIX, con la bendición de sus padres, Brígida Hernández y don Mónico Gómez, partió con algo de sus ahorros y en su carreta de bueyes. Le hacían compañía unos arrieros que conducían recuas cargadas de huevo a la gran ciudad. El hom-

bre sabía de antemano que no podía caminar como quisiera, los caminos de herradura eran simples veredas pedregosas con muchos acensos y descensos. Trayecto riesgoso especialmente en temporada de lluvia, y para él en lo particular por su corpulencia.

La entrada a Guadalajara y la experiencia de vivir aquello le hizo olvidar todas las vicisitudes del viaje. Descendió de la carreta e hizo el trayecto a pie hasta el mesón de El Gallito, frente al templo de la Merced, lugar que los arrieros tenían como destino. En el trayecto se vio maravillado de los enormes trenes que venían desde la ciudad de México, de las enormes chimeneas que exhalaban denso humo y de los pasajeros que decían adiós desde las ventanillas de sus carros. Y por encima de todo aquello, la admiración que provocaba en la gente. En especial los chiquillos que se mostraban incrédulos ante aquella fenomenal criatura.

Antes de ir a descansar, paseó por los portales del centro, se llenó de golosinas y las calandrias como tranvías jalados por mulas hicieron alto para admirar quizá al hombre más alto que jamás caminase por ese lugar. Al día siguiente, después de un abundante desayuno en el mercado Corona, se dirigió al almacén Las Fábricas de Francia, la tienda más exclusiva y céntrica de la ciudad. Aquel hombre vestido de manta cruda, pelo negro y huaraches gastados, no parecía intimidarle el lujo anterior. Clientes y empleados no sabían qué pensar de aquel rústico gigante de compras ahí. Entre lámparas francesas, linos españoles y figuras de chadró alemán.

El guardarropa para caballeros era de extenso surtido, y los letreros indicaban la existencia de trajes de casimir inglés y nacionales. Él fue a la sección de sombreros y pidió uno de copa alta, negro. Le dieron quizá el único que había, que sería del tamaño adecuado. Lo colocó en su cabeza y por un momento se miró en el espejo. Desabrochó la víbora que traía en la cintura y pagó con un .0720 de plata. Estrenó caminando por la calle de Santo Domingo hasta la catedral, y al oír las campanas del medio día, del santísimo, se quitó el sombrero con sumo respeto.

Pasados unos cuatro días, Tomás Gómez era una especie de amo de la ciudad, iba de un lugar a otro con suma familiaridad. En su camino no faltaba gente que le pedía que posara con ellos para los fotógrafos, otros que les mostrara su fuerza y alguien más sugerirle que en un circo ganaría más dine-

ro que en cualquier otro oficio. Tomasón se concretaba a sonreír; le caía en gracia toda aquella gente pendiente de sus movimientos, y más con aquel sombrero un tanto fúnebre, pero a la vez gracioso y señorial.

Cerca el día de partir de regreso a Agua Fría, fue a la fábrica de vinos La Industria, negocio de la familia Dávila, a comprar licor para él y sus compañeros. También fue invitado por el señor Ixca Farías, director del Museo del Estado, a hacerle una visita, que quedaría para la posteridad en alusivas fotografías. Alguien le ofreció trabajo en la institución como vigilante, pero declinó la invitación, después de conversar con sus compañeros de viaje, quienes le dijeron que sus verdaderas intenciones no eran esas, sino esperar a que muriera para exhibirlo como cosa rara. Tomás Gómez regresó a Guadalajara en varias ocasiones, en una de ellas con su esposa Josefa Flores y sus dos hijas: María Encarnación y María de Jesús. Con el paso del tiempo su sonrisa infantil desapareció y se volvió retraído, ensimismado en sus propios pensamientos [Helia García Pérez].

TALA

Los gigantes de Tala

Hay noticias también en la Nueva Galicia, de que hubo gigantes en ella después del diluvio, como en otras partes ha habido, que no quiero referir, porque basta para mi intento el traer a la memoria que en el pueblo de Tala, como a ocho leguas de la ciudad de Guadalajara, vivieron los gigantes, como contaba don Francisco Océlotl, indio principal y de mucha reputación y autoridad. El contaba a los españoles (en tiempo de la Conquista) que siendo de edad de veinte años, cincuenta antes que los españoles entrasen en la Nueva España, aparecieron en los valles de Tala hasta treinta hombres, que en la lengua mexicana llamaban *quinametin*, que quiere decir gigantes. Veintisiete eran varones y tres mujeres, y eran sus cuerpos de a treinta y cinco pies, según la medida que hizo el padre Villaseca, escultor famoso, cuando desenterraron sus cuerpos. Llegados que fueron a las poblaciones de Tala, hicieron alto en las ciénegas que hoy llaman Los Cuisillos, haciendas que son de don Zeledón (Celedonio) de Apodaca; vivían en el campo como bestias, excepto en tiempo de aguas, que tenían unas chozas para poder dormir y abrigarse acostados. Eran haraganes y glotones, y con su ferocidad sujetaban a los indios de aquel valle y les obligaron a que les sustentasen; para la comida de cada uno se amasaba una fanega de maíz, y cocían o asaban cuatro niños de a dos años; comían pescado, ratas, venados, jabalíes y, en lugar de verdura, cogollos de enea. Tenían para su servicio seis mil indios e indias; las armas que usaban eran unos bastones; eran de color amulatado; el cabello crespo y no muy crecido; poca barba; las orejas de más de a palmo, algo caídas y vellosas; la voz espantable y horrible, que su eco resonaba un cuarto

de legua; cubríanse con hojas de palma; eran torpísimos en el andar, muy inclinados al pecado nefando. Con tan espantosos huéspedes, los indios fueron despoblando sus pueblos y retirándose a otras provincias, y como los gigantes se vieron solos y de suyo eran haraganes y comedores, fueron desfalleciendo y murieron veintiséis, y los unos a los otros se enterraban y cubrían los cuerpos de cal. Habiendo vivido en aquel valle tres años, quedaron cuatro de ellos, y por no acabar de perecer se fueron al pueblo de Tala, donde habían quedado muy pocos indios; sustentáronlos dos días y por no tener huéspedes tan pesados y enfadosos, los encaminaron al pueblo de Ixtlán, tres leguas de donde ahora está fundada la ciudad de Guadalajara, y del pueblo de Ixtlán fueron al de Atemajac, pero los vecinos de él, como tenían noticia de cuan perjudiciales eran, determinaron de quitarles la vida. Para hacerlo a su salvo, juntaron más de veinte mil indios y fueron al Valle de Atemajac, donde los hallaron paciendo yerbas y raíces y los mataron; y a la fama de esta victoria acudieron infinitas gentes, y a pesar de estar los gigantes muertos, no se atrevían a acercarse a ellos. Los indios hicieron unos terraplenes altos y argamasados y en ellos los sepultaron, dejando en medio una concavidad, por donde los que iban a la guerra metían la mano derecha y velaban una noche las armas, y con esta diligencia quedaban armados caballeros para la milicia. Y fue refrán en aquellas provincias hasta el tiempo de nuestros españoles, que para atemorizar los indios e indias a sus hijuelos, les decían *quinametin*, al modo que los españoles suelen decir a los suyos, cuando lloran, mira el coco [José Rogelio Alvarez].

TEQUILA

Nacimiento del Cerro de Tequila

Con su permiso me remito a los epopéyicos tiempos de la lucha entre las huestes del arcángel Miguel y del renegado Luzbel.

El eco de esa batalla repercutía en el cielo y en la tierra, el choque de las armas formaba rayos y temblores, ¡que hasta lanzaban las entrañas de los volcanes! Y una de esa bocas heráldicas del combate se manifestó en nuestra región con la erupción del Cerro de Tequila.

Rendidos y desenfrenados, los derrotados demonios, en su carrera iban abriendo brechas por donde huían y al mismo tiempo hacían daño. Así perforaron el terreno y formaron la barranca de Tequila. Y si no causaron más daños fue por el agua bendita que corre en el fondo y que luego dio origen a nuestro río Santiago, nuestro Santiago.

Regocijados con su victoria, en cambio, los ángeles buenos, aprovecharon al volcán apagado para adornarlo con abundantes flores y animales y hacer con el promontorio un altar, con el que dieron gracias a Dios por su triunfo. Y así se originó el Cerro de Tequila. Y hasta como reto del cuchillo ceremonial, queda La Tetilla: una inmensa roca que sobresale en la cumbre.

¡Oh, cuando vayas a Tequila o pases por ahí, levanta la vista y coloca tus ojos en el cerro. Que sea tu ofrenda de gratitud al creador por permitirnos admirar su grandeza! [Juan Ramón Castañeda Estrella]

Creación del mezcal

Los dioses mexicanos, cansados con el constante y eterno pecado de nuestros antepasado comarcanos, se reunieron de urgencia y deliberaron sobre

la suerte de los hombres: «¡son tercos, empedernidos, quisquillosos, ufanos, indecentes, libertinos, arrogantes!» Los acusaron de otros pecados mortales y veniales, y el veredicto fue unánime: «¡mueran, mueran, mueran!»

Encomendaron el castigo al viento y a la lluvia, y éstos obedecieron a las deidades. Uno sopló lo más fuerte que pudo vaciando toda su furia, y la otra soltó mucha agua. Se formaron, pues, trombas e interminables torrentes; hubo un diluvio, en pocas palabras.

Zozobraban los hombres, los animales, las flores y, a punto de ser exterminado todo ser, se arrepienten las divinidades y detienen el mandato. Y envían la nueva vida a través de una planta, dedicada a *meztli*, la luna, y así aparece el mezcal.

Con el resto de las aguas se formó una laguna a la que se le dio el nombre de *Xochitépetl* o *Xochitepec*, que los españoles cambiaron por Magdalena, porque así fue bautizada una de las hijas del poderoso jefe indio Coaxícar. O a lo mejor, el llanto de los divinos señores les recordó las lágrimas de arrepentimiento de santa María Magdalena [Juan Ramón Castañeda Estrella].

TEUCHITLÁN

El milagro del Señor de la Ascención

Era la época azorosa de la fiebre aftosa (1947-1950), el mal había cundido en todo el territorio nacional. Se sacrificaba a todo tipo de ganado (vacuno, porcino, mular, caballar) atacado por la fiebre, inclusive por leves sospechas. El método utilizado por las autoridades sanitarias para detectar la epidemia consistía en el diagnóstico al azar: bastaba que un solo animal no presentara las características naturales de salud para sacrificar todo un hato.

Teuchitlán no se encontraba a salvo del temible mal. Se establecieron controles sanitarios, al oriente de la población, en el barrio del Puente; el control era severo y no existía posibilidad de salvar al ganado de un rico hacendado del pueblo.

Ya el médico sanitario había dado su veredicto: el sacrificio de todo el ganado vacuno. En vano fueron los ruegos y las súplicas del hacendado. Las fuerzas militares que acompañaban a la brigada sanitaria formaban y encorralaban al ganado, para sacrificarlo.

De entre los curiosos, que observaban las maniobras de los militares y los argumentos que exponía el hacendado para retardar lo más posible la matanza de sus animales, se apartó del grupo un hombre, dirigiéndose al corral donde se encontraba ya el ganado preparado para morir. Aquel hombre se encontró al jefe de la cuadrilla sanitaria y le dijo: «Médico, estamos de acuerdo que cumplas con tu deber; pero antes de que se inicie el sacrificio del ganado, te pido que examines el hato y me señales cuál animal está enfermo de fiebre aftosa».

El médico, no de muy buena gana, atendió la petición de aquel hombre, pero a pesar del empeño puesto para detectar algún animal enfermo, se dio por vencido y por último exclamó: «No lo puedo creer. Varias vacas presentaban los síntomas inequívocos de la fiebre, y ahora resulta que todo el hato está sano. ¡No lo puedo creer!».

La brigada juntó a la partida militar, no tuvieron otra cosa qué hacer que retirarse del lugar, disculpándose con el hacendado por su ligereza en el diagnóstico realizado.

El hacendado, lleno de alegría, al haberse salvado de una muerte segura todo el ganado, buscó por todas partes al hombre que había intercedido ante el médico sanitario para presentarle su más profundo agradecimiento, pero todo fue infructuoso. No localizó a su bienhechor.

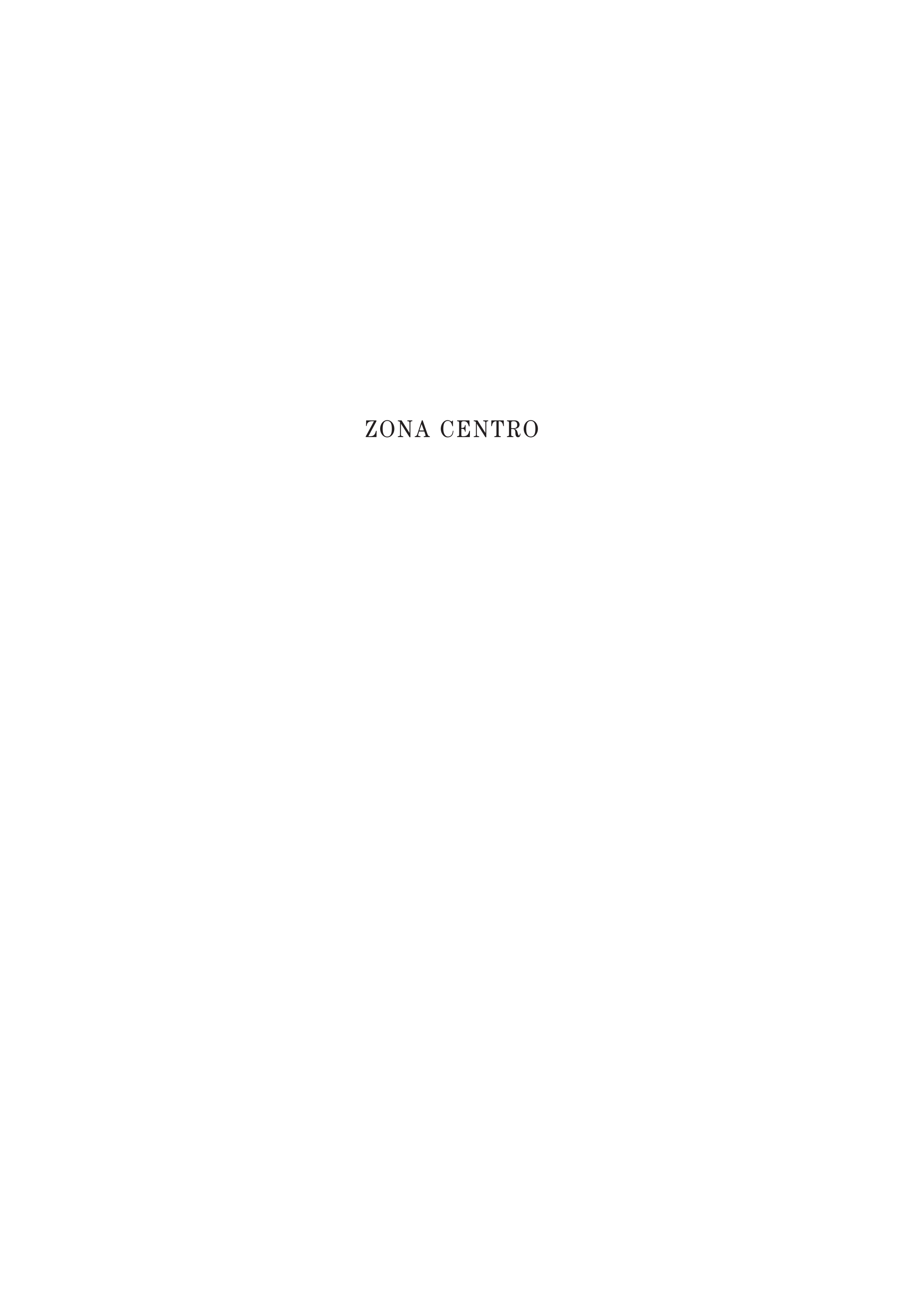
Toda la mañana se pasó el hacendado pensando quién sería aquel misterioso hombre que no esperó siquiera la recompensa de unas palabras de agradecimiento. Por la tarde se dirigió a la parroquia del pueblo donde se venera al Señor de la Ascención, para dar gracias al Eterno por el favor recibido, y estando postrado ante el altar principal, obsevó detenidamente al cristo y a grandes voces exclamó:

— ¡Es él!, ¡es él!, el hombre que intercedió esta mañana ante la brigada sanitaria, salvando a mi ganado. ¡Es él!, ¡es él!

Ante el alboroto que hizo el hacendado, se empezaron a juntar feligreses y alguien fue a avisar al padre Cuevas lo que pasaba en el pueblo, ya que en esos momentos no estaba en la parroquia. Al enterarse de lo ocurrido, el padre exclamó: «¡Qué señor, ni qué señor! ¡El Señor de la Ascención, que yo sepa, no es ganadero!».

Al trasladarse el padre Cuevas al templo y escuchar al ganadero que con tantos argumentos y con gran vehemencia exponía sus razones de haber sido testigo de un milagro del Señor de la Ascención, el padre Cuevas, ante aquella realidad, no tuvo más remedio que postrarse de rodillas ante el altar mayor y pedir perdón al Señor por su poca fe manifestada en aquella ocasión.

Este relato lo narraba emocionado y con lágrimas en los ojos el presbítero Don Juan Cuevas Esqueda, párroco de la iglesia de Teuchitlán, en los años 1940-1965 [Angel Corona Espinoza].



ZONA CENTRO



El Señor de Huentitán (Huentitán)

GUADALAJARA

Don Francisco de Velarde, *el burro de oro*

Guadalajara fue la cuna de Velarde, Vista Hermosa su vida y Zamora el punto final. Muerto el licenciado don Crispín Velarde, lo sucede en el mayorazgo don Francisco Velarde, que se convierte en el hombre más acaudalado de su tiempo y cuya fortuna él supo acrecentar enormemente; además de haber sido el único heredero de sus dos jóvenes hermanas que abrazaron la vida religiosa.

A él perteneció la enorme y riquísima hacienda de Buenavista, y otras más que él poseía en esa vastísima región de feraces valles, con lo que empezó a ganarse el mote de *Burro de Oro*. Fue esto por los años de 1860-1867, en la dorada época del Segundo Imperio, época de esplendor y ficción, cuando la fastuosa corte del rubio archiduque Fernando Maximiliano de Habsburgo, hermano menor del emperador de Austria Francisco José, desembarcara en el puerto de Veracruz el 28 de mayo de 1864, en unión de su esposa Carlota Amalia de Bélgica y en medio de la glacial indiferencia del pueblo.

Según testimonio general y fidedigno, don J. Francisco Velarde nació en Guadalajara en los primeros años del siglo XIX, en señorial mansión de hermosa fachada neoclásica, y que puede admirarse en la esquina sur poniente de la manzana limitada por las calles de Hidalgo, Pino Suárez, Independencia y Belén.

Dueño y señor de un territorio inmenso, enorme feudo rico y productivo, que apenas si él alcanzó a conocer, pues se cuenta que ni siquiera sabía montar a caballo, a pesar de ser dueño de potros finísimos, y sólo viajaba muellemente recostado en los blandos cojines de sus lujosas carrozas tiradas por briosos corceles enjaezados con pompa señorial.

Una de las riquezas del señor Velarde, quién sabe si la máxima, consistía en las grandes cantidades de cabezas de ganado vacuno, del que poseía gran variedad de razas; a tal grado llegaba esta riqueza, que nunca supo ni su cuantía, ni su valor.

Todavía se puede admirar una de las lujosas diligencias que le pertenecieron en la ciudad de Morelia, en la casa de Morelos, ahora convertida en museo y en la cual se lee en su costado derecho: «Diligencia particular que fue propiedad de don J. Francisco Velarde, propiedad de la hacienda de Buenavista, ubicada en el distrito de Zamora, cerca de la ciudad de La Barca, estado de Jalisco. En la parte de abajo del asiento de en medio está la fecha en que fue reparada por parte del pescante, y dice así: México, abril de 1883.

Dicha diligencia española conserva su pintura original de un hermoso fondo guinda, con llamativos adornos verdes y amarillos. Su decoración interior consta de fino damasco guinda con grabados grises. Los lados fueron tapizados en piel y cuenta con asientos a los lados y uno en medio.

De los primeros veinte años de nuestro personaje poco se sabe. Vivió su vida tal vez en algún colegio de la capital o quizá de Europa, para que todo fuera a tono con la opulencia de su casa. Luego hace su aparición en sus grandes latifundios, cuya matriz se encontraba en la ciudad jalisciense.

El señor Velarde se estableció en el viejo solar de sus mayores para poder manejar sus fabulosos negocios, de los cuales el centro vital era la hacienda de Buenavista. Ya en La Barca, con sus carruajes repletos de criados y equipajes, luego de haber mandado demoler la vieja casona de sus mayores, la rehace ajustada al más puro modernismo de la época. Con ostentoso boato principesco y en un arranque como de pueril vanidad, se dio el lujo de ordenar que la mezcla indispensable para levantar muros de su real palacio fuera formulada a base de la leche más pura de sus vacas de ordeña. Así fue como el preciado líquido de que tal vez carecían muchos hogares era derramado a raudales sobre la arena que servía de fragua a los pesados bloques que aún resisten el paso de los años, como habrán de resistir seguramente el de los siglos.

Surgió, pues, la altanera y rica mansión al costado sur de la Plaza de Armas de la ciudad de La Barca, con los materiales clásicos de la época: adobe, piedra de china y cantera morada, finamente labrada. Ostenta regio

portal frontero con arcos de medio punto, siendo muy notable el hecho de que el arco que corresponde a la puerta o zaguán es mucho más ancho que los demás. El frente tiene cuatro ventanas de fortísimas rejas, que corresponden al gran salón.

En realidad se trata de una construcción suntuosa, que ocupa gran parte de la manzana, con patios de elevados muros escondidos en la penumbra, dilatadas trojes, cuartel, caballerizas y numerosos departamentos para la fiel servidumbre.

Al quedar concluida dicha construcción, en los enormes entrepaños de los cuatro hermosos corredores, sobre los muros que lucen todavía un acabado perfecto a base de arenilla mezclada con leche y huevo, y que miden en total cerca de quinientos metros cuadrados, el ágil pincel del arquitecto y gran pintor don Jacobo Gálvez, y su gran amigo y colaborador Gerardo Suárez, decoraron las habitaciones y corredores de la nívea mansión de Velarde, con varias escenas mexicanas y afrancesadas, que revelan hechos y costumbres de aquella época: vestuario, tipos de gentes, oficios y diversiones, así como la diferencia tan notable de las clases sociales de la época: las aristócratas de acusados rasgos españoles y las plebeyas con rasgos ciento por ciento indígena.

Un mural representa «El Columpio», una dama vestida de blanco y de nombre Angelita que se mece rodeada de admiradores y que, siendo una cantante de gallos y poseedora de una gran belleza, dicen fue la única mujer a quien se cree amó verdaderamente Velarde.

Una cosa muy peculiar si se observa con cuidado los murales. Podemos comprobar que casi todas las mujeres que protagonizan las escenas son bellísimas y de un asombroso parecido entre sí, porque además existe la creencia de que el fastuoso y opulento don J. Francisco Velarde hizo que el pintor retratase en todos a su favorita. La Moreña, se dice, toma su nombre del sitio predilecto de Velarde, llamado el arroyo Moreño, que va dejando a su paso extensiones de exuberante verdor en San José de las Moras, un pueblo aledaño a La Barca.

Don J. Francisco Velarde tenía gran casta y orgullo, era autoritario, violento y sumamente mandón. Gracias a todo lo anterior, la hacienda de Buenavista era famosa por las grandes bacanales que en ella se celebraban:

ahí se daban cita las más selectas hermosuras de Jalisco y Michoacán; orgías que alzaban revuelos en toda la región, convirtiendo al sibarita millonario en una de las figuras más conocidas y pintorescas de la época del Imperio. En esos años ganó su fama de impenitente seductor. Gastaba a manos llenas dando fiestas suntuosas, reclutando y conquistando lo mejor del sexo débil. Velarde se entregó a una loca alegría: fiestas, viajes, juegos de azar, partidas de gallos y, sobre todo, mujeres y más mujeres.

Tenía en su espléndida hacienda de Buenavista mesa puesta permanentemente, y daba fiestas de las *mil y una noches*, a las cuales jamás faltaban lo mejor de la política y la sociedad. Además, siempre estaban a la orden las casas de México y Guadalajara, perfectamente amuebladas y con servidumbre al pie, aunque pocas veces las visitaba.

También se dice que tenía en forma permanente apartado un palco en el Teatro de la Opera de Nueva York, y al que nunca asistió. Ardiente admirador de escudos y blasones, soñando siempre añadir a su apellido un título nobiliario que le diera prosapia y realce, se adjudicó al fin el de Barón, el cual ostentaba orgulloso y ufano.

Las ganancias de sus múltiples haciendas se convertían en oro, hermoso metal, del que se dice tenía que ser traspaleado periódicamente por orden de su joven amo, para evitar el azogamiento.

Las abundantes eran transportadas en millares de típicas carretas tiradas por tres yuntas de bueyes a las inmensas bodegas y trojes, y muchas veces a los patios de la Casa Grande, por la gran producción, especialmente en el antiguo cantón de La Barca y su hacienda de Buenavista. Todo era movimiento y trabajo; los peones distribuidos por multitud en los enormes latifundios se perdían en valles y montañas, labrando la tierra en empeñoso afán, pues sabían que el joven potentado era generoso al pagar su trabajo.

Cuando pasaba ya la cosecha, venía un tiempo en que los peones estaban desocupados. Para que hubiera a qué dedicarlos, el señor Velarde ordenaba que su gente amontonara juntamente maíz, frijol, alpiste y garbanzo, para después ponerla a separar grano a grano las semillas, pagándoles un salario determinado. Y así nunca faltó el sustento en sus hogares.

Se comenta que en los ratos malos, que según cuentan eran constantes en nuestro personaje, acostumbraba a darles de puntapiés a sus peones y

sirvientes, a los cuales enseguida, pasado el mal humor, llamaba y les ordenaba dieran cuenta de los golpes recibidos para pagarles por cada uno de ellos valiosas y codiciadas onzas de oro. Así pagaba con largueza y proveía a sus siervos de todo.

Jamás se recuerda que alguno de sus trabajadores hubiera llamado a sus puertas sin ser socorrido. Generoso y magnífico, visitaba los humildes hogares de sus sirvientes para derramar con altruísta actitud el contenido de su escarcela sobre las manos anhelantes que primero se alzaban para pedir, y más tarde lo hacían para bendecir al caritativo y desprendido patrón.

Fomentaba industria, mejoraba cultivos y levantaba escuelas. Así surgieron los edificios de la ahora presidencia municipal, la cárcel, la plaza y los planteles educativos de la tantas veces mencionada ciudad de La Barca. En 1865 mandó construir e inauguró la Escuela de Primeras Letras, a la que le dio por nombre Emperador Maximiliano I, siendo comandante militar y subprefecto del distrito. En Buenavista construyó una monumental Plaza de Gallos, con piedras de china y cantera. Este lugar, el que ocupara el palenque, se iba a convertir en el actual templo moderno, de estilo único por su grandiosa cúpula, por su diámetro; iglesia que al ser terminada se transformó en el mejor trono de la imagen de la reina de México.

Tanta fastuosidad requería siempre de mucho dinero, y aún metales preciosos de los que el vanidoso señor hacía gala llevando hasta en sus zapatos los tacones de oro macizo. Quizá por esta caprichosa costumbre fue por la que personas de la comarca dieron en llamarle *Burro de Oro*. Según otros, fue porque de niño, debido a su pésima memoria, sus condiscípulos lo llamaban: *burro*, por lo que habiéndose quejado con su padre, éste le dijo que les contestara: «*burro*, pero de oro».

También se dice que se debió a su obstinación para obtener todo lo que deseaba, y que cierto día viniendo de su Quinta Velarde, en la época en que los señores canónigos salían a veranear, vio atado a un tronco un hermoso burro blanco. Al momento quiso comprarlo, pero como su dueño se resistió a pesar de las tentadoras ofertas, ofreció pagar el peso del animal en oro, para satisfacer dicho capricho. Por lo que un señor canónigo comentó: éste si es un verdadero *Burro de Oro*.

Vestía siempre con impecable elegancia, bien fuera de charro o pantalón corto y levita (ambos de vivos colores), chaleco blanco, finas medias y ancha capa de carísimo paño, pues sus trajes eran confeccionados con telas encargadas de París, lo mismo que su calzado, exclusivamente para él. Sus botonaduras de oro macizo hacían admirable juego con los magníficos bordados de sus sombreros ricamente galoneados con piedras finas, que las delicadas manos de curiosas monjitas enclaustradas se encargaban de hacer en la soledad de su retiro, traídas ex profeso para la fabricación de sus prendas de vestir, y para satisfacer la vanidad y soberbia ostentación del joven potentado, que les entregaba con puntualidad cuantiosos donativos.

También se cuenta que sus perfumes eran tan finos, naturalmente de origen francés, como todo lo suyo, que hasta el agua de su baño diario era vendida a altos precios a los barberos de la comarca, quienes más tarde la untaban en la cara de sus clientes, los que se sentían felices de usar tan maravillosas esencias. Refieren sus contemporáneos que tenía tantas casacas recamadas de oro como días tiene el calendario. Además usaba gruesos anillos con incrustaciones de brillantes y piedras preciosas, que iban acordes con su vestimenta. Otra de sus prendas en las que nunca faltaba el rubio metal, eran sus bastones con puño y casquillo de oro, así como sus espuelas y los frenos de sus caballos predilectos.

Podremos poner en tela de juicio su cultura, pero de ningún modo sus riquezas. Su atajo se componía de 1,600 mulas que viajaban desde Campeche hasta Durango. Sus grandes dominios se extendían desde las cercanías de Zamor, hasta la garita de San Pedro, en las inmediaciones de Guadalajara, donde poseía una casa de campo: la Quinta Velarde.

Al pasar el príncipe de la barba de oro, Maximiliano de Austria, por Penjamillo, Michoacán, fue invitado el *Burro de Oro* a doblar la cerviz ante el iluso extranjero; pero, no obstante el fausto del emperador, resultó aquel derroche de lujo un pálido relumbrón ante el soberano séquito de Velarde.

Salió a recibirlo con una comitiva de criados que fue admiración de la época. Vestía ostentosamente y su vestido de charro estaba adornado de oro con una profusión fantástica: llevaba sombrero negro galoneado con piedras preciosas y usaba tacones de oro macizo. Cuando el emperador lo vio, intrigado preguntó que quién era aquel «príncipe ranchero».

Lo invitó a que pasara una temporada de descanso en su hacienda de Buenavista y en su casa de Guadalajara. Le hizo la promesa que de venir a su rica finca, le haría un toldo de manta de cien kilómetros de largo; o sea de Guadalajara a Buenavista, para proteger al rubio monarca de las inclemencias de nuestro ardiente sol. El toldo nunca llegó a estrenarse porque las circunstancias políticas no lo permitieron, y por haber sido fusilado el emperador, quedó todo en promesa. Se cree que don Francisco Velarde, únicamente por el lujo, vio con gran simpatía el establecimiento de la monarquía en México. Su nombramiento de general de brigada, y honrado con el manto de caballero de Gran Cruz, de la Orden de Guadalupe, por el gobierno conservador del pPresidente Antonio López de Santa Anna y por el de Maximiliano, le costó cincuenta mil pesos.

Aunque nunca tomó las armas, estableció una guardia personal, compuesta por cien jinetes, bien armados y elegantemente vestidos de charros, que se conoció con el nombre de Retén. El Imperio fue efímero, la estrella de Maximiliano se eclipsó. Don Francisco no huyó del país, se escondió. Su aprehensión la llevó a cabo el general Manuel Márquez de León. Fue sentenciado a muerte y fusilado por traidor.

Murió con todo el valor; se mostró tranquilo y altivo al contemplar las espirales de humo de su puro, el 15 de junio de 1877, a la edad de 53 años. Se cuentan tantas cosas y tan extrañas del *Burro de Oro*, que si no hubiera sido porque mucha gente las veía con sus propios ojos, hubiera costado trabajo darles crédito. Ese fue el trágico fin del hombre que tuvo a sus pies a las mujeres más bellas, e hizo que todo el imperio se fijara en él por su dispendiosa vida sibarítica, dueño de vidas y haciendas.

Letrilla chinaca en recuerdo de don Francisco de Velarde, el burro de oro, 1867.

Tacones, bastón y dientes,
botones, joyas, sombrero…
¡Todo de oro reluciente,
sólo la espada de acero!

En sus dominios, decían,

jamás se llegó a hacer tarde…
Así de haciendas tenía
Don Francisco de Velarde.

Ejército Imperialista
él compró, tuvo y mantuvo.
Su hacienda de Buenavista
con lujos regios sostuvo.

No era señor de a caballo,
caminaba en diligencia
tan veloz… como de rayo
llegaba a sus pertenencias.

A La Moreña quería
llegar el rubio de Habsburgo,
y el camino alfombraría
con ricas telas de Burgos.

Jamás, por no ser hermoso,
en amores fue cimero;
mas sabía que poderoso
caballero es don dinero…

Su riqueza, sin medida,
causaba envidia y azoro;
por eso la plebe, ardida,
lo bautizó *El Burro de Oro*.

Es una ley sin fortuna
que siempre el que sube, baja:
Guadalajara su cuna
y Zamora su mortaja.

Dios quiera haya perdonado
al sultán de La Moreña
por haberlo confesado
el obispo de La Peña.

Piensa, lector, sin horrores
de qué sirve la riqueza,
mujeres, título, honores:
Es más sabia la pobreza.

Ved que la vida es precaria,
ved que el destino es incierto.
Por Velarde una plegaria
elevad hoy que está muerto [Bertha Guillermina Cerda Hernández].

LA CARRETA DE MEXICALTZINGO

La respuesta fue más allá de la expectativa. En los lejanos tiempos en que la iglesia era edificada, llegó hasta el viejo párroco un comerciante rico, aquejado de muchas dolencias, acababa de llevarlas todas ellas a los pies del cristo, acechado como era de suponerse, por el temor de una muerte cercana, por lo que había hecho una significativa promesa: «Alíviame Señor de mis males y yo me comprometo a concluír las torres de tu templo». Y tal como se lo dijo al cristo, así se lo repitió al párroco; fue por ello que las obras fueron de inmediato suspendidas, en espera del milagro.

El milagro no tardó en hacerse presente, pues aquel hombre recuperó la salud en los términos mismos del contrato, así que de inmediato se dijo a sí mismo: «Ahora sí el Señor de la Penitencia tendrá sus torres, altas y majestuosas, para que todo mundo sepa cuan patente es su poder y cuan grande su clemencia para quien a sus plantas implora». Llevado de este noble pensamiento, comenzó a hacer planes y proyectos; calculó los costos, imaginó el diseño, y soñó por días y noches la hermosura final que mostraría el venerado templo. Pero eran tantos sus negocios y tanta su bonanza que a su salud recobrada añadía, que la benemérita obra iba siendo siempre postergada, pues requería de mayor tiempo para encabezarla e incluso, de más recursos para

que todo fuese de la mejor calidad. Y en esos entenderes y dilatadas esperanzas comenzaron a irse los años, y con los años murió el párroco, y al poco tiempo también el comerciante, sin que la obra fuese siquiera comenzada.

Fue por esos días de luto que el viernes siguiente y al fin del novenario, que mediando la noche oyeron por primera vez los vecinos de Mexicaltzingo el paso de una carreta con sonido recio y pesado, a la vez que acosadas las bestias por la ronca voz del cochero, vibrando con gravedad en el empedrado, rechinando las muelles, pegándose la carga de canteras, con rumbo al templo y una vez ahí, desaparecía y se perdía todo ello en la nada penumbrosa de la que había surgido.

Quienes eran entendidos en el asunto, supusieron de inmediato que se trataba del alma en pena de aquel comerciante indolente que del más allá volvía queriendo pagar en muerte la manda que en vida no había cumplido [Dr. José Trinidad González Gutiérrez].

HUENTITÁN
(GUADALAJARA)

Nuestra Señora de Huentitán

Olvidada, entre tiliches y rodando aquí y allá, pasó muchísimo tiempo. Fue originalmente una imagen peregrina que visitaba hogares y lugares cercanos, en demanda de limosna para el sostenimiento del Hospital de la Concepción de Huentitán. Durante las *aguas*, la virgen visitaba los hogares de los pocos habitantes.

La cabeza es de pasta de caña de maíz, lo que demuestra su antigüedad. Es una hechura escultórica del siglo XVII. Fue monseñor Dr. don Antonio Chávez quien la sacó del olvido y la llevó al taller de restauración del escultor Maximiliano Hernández Cepeda el 24 de abril de 1957, donde la limpiaron y le restauraron el párpado del ojo derecho.

Tiene las misma características que Nuestra Señora de Zapopan. En la restauración se le colocó una inscripción en pergamino, obra de Sor María de la Concepción Salas: «Nuestra Señora de Huentitán». Tiene una gran veneración en su amplio templo, dentro de un nicho de cristal [Antonio Chávez].

El Señor de Huentitán

Hace muchísimos años la santa imagen perteneció a los indios de Mezquitán y que por los repetidos favores que concedía a los naturales de Huentitán, lo pedían prestado para hacerle fiesta dos veces por año. En una de esas venidas, sucedió que de repente el cristo no se quiso ir; por más que intentaron regresarlo a su lugar de origen, fue imposible sacarlo por la puerta mayor del templo: la imagen se atravesó y nadie pudo llevarlo ya, así fue como se quedó. Otros dicen que la venerada imagen del cristo fue rescatada de las aguas

del Río Grande, en una creciente que venía de lejos aguas arriba y que así fue como llegó y se colocó cariñosamente en la iglesia del lugar.

Ya desde tiempos del señor Alcalde, el Cristo de Huentitán tenía gran culto y devoción. Cuando los franciscanos dejaron sus pueblos de doctrina a los clérigos seculares en 1759, éstos dieron por festejar al Señor de Huentitán, como a otros tantos crucifijos, en la fiesta del jueves de ascensión; de ahí su actual nombre.

Es de estilo clásico, sangrante, con las rodillas que parecen fuente de sangre, huesos blancos que asoman por la carne desgarrada, costillas desnudas, pies y manos en posición forzada. Tallado en madera dura y pesada, como mezquite o tepehuaje, de una coloración verdosa muy obscurecida ya por la pátina del tiempo y a la vez con un barniz brillante, propio de los siglos XI y XVII.

La herida del costado derecho es amplia y sangrante, y su cendal estofado también está tallado en la misma madera. La cruz es rolliza, formada con leños y tiene su tarja con el INRI de rigor. El rostro del cristo es algo que se graba profundamente. Los ojos bajos, opacos, entrecerrados, son los de la agonía.

Fue restaurado por el escultor Juan José Méndez. Luce en todo su esplendor y nos hace recordar los crucifijos portugueses del siglo XVII [Héctor Antonio Martínez González].

EL SALTO

La mujer enduendada

No, pos como le iba diciendo, que mi mamá platicaba de esas cosas de duendes. Que en mi tierra, donde yo nací, en Santa Cruz del Valle, hay mucho duende allí. Platica mi mamá que: a una comadre de mi tía Victoria la enduendaron los duendes, que se fue a bañar, porque los duendes, siempre asisten en el agua.

No crea que asisten en la tierra, no. Ellos no asisten en el mundo. Ellos salen del agua a hacer travesuras. Y esa señora se fue a bañar a un lugar donde le llaman Las Zanjas. Son unas zanjas de agua cristalina. Ella se fue a bañar y se sentó a medias en una piedra a bañarse y en eso yo creo que le salieron los duendes.

Y empezó ella a risa y risa de lo que estaban haciendo los duendes, pues sus muecas la tenían muy entretenida. El caso es que ya era muy tarde y no llegaba a casa. Y la fueron a buscar y la hallaron allí sentada en aquella zanja pero risa y risa, como que platicaba con alguien, como que alguien le estaba haciendo chistes. Y se estaba riendo ella y hablaba y no oía.

– Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja.

Y nomás viendo pa' dentro del agua, porque allí estaban los monis. La estaban haciendo reír. Le hablaban y le hablaban y hablaban y no, no los oía ella, allá nomás viendo. Riéndose con los duendes, y a risa y risa, de lo que estaban haciendo. Y entonces la gente dijo: «saben lo que pasa, es que está enduendada, los duendes la tienen entretenida ahorita».

Entonces se fueron con un señor que creo que cura enfermedades malas, y le dijeron que qué podían hacer para que aquella mujer saliera de la zanja. Él dijo:

— No, la tienen los espíritus de los duendes, la tienen espirituada. Váyanse a una tienda donde vean que hay muchas cosas de juguetes, y compren mucho, mucho, mucho juguete. Y cuando ya esté un montón de juguetes, se van y los echan a la zanja a las nueve de la noche. Entonces avientan aquellos juguetes y se meten a sacarla.

Pos, así lo hicieron; fueron, compraron todos los juguetes, trastecitos, platitos, y todo eso, y ya fueron y aventaron todo allí y luego el esposo la sacó. Y ella salió como sonámbula, com, distraída, como demente, así como loca. Y se la llevaron. El señor curandero la curó y entonces empezó a reaccionar.

Después le preguntaron a la señora que qué tenía en aquella zanja, y dijo que eran unos monitos tan curiosos, que muy chiquitos, y que andaban haciendo así, que se pegaban, que se caían, y se levantaban los pies para arriba, que hacían bulla y voces, y que a ella le causaba mucha risa, pero que ella no supo todo el tiempo que pasó alli. Ya le habían robado el espíritu, ya estaba enduendada porque dicen que le roban el espíritu a la persona [Stanley L. Robe].

CAJITITLÁN

La bruja Mochis

Esta bruja habita en las profundidades del Lago de Cajititlán, abrumando el trabajo de los pescadores, pues les rasga sus redes, cargándoselas de piedras en los lances más productivos. Ya se las atora en los troncos sumergidos, ya se las hace perdedizas entre los tulares, con un afán incansable de travesuras. Los pescadores, para calmar sus iras y las de otras divinidades que estaban en el fondo del lago, arrojaban como ofrendas objetos y figurillas de piedra y cerámica [Luis Méndez].

La cacica Coyotla

Los viejos que habitan los márgenes del lago de Cajititlán, relatan cómo la cacica Coyotla del pueblo de Cuyutlán fue la primera en ser bautizada por los frailes que acompañaban a don Nuño de Guzmán. En la comarca de esa laguna, había ella venido con su séquito para ese menester hasta los márgenes de dicho lago, donde la recibieron los conquistadores y fue conducida hasta la cumbre del puntiagudo cerro Del Sacramento. Allí se le impartió con la debida solemnidad el bautismo. De allí le viene el nombre al promontorio Cerro del Sacramento, lugar donde parece ser, bautizaban a todos los conversos antes de que se levantaran las iglesias [Luis Méndez].

ZAPOTLANEJO

La loba

Al igual que Roma, Zapotlanejo tuvo también una loba, sólo que la de aquí, lejos de amamantar a sus fundadores, los mataba y se los comía.

Eran estas regiones tan boscosas que los animales feroces vagaban por doquier y, en ciertos días, hasta por los primitivos callejones del naciente poblado de Zapotlanejo se les llegó a ver. De entre todas las fieras, una, la más audaz, asomaba sus fauces de loba hambrienta de vez en cuando, hacía desplumadero de gallinas y se llevaba uno que otro puerquito.

Un día, para colmo de males, cundió la noticia que la loba había matado a una persona muy conocida de Zapotlanejo y, entonces, la angustia fue mayor entre aquellos primeros españoles asentados en el lugar. La víctima resultó ser la joven esposa de un labriego.

Ella, dormida al lado de su compañero, despertó en las garras del peludo animal sin percatarse en verdad si aquello era una horrible pesadilla o la más cruel de las realidades. A los gritos, su marido despertó, buscó una puya, y con ella primero picó un ojo al animal y después le atravesó el corazón. El pueblo se alegró, pero la mujer murió [Bernardo Carlos Casas].

TLAJOMULCO DE ZÚÑIGA

La Barranca de las Flores

Don Francisco Alatorre, que en paz descanse, fue el último de muchos hombres de esta tierra que cayó bajo el embrujo de un misterioso lugar que se encuentra en la Barranca de las Flores. Él no tomaba, ni estaba loco; era decente y obligado; nunca faltó pan en su casa mientras tuvo fuerza para trabajar, y jamás se supo que él pidiera prestado. Él en persona narró cómo encontró aquel lugar tan especial. Nadie del pueblo dudó de su palabra, ni las autoridades ni los maestros de la escuela. La barranca se ubica entre el Cerro Viej» y la Laguna de Cajititlán, cargada al norte, rumbo a Tlajomulco de Zuñiga. Nosotros conocemos bien el lugar, porque el ganado gusta de meterse ahí.

Los domingos son de guardar, dice la iglesia. Don Francisco tomaba en cuenta esta ley y dejaba todo a un lado. Visitó a su madre aquella mañana y con ella caminó a la misa de la parroquia. Uno de sus hijos, el más grande, fue a decirle que una de las vacas aprovechó la puerta mal cerrada y se había escapado del corral. Quería ir tras ella. Don Francisco contestó diciendo: «Tú encárgate de tu abuela. Yo iré por el animal, sé donde encontrarlo». La Barranca de Flores es una huizachera que no se antoja visitar; hay víboras por todas partes. Para el ganado es diferente, le gusta ahí, por el agua de un manantial y la abundancia de zacate.

Don Francisco descendió al fondo de la barranca con la certeza de encontrar ahí el animal, pero buscó y buscó sin encontrar ni rastro. Subió a una pequeña colina con la esperanza de divisar en algún rincón del paraje; sin suerte y sintiendo en vano la búsqueda, decidió abandonar el lugar, buscar en otra parte y a otra hora, cuando el calor ya hubiese cesado. Descendió una

vez más para tomar el camino de regreso al pueblo. Pensó que si apresuraba el paso llegaría a tiempo a la misa de doce.

Conforme caminaba su andar se hacía dificultoso, el zacate estaba cada vez más denso y entrelazado entre sí. No comprendía el por qué, si había pasado por ahí minutos antes sin dificultad. El zumbido de las chicharras también se asomó a aquella confusión y aumentaba hasta hacerse intolerable, hasta hacerlo desfallecer.

Lentamente recobró los sentidos, e ignorando cuánto tiempo había permanecido en ese estado, descubrió con asombro que el lugar no era el que tenía en mente, el que recordaba: flores de San Juan, estrellitas; Santa María, amarillas, con las que se decoran los arcos el dieciséis de septiembre, colas de zorra y muchas más. El follaje era de un verde oscuro, como el de octubre.

Él creyó que algo había pasado con su alma, que estaba fuera de este mundo. Caminó por las veredas y en su camino vio coyotes, puercos espín, venados de altas cornamentas y zorras de color bermejo. Todos aquellos animales convivían sin hacerse daño. Levantó la vista y ahí estaba frente a él el pájaro carpintero, congitas, gorriones, palomas silvestres y palomas habaneras de cinta negra en el cuello. Árboles: palo dulce, cortapicos, madroño, encino y plantas de laurel de olor, y veneros de agua zarca por doquier. Don Francisco no acertaba a entender aquello, si era gracia de Dios, que le concedía el favor de ver aquel paraíso, o de plano era todo una ilusión, una tentación de Satanás por andar buscando una vaca, cuando debía estar en la misa.

Aún intoxicado hilarante de aquella visión, la vereda lo condujo a una casa de adobe, con tejas rojas y del interior salía un aroma condimentado. Entró pensando que por fin alguien le explicaría de qué se trataba todo aquello. El interior estaba lleno de objetos propios de una hogar de inmaculada limpieza. La mesa estaba cubierta de mantel de fina textura, servida con alimentos humeantes, imposibles de rechazar. Sucumbió a la tentación y comió a sus anchas como nunca en su vida.

De súbito una tristeza embargó su estancia en aquel lugar. Añoró su pueblo, amigos, familia; deseo que ellos compartieran con él aquella experiencia. Con indescriptible dolor en su corazón, se dispuso a regresar con los suyos. Antes cortó cuantas flores le cabrían en su pañuelo para mostrarlas

como prueba de aquella vivencia, para que no lo creyeran loco cuando les contara donde había estado.

En un abrir y cerrar de ojos todo aquel mundo se esfumó, dejando en su lugar solo el recuerdo, un zacate pálido y su vaca huesosa que buscaba. Regresó al pueblo y sin querer mencionar por el momento lo vivido, fue derecho a su esposa, que lo esperaba en la puerta de su casa, preocupada. Al verlo, fue a su encuentro y lo recibió con gusto:

— Francisco ¿Por qué tardaste tanto? Me tenías con pendiente.

— Déjame que te cuente mujer, he tenido la experiencia mas maravillosa de mi vida, y aquí en mi pañuelo tengo la muestra, ya lo verás.

Desató el nudo de su pañuelo, y al extenderlo, su interior no tenía una sola flor.

— ¿Polvo? ¿Es esto lo que me quieres mostrar?

— Por ahora no te lo puedo explicar, te contaré mañana lo que me sucedió. Estoy cansado, me gustaría ir a la cama [Simona Barbosa Pérez].

TONALÁ

El Cerro del Ombligo

Caminando con la punta de sus pies, Cintli parecía una tierna venadita. En la cabeza, sentado e inmóvil, llevaba el cántaro de agua, del venero del zalate a la casa de la Cihuapilli. Cada mañana, cuando el sol comenzaba a teñir de rosa tierno las nubes del oriente, Cintli, como las demás servidoras de la señora, iban a la fuente ubicada en la falda del Cerro del Ombligo para llenar de agua sus cántaros y surtir la cocina para el servicio del día y darle de beber a los animales del palacio.

El palacio consistía en cuatro estancias grandes, de muros de piedra y techo de paja, en donde habitaba la señora, su hijo Xochitzin —flor valiosa y apreciada—, sus familiares cercanos y la madre del desaparecido rey Tonazintli.

En jacales de paredes de varas, algunas enjarradas con lodo, y techo de zacate, vivían familias que servían a la señora y a su familia, entre ellas, la del tastoán Pitáloc, cuyo orgullo, más que mandar a los guerreros él mismo, era Cintli, la de la fácil sonrisa blanca y andar de puntitas.

Salvo el adoratorio del padre Sol y los altares de dioses menores, en la cima del Hitépec no había construcción alguna. Los sacerdotes, encabezados por Huemac, vivían en tejabanes cercanos al mismo adoratorio del Sol y los iniciados en los cuidados del templo, en jacales, en la falda oriente del cerro.

Desde la atalaya, que era lo alto del Hitépec, era un gusto ver el paisaje. Hacia el norte se veían los sembrados y huertas de Coyula como alfombra verde y gruesa, entre la barranca del río de las Nueve Aguas y el Cerro del

Ombligo, con el fondo de una sugerente montaña con figura de seno de mujer, al otro lado de la hondonada. Hacia el sur, yendo de lo cercano a lo alejado, los jacales de zacate de donde salía humo azul la mayor parte del día, en donde habitaban los tonaltecas.

Más allá, tirando hacia el poniente, el cerro del dios Xólotl, el que se transforma y reina en forma de las más diversas figuras, entre la que sobresale la estrella rojo fuego que diariamente aparece en el cielo. Más abajo y rumbo al sur, se podía apreciar la punta del cerro de Xuchitlán y, finalmente, el más fascinante de los manjares, como pescados y aves del agua y sitio de recreo de los naturales.

Al poniente del Hitépec se encontraba lo más poblado de los dominios tonaltecas. Rumbo al norte, Tzalatitán y Tetlán, separados por abundante arroyo que iba a caer en el seno del río *Chiconahuapan*. Los pobladores, sobre todo los enfermos y los guerreros amantes de los deleites fuera de lo común, frecuentaban los temazcales de aguas hirvientes y curativas que abundaban en ambos márgenes del arroyo de Las Piedras, en su caída al río. El poniente ofrecía a los privilegiados habitantes del cerro del Ombligo la silueta recortada del peñón que coronaba el Cerro grande que limitaba los dominios de Tonalá, por el rumbo de *Tlalan*, lugar de los hombres gigantescos.

El poniente era un extensísimo valle en donde abundaban las corrientes de agua, los bosques ricos en caza y el camino hacia las tierras de Nayarit; sus vecinos poseedores de un grandísimo mar, mucho más grande que el de *Chapálac*. Finalmente, el oriente. El sagrado oriente. El misterioso oriente. El oriente dador de vida. Lugar por donde sale o nace por quien todo vive. Hacia el oriente se dirigían las actividades más importantes de los tonaltecas.

Bajando una loma, pareja como mesa, se llegaba al sagrado sitio en donde estaba la venerada Piedra Sonora, una de las dos, junto con la Piedra Bullidora, que daba su nombre a Tetlán, consultoras de los dioses. Del oriente dependían muchas de las actividades del pueblo. De allá se surtían del pescado más fino que alguien pudiera disfrutar, procedente del río. De esos rumbos venían las noticias traídas por los naguales, de las que dependían la guerra o la paz, según lo quisieran los habitantes de aquellas tierras, purépechas y aztecas.

Por las más variadas razones, el cerro del Hitépec era el más estratégico e importante de Tonalá. Ahí era el centro religioso, político y militar. De su cima se veían venir los bienes y los males para el pueblo. En el pozo del Zalate, en la falda poniente del cerro, todas las mañanas se veían Cintli y Océlotl. Sus compañeras sabían su prisa por ser la primera en llegar a la fuente y con complicidad se retardaban para dejar solos a los enamorados.

Océlotl, en su camino diario de Tetlán a Tonalá, siempre llegaba a la Piedra Bullidora para consultarla respetuosamente. Se subía a una roca a manera de escalón que le llegaba a la cintura y, de pie, movía con las dos manos la enorme piedra en forma de lengua de lumbre. La Piedra Bullidora producía un rechinido como queja cada vez que se movía sobre el gozne que representaba otra piedra lisa en forma de molcajete. Dependiendo del sonido y de hacia dónde quedaran apuntando sus costillas, era la interpretación que su cuidador daba a quienes la consultaban.

Tres días seguidos llevaba Océlotl de llegar antes de que amaneciera a preguntar a la Piedra Bullidora. Y tres días seguidos le tenía la misma respuesta. Se acercaban días como nunca había habido en Tonalá y sus contornos. Por eso, aquella mañana de marzo, cuando sentado en el brocal del pozo se quitaba los huaraches para golpearlos en la piedra y sacudir el zoquite y el agua del camino, comentaba a Cintli sus presentimientos. No se le ocurrían las acostumbradas palabras con las que halagaba a su adorable cervatilla. Hubiera querido decirle: *piedra fina*, *joyel maravilloso*, *cenzontle de variadas voces*, *mazorca blanca*, *flor que embriaga*, *collar de capullos*, *rocío mañanero*... en fin, todo lo que había aprendido con los cantores y danzantes; pero aquella mañana no sentía humor para hacer frases bonitas. Océlotl traía apachurrado el pecho. Andaba como si cargara la Piedra Bullidora en la cabeza.

– Anoche soñé que te ibas lejos, que corrías y no podía alcanzarte — comenzó a platicar.

– ¡Qué cosas dices! ¿Tú crees que un día podría alejarme de ti?

– Los mensajeros de tu padre Pitáloc dicen que los extranjeros ya están muy cerca y están destruyendo todo.

– No creas como niño todo lo que cuentan los mensajeros. Ya viste lo que pasó en la reunión de la Cihuapilli con los dos últimos.

– Es cierto, pero Cóyotl y Mázatl trajeron noticias importantes. El que

pelearan como viejas ya lo están pagando con no poder pararse en el pueblo. Tu padre los tiene trabajando todos los días en la talla de piedras para las armas.

– La señora dice que no hay peligro, que los señores nuevos son buenos si no los pelean.

– Vieja interesada. Como ella sabe que los extranjeros se están quedando con las mujeres principales, piensa que así va a suceder aquí, pero…

Antes de que siguiera, Cintli lo interrumpió, asustada por tamañas palabras que decía el joven guerrero:

– No hables así, Océlotl, pueden oírte y sacrificarte por como llamas a la señora.

– Salvo tu padre, quien por cierto últimamente se ha vuelto miedoso, no hay quien se atreva a ponerme la mano encima.

– Pero te pueden denunciar.

– Lo que quiero decirte es que no tengo razón para vivir, si tú no estás conmigo y si los extranjeros llegaran a llevarte.

– Prefiero morir antes que dejarte, Océlotl.

– No está en nosotros lo que haremos pronto, así me lo dijo el cuidador de la Piedra Bullidora en los últimos tres días que la he consultado.

– Deja llevar este cántaro de agua, porque ya he tardado mucho y las demás han de estar murmurando, espérame.

– No puedo. Está por llegar el nagual que trató de perder a los extranjeros en las tierras de los chichimecas, disfrazado de *Tlacuani*. Necesito estar en la reunión. Dicen sus hermanos naguales que no le fue muy bien.

Efectivamente, momentos después, de lo alto del Cerro del Ombligo bajaba el agudo pitido del tecolote de barro con que se citaba a los naguales y guerreros a sesión. Océlotl se calzó los huaraches para subir saltando la loma sur del cerro, mientras Cintli, andando de puntitas y con su inmóvil cántaro lleno de agua en la cabeza, regresaba presurosa hacia la casa de la Cihuapilli. Cuando llegó al patio, frente a la cocina, la encargada del servicio ya la estaba esperando, molesta por su tardanza, en tanto que sus compañeras la miraban de reojo y con risas disimuladas.

Océlotl, entre tanto, llegó al jacal de los naguales, cuando el nahual mayor, el *Tlacuani*, comenzaba su relato.

– Mi señor, seguí tus órdenes al pie de la letra. El tastoán mayor de los extranjeros me hizo caso y los fui guiando hacia el norte, para mostrarles las tierras de donde los purépechas sacan sus metales brillosos. Pero hacía mucho frío y sus aliados comenzaron a morirse en mucho número porque no aguantaban. La comida era poca y los teúles chichimecas los hacían enojar robándoles sus animales y llevándose a los tlaxcaltecas que se quedaban atrás. Los llevé por los caminos más cortos para llegar pronto a las tierras que dan metal, pero los tastoanes de los extranjeros pensaron que lo hacían a propósito para que murieran. Los tlaxamultecas me informaban que los aliados de los extranjeros también estaban muy enojados y se querían regresar a su tierra. Yo caminaba lo más aprisa que podía, pero el pueblo que forman todos y sus animales comenzaron a separarse unos de otros porque no podían ir al mismo paso. Eso aprovechaban los chichimecas para robarlos y se llevaban los muertos para comérselos. El tastoán mayor se enojó mucho y me di cuenta que me quería colocar del pescuezo de un mezquite, por lo que me escondí lo más que pude, a ver si se le quitaba el coraje. Ya habíamos llegado a las tierras que dan el metal que brilla y se lo iba a decir al tastoán con el que yo iba, que le dicen Villarroel, pero ya me andaban buscando para colgarme del pescuezo, porque el tastoán que manda pensaba que los había engañado. Busqué aparte al Villarroel para decirle y lo encontré descargando su cuerpo, pero ya lo estaban buscando a él también y yo le hacía señas para que se alejara más para poder hablar solos y en lugar de hacerme caso me tiró pedradas y me corrió. Así es que, mi señor, me vine a prisa para informar que los extranjeros en lugar de quedarse a sacar los metales del lugar por el que preguntaban al cazonci de Michoacán, vienen rumbo a Ocotlán y Cuitzeo. Los de Jacona ya les dijeron en donde estamos y yo creo que pronto llegarán, aunque los de Cuitzeo dicen que los recibirán con guerra, como nosotros [Marcos Arana Cervantes].

ZAPOPAN

La Malinche

De ser cierto que doña Marina, la intérprete de Hernán Cortés, era oriunda de Jalisco y más aún, de un punto llamado Huilotán, que está fincado en el hoy municipio de Zapopan, Jalisco, sería para la villa de este nombre un verdadero timbre de gloria, por el papel que desempeñó la Malinche en la Conquista de México. Los que afirman que la sobredicha señora era jalisciense, se apoyan en la contestación que ella misma dio al conquistador al preguntarle el lugar de su origen o nacimiento, respondiendo la interpelada que era de Xalisco, de un lugar llamado Huilotán, lugar de tórtolas. Ahora bien, en la hacienda de San Lorenzo, en el municipio de Zapopan, existe una estancia que lleva la denominación de Huilotán, lugar que en otro tiempo fue de suma importancia y categoría.

En el número 80 de la Revista *Iris*, que el señor don Pedro Velarde publicó en Zapopan en 1930 con el título de «Zapopan y la Historia», se publicó este párrafo, «¿La Malinche fue Tzapopanteca?» El referido señor Velarde resuelve este punto así:

Durante los días que precedieron al c enso de habitantes de este municipio, practicado el día quince de mayo del corriente año, tuve oportunidad de entrevistar a algunos indígenas que vinieron de los más apartados rincones a traer a esta villa los datos de sus jurisdicciones.

Uno de ellos, que me dijo tener noventa y cuatro años de edad, llamó especialmente mi atención por su lucidez al referirse a las distintas guerras en que tomó parte. Era originario de la hacienda de San Lorenzo, ubicada en la región noroeste del municipio.

Interrogado por mí para que me informara algo sobre las tradiciones de su rancho, me dijo que vivía en una de las estancias de la hacienda, llamada Huilotán, y que en aquel rancho se conservaba la idea de que había sido un gran pueblo en épocas pasadas, lo cual podía comprobarse con las ruinas que aún existen.

Desde luego me formé el propósito de investigar en la historia lo que pudiera haber de cierto sobre el particular. El señor cura don Manuel Portillo, en su *Historia de Zapopan*, cita a Huilotán como rancho simplemente. Existe, pues, Huilotán.

En la *Crónica de Gómara* se dice que al preguntar Cortés a la Malinche el lugar de su nacimiento, ella dijo ser de Xalisco, de un punto llamado Huilotán, (lugar de palomas) donde su padre era señor de grandes tierras. Esta misma afirmación hace Herrera. Bustamante afirma que en Acayucan, Veracruz. También se decía que doña Marina nació en Jaltipan, aquella provincia donde existe un túmulo de tierra de unos cuarenta pies de altura por cien de diámetro, en Tabasco, construido en honor de la Malinche, que era nativa de este pueblo.

Clavijero, y con él otras muchas autoridades en la materia, encuentran inverosímil que Doña Marina hubiera ido a dar a Tabasco desde una provincia tan lejana como Xalisco. El padre Tello, reconocido como el más autorizado para escribir la historia de Jalisco, asienta en que era de esta tierra. García Icazbalceta asegura no haber en Jalisco ningún punto llamado Huilotán.

¿Será este Huilotán la tierra de aquella mujer que desempeñó un papel tan importante en la conquista de México al lado de Cortés?

En el municipio de Zapopan hay un Huilotán, y corre además la tradición de que este lugar fue el feudo de un gran señor que tenía una hermosa hija, señas que corresponden a que doña Marina, en realidad, fuera Tzapopanteca. En cuanto a que cómo hubiera ido a dar a Tabasco desde Xalisco, teniendo que recorrer millares de leguas, los cronistas se encargan de contestarlo diciendo que fue vendida o robada por unos mercaderes indios que la llevaron hasta el lugar donde la Malinche encontró a Cortés.

Otros creen que la Malinche, al morir su padre, emprendió la marcha acompañada de su madre y su hermano rumbo a Tabasco, donde tenía parientes poderosos, y citan el pasaje siguiente: «Al pasar Cortés por

Guazacualco, hizo convocar a todos los caciques de la comarca, y entre ellos vinieron la madre y el hermano de doña Marina». Sea de esto lo que fuere, La Malinche, rica y poderosa, se casó con Juan de Jaramillo, después de tener un hijo con el c onquistador, el célebre Hernán Cortés, y murió en México, según don Carlos Siguenza y Góngora, en el palacete donde después se construyó el convento de Jesús María, probablemente por el año de 1528 [José T. Laris].

CURIOSOS PERSONAJES DE LA FÁBRICA LA EXPERIENCIA

Dominguita. Mujer muy anciana, pero que «no se cambiaba por ninguna muchacha de quince». Diario perfumada con buenos aromas, sus zapatos muy bien boleados y sus vestidos muy aderezaditos; su donaire con sus *novios* muy jovencitos era la atracción mayor de la fábrica. Ella formaba el centro de un gran conjunto escénico, era la protagonista de un gran drama en que tomaba parte la población; sus novios más notables fueron Cuco López y Arnulfo Jiménez. Todo formaba parte de la farsa; ella creía de corazón tantas mentiras y concertaba todos los detalles de la ceremonia.

El día del pedimiento llegaba el portador y el novio acompañados de varios amigos; eran recibidos por ella con grandes atenciones y por supuesto con sabrosas enchiladas y otros antojitos. Ella, muy alegre como una churumbela, llena de perfumes y ficticias esperanzas, se veía feliz, con la sonrisa de la juventud en sus mejillas ancianas. Era muy limpia, muy arreglada, muy graciosa, aunque nunca llegaba a desposarse de veras porque no faltaba motivo fingido por el novio y terminaban las relaciones. Trabajaba amarrando pabilos en la tintorería y allí se desarrollaba la principal parte del drama entre prometidos, amigos y burlones.

Teodoro Vázquez. Por cariño le llamaban *El Tusito*. Era un borrachín muy pacífico y gracioso, tocaba muy bien la guitarra y era su canción favorita una que hacía alusión a cuando vinieron las bicicletas, que tumbaban mujeres, que recibían insultos de los ciclistas. La letra era muy curiosa. Su oficio era cantero y de los buenos, era un cliente especial de la cantina y pulquería de Chávez. Mucho perdió nuestro ambiente pintoresco a la muerte de este alegre, original y querido borrachín.

Hojas moradas. Se llamaba Tomás Medina; era un buen albañil, tenía excelentes ideas para hacer decorados a la cal, cenefas y bonitos guardapolvos trazados con matemática precisión; otro de nuestros borrachines que mucho valía por su oficio, pero que mucho dejaba de valer por su vicio.

Tomar mucho tequila era su mayor felicidad, se alejaba de los suyos para saborear el traidor licor en las cantinas arrabaleras en El Batán y Atemajac del Valle. Acababa con todos sus centavos y entonces, estando o fingiéndose enfermo de *cruda*, temblaba más que una paralítica y conseguí*a la cura*. Encontrando dificultad en conseguir tequila, andando *alegre*, se valía de ingeniosas estratagemas. Llegó una vez a la cantina de Cuca León, en El Batán, pidió sabrosota copa sonando en su pantalón unas rondanas de hierro, y, mientras consumía el gustado licor, curiosamente… atragantándose, dijo: «*Fiao*, *Cuca*», inmortalizándose esta especial expresión.

Teodosio Martínez o Martín del Campo. Célebre portero a quien la gente por facilidad llamaba *Todosio*, cuidaba la entrada al primer portón, que aún está (sin cancel) cerca de la presa. Sembraba legumbres, era un curioso «ventrílocuo» que se servía de corrientes de aire producidas a voluntad; esos vientos no los registra el barómetro, era a semejanza de un muñeco de hule que al apretarle el estómago produce el pío pío que divierte a los niños; repetía a voluntad hasta 300 escapes, y con este sistema extraño decía: «*GUADALAJARA*, *PERDÓN MAESTRO CARREÑO*». Este fue el hombre que se hizo famoso, legando su nombre a la primera puerta de La Experiencia, por eso todos le decimos «El Portón de Todosio».

Don Agustín Romero. Vivía en una casita sola cerca del puente del Agua Azul, antes, naturalmente, que se construyera el Puente de los Camiones. No sabía leer y como su giro era la venta de carbón fiado, fue lo bastante ingenioso para confeccionar un plano de las casas de La Experiencia, y quizá también de otra parte, y en él señalaba con ciertos signos a sus clientes que le debían. Lástima no haber tomado una documentación de todos esos ingeniosos jeroglíficos que son tan expresivos. Aún no hace muchos años se veían los restos de su casita que estaba donde ahora es la pedrera. Murió de una terrible enfermedad en la sangre; la gente decía que estaba «lazarino».

Don Pablo El Mocho. Famoso personaje que tenía una pata de palo; se decía espiritista y hacía continuados viajes a La Experiencia y El Batán para conquistar adeptos. ¿Cuántos incautos creyeron en sus mentiras? Era el brazo fuerte de los proletariados reformadores o librepensadores de esas fábricas; celebraba muchas sesiones en que ponía en juego sus mil patrañas; no era más que un vivo que conociendo algo de *dormir al prójimo* comía de los trabajadores; decía él que hablaba con el demonio y con los espíritus de los muertos. Hacía, delante de sus enfermos, muecas horribles y chistosas. Una ocasión estuvo dirigiendo el buen camino de un enamorado, y como no le diera resultado el sistema de polvos maravillosos, citó a su cliente para hablar con el diablo. A la media noche lo llamó, y el atolondrado galán, que atisbaba dentro de un cuartucho, se dio cuenta de la gran farsa que *El Mocho* desempeñaba al hablar al demonio y fingir él mismo la voz para dar contestación; aquello fue en una noche de San Bartolomé. El pobre *Mochito* recibió muchos recuerdos del espíritu de su mamacita.

Todas estas cosas no pudieron echar raíces en las gentes de nuestras fábricas [Francisco Morales Velarde].

BIBLIOGRAFÍA

Álvarez, José Rogelio, *Leyendas Mexicanas*, León, Everest, 1999.

Angulo Sepúlveda, José María, *La Navegación de Antaño en el Lago de Chapala*, Guadalajara, UNED, Colección Ensayo e Investigación, Serie Testimonios No. 11, 2000.

Arana Cervantes, Marcos, *Sol Mestizo*, Guadalajara, Impre-Jal, 1995.

Arreola Sedano, Felipe de Jesús, *Historia de Guachinango*, Guadalajara, Secretaría de Cultura-Gobierno del Estado de Jalisco-H. Ayuntamiento de Guachinango, 1999.

Becerra, Loreto, Jiménez, Solís, *Jalisco. Historia y Geografía*, México, Limusa / Noriega Editores, 1996.

Carlos Casas, Bernardo, *Zapotlanejo y su Historia*. Guadalajara: Secretaría de Cultura-H. Ayuntamiento de Zapotlanejo, Colección Voz de la Tierra, 1997.

Cerda Hernández, Bertha Guillermina, *Don Francisco de Velarde «El Burro de Oro»*, México, Librería de Manuel Porrúa, 1975.

Cortés Parra, Pedro, *Tochán (Secuencias de Guellas)*, Tuxpan, Jalisco, Grupo Cultural Tlayacanque Hueyetochpan, 1989.

De Alba Martín, Alfonso, *El Alcalde de Lagos y otras Consejas*, Guadalajara, Hexágono, 1989.

Domínguez Ocampo, Antonio, *Historia de la Laguna de Magdalena y San Juanito*, Guadalajara, Benemérita Sociedad de Geografía y Estadística del Estado de Jalisco, 1999.

Fregoso Gennis, Carlos, *Etzatlán y su Región*, Guadalajara, Ediciones de la Noche, 1999.

González Gutiérrez, José Trinidad, *Añoranzas de Mexicaltzingo*, Guadalajara, Pacífico, 2001.

González Moreno, Juan José, *Zapotlán El Grande. Tres Breves Crónicas*. Zapopan, Amate, 2001.

Gutiérrez, Filemón, *Amecatl*. Zapopan, Suárez Muñoz Ediciones, 1989.

Mata Torres, Ramón *Recopilación, Iglesias y Edificios Antiguos de Guadalajara*. Guadalajara, Litográfica Sally, 1984.

Morales Velarde, Francisco, *Historia de las Fábricas Textiles en Jalisco*, Zapopan, H. Ayuntamiento de Zapopan, 1992.

Pbro. Navarro Gutiérrez, Juan Francisco. *Historia del Señor del Encino*. Guadalajara: Luna Impresores, 1992.

Padilla Cuevas, Jesús, *Añoranza de Ejutla*, Zapopan, Amate, Colección Voz de la Tierra, 1997.

Pulido Sendis, Gabriel, *Leyendas de la Parroquia de San Sebastián del Oeste*, San Sebastián del Oeste, edición del autor, 1987.

Rodríguez Castañeda, Juan Ramón, *Horizontes Lejanos*, México, Escorpio, 1989.

Rodríguez Corona, Rubén, *El Rostro Oculto del Hospicio Cabañas*. Zapopan: Amate, 1998.

Saavedra M., Rafael *Nuestro México* México, Jus, 1974.

L. Robe, Stanley, *Narrativa Popular de Jalisco*, Guadalajara, Colegio Internacional, vol. 19, 1962.

T. Laris, José, *De las cosas Neogallegas*, Guadalajara, 1947.

Topete Chávez, Eva, *Atenguillo*, Guadalajara, IJAH-Dirección de Publicaciones del Gobierno de Jalisco, 2002.

Vela del Real, Eduardo, *Relatos de Hojarasca*, Inédito, 2001.

Cuquío, un Pueblo en Marcha. Guadalajara, H. Ayuntamiento de Cuquío-Instituto de la Artesanía Jalisciense, 1986.

HEMEROGRAFÍA

Mi Pueblo. Vida y Expresión de la Provincia, Tomo IV, núm. 99, Oct-Nov., 1994.

Mi Pueblo. Vida y Expresión de la Provincia, Tomo VI, núm. 121, Enero-Febrero, 1999.



Lic. Francisco Javier Ramírez Acuña
Gobernador Constitucional del Estado de Jalisco

Lic. Héctor Pérez Plazola
Secretario General de Gobierno

Sra. Sofía González Luna
Secretaria de Cultura

Arq. Salvador de Alba Martínez
Director General de Patrimonio Cultural

Sra. Patricia Urzúa Díaz
Directora General de Fomento y Difusión

Lic. Luis Manuel Cadavieco Alarcón
Director de Publicaciones

Lic. Ignacio Bonilla Arroyo
Director de Culturas Populares

Sr. Luis Antonio González Rubio
Coordinador Académico del Proyecto
«Las Culturas Populares de Jalisco»



LEYENDAS Y PERSONAJES
POPULARES DE JALISCO
se imprimió y encuadernó en octubre de 2003
en Servicios Editoriales de Occidente, S.A. de C.V.
Pino Suárez 169, Zona Centro, 44100 Guadalajara, Jalisco.
El tiraje constó de 2 000 ejemplares.

Diseño editorial: Avelino Sordo Vilchis ~ *Composición tipográfica:* RAYUELA, DISEÑO EDITORIAL ~ *Portada: El puente de Lagos*, óleo de Enrique Ortiz, fotografía Jorge de Alba Vega ~ *Fotografías:* Archivo ~ *Cuidado del texto:* Felipe Ponce/Luis Antonio González Rubio ~ *Fotocomposición:* EL INFORMADOR.

Hemos crecido escuchando historias que han sido transmitidas oralmente de generación en generación, que le han dado forma y carácter a nuestra manera de entender y explicar el mundo que nos rodea. Y es que precisamente la transmisión oral conlleva el cúmulo de informaciones y de explicaciones que los sujetos tenemos acerca de situaciones, personajes o diversos sitios con los que de alguna manera guardamos relación.

No fue fácil compilar este gran número de narraciones . A fin de comprender la diversidad de tonos, en la manera de contarlas y trasmitirlas tendrá que tomarse en cuenta que las leyendas se actualizan día con día y que cada generación las reelabora y les imprime su propio sello. Cada autor, que ahora las recoge y escribe para nosotros, ha encontrado diversos modos y formas de narrarla, en ello va desde su extensión, en ocasiones corta o muy extensa, hasta la recuperación de modismos muy locales. Son historias que vienen de años atrás, con todo el tono de credibilidad, no dejando lugar a dudas o a suponer que fue el invento de una persona.

Cada sociedad tiene su manera de contar las cosas, de modo que aunque en este conjunto de leyendas encontramos algunas con muchas semejanzas, aun entre pueblos distantes, también es cierto que en cada una de ellas se ofrece lo que las hace propias del lugar: el nombre del sitio donde se apareció la imagen, el rumbo que tomaron los viajeros o los nombres y apellidos de los involucrados. Son los sucesos memorables de los pueblos, las historias locales que trascienden lo cotidiano, con el tinte y tono que le imprimen los moradores del lugar.

El rescate aún no termina; deberá continuar con las historias que desde aquí se desprendan, porque en esta obra el lector encontrará la invitación a avivar sus recuerdos, a rememorar algunas de las historias que ha escuchado.









